

MUJER Y CRISIS

Respuestas ante la recesión

Neuma Aguiar (coord.) • Lourdes Arizpe
Orlandina de Oliveira • Zuleica Lopes Cavalcanti • Suzana Prates
Claudia Serrano • Cheywa R. Spindel



DAWN/ MUDAR
EDITORIAL NUEVA SOCIEDAD

¿QUE ES MUDAR?

Un grupo de investigadoras y activistas feministas, reunidas en Bangalore, India, (1984), decidió llevar a la Tercera Conferencia Mundial de Mujeres de las Naciones Unidas, celebrada en Nairobi (1985), la visión de las mujeres tercermundistas. Ese fue el inicio de DAWN/MUDAR, una red de mujeres del Tercer Mundo, que cuenta hoy con más de cuatro mil participantes. DAWN, sigla con la cual fue bautizada la Red Development Alternatives with Women for a New Era, significa también amanecer en inglés, idea que armoniza con el propósito de reunir a las mujeres para el amanecer de una nueva era. En español y portugués, Mujeres para un Desarrollo Alternativo es MUDAR, verbo que denota también acción renovadora.

Abierta a todas las feministas del hemisferio sur que se identifican con su plataforma, la Red DAWN/MUDAR pasó a actuar como catalizadora de los esfuerzos de las mujeres para lograr un desarrollo en la medida del Tercer Mundo. Para alcanzar esa meta, se determinaron acciones prioritarias en las áreas de investigación, comunicación, reivindicación, formación, publicaciones, relaciones internacionales y entrenamiento. Para coordinar ese trabajo fueron escogidas estratégicamente mujeres en todos los continentes del Tercer Mundo, formando el Consejo Directivo de la Red. La sede del Secretariado fue establecida en Río de Janeiro a partir de 1986.

La crisis de producción de alimentos, energía y de la deuda externa en relación a las mujeres y movimientos de mujeres y visiones del futuro, fueron definidas como las líneas principales de los proyectos de investigación comparada a nivel nacional, regional e internacional. Su importancia justificó la designación adicional de coordinadoras regionales para cada uno de los proyectos, respectivamente en América Latina, el Caribe, el Este y Oeste de Asia y Pacífico.

Financiada por organizaciones internacionales, DAWN/MUDAR tiene como principio mantener su autonomía y lograr como meta final la incorporación de una perspectiva de género a las políticas económicas y sociales aplicadas al Tercer Mundo.



MUJER Y CRISIS

Respuestas ante la recesión

Neuma Aguiar (coord.) • Lourdes Arizpe

Orlandina de Oliveira • Zuleica Lopes Cavalcanti • Suzana Prates

Claudia Serrano • Cheywa R. Spindel



Lourdes Arizpe
Introducción 7

Neuma Aguiar
Las mujeres y la crisis latinoamericana 11

Orlandina de Oliveira
Empleo femenino en México en tiempos
de recesión económica: tendencias recientes 31

Zuleica Lopes Cavalcanti de Oliveira
Crisis, situación familiar y trabajo urbano 40

Suzana Prates
Participación laboral femenina en un proceso de crisis 75

Claudia Serrano
Mujeres de sectores populares urbanos en Santiago de Chile 93

Cheywa R. Spindel
Mujer y crisis en los años ochenta 105

Autores 131

Primera edición 1990

© Coedición
DAWN/MUDAR
Rua Paulino Fernandes 32
Botafogo 22270
Rio de Janeiro, RJ, Brasil

Editorial NUEVA SOCIEDAD
Apartado 61.712, Caracas 1060-A, Venezuela
Telfs.: 313189 - 320593 - 329975
Télex 25163 ldis-vc - Fax 313397

Edición al cuidado de Daniel González V.

Portada: Ortizpozo
Composición y paginación electrónica: Marta Bunster
Impreso en Venezuela
ISBN 080.6110.77.2

Lourdes Arizpe

Los coeditores agradecen a la OXFAM y al Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS-Bolivia) por su apoyo a la edición de este libro.

Los efectos del desarrollo son distintos para hombres y para mujeres. Basándose en una revisión de los estudios realizados en este campo, el libro de MUDAR *Desarrollo, crisis y alternativas: perspectivas de mujeres del Tercer Mundo*, señalaba ya en 1985 que, después de la década de desarrollo, "con pocas excepciones, el acceso relativo de las mujeres a recursos económicos, ingresos y empleo se ha deteriorado. Al mismo tiempo, ha aumentado su carga de trabajo y disminuido sus niveles absolutos de salud, nutrición y educación". Si esta fue una apreciación surgida en relación a los procesos derivados del desarrollismo de los años cincuenta a ochenta, cabe preguntar entonces, cómo se añaden a lo anterior los efectos de la recesión económica y las políticas de ajuste del decenio actual.

Los trabajos que se presentan en este volumen responden a esta pregunta mediante estudios empíricos con enfoques económicos y sociológicos, realizados en varios países latinoamericanos. Son una muestra de los trabajos presentados en el Seminario "Efectos de la crisis sobre las mujeres de América Latina y el Caribe" organizado por Neuma Aguiar, secretaria general de MUDAR, en La Paz, Bolivia, en diciembre de 1987.

La urgencia de conocer y denunciar los graves efectos de la actual situación económica sobre las mujeres, en especial las de los grupos de bajos ingresos, les otorga relevancia y un sentido militante a los trabajos que se presentan. Sus datos revelan efectos diversos para distintos grupos de mujeres, según los países, pero refrendan una misma conclusión, de cabal importancia.

Todas las autoras encuentran que la recesión económica, a pesar de su severidad, no ha detenido el proceso, al que califica Suzana Prates de irreversible. Este es, la progresiva incorporación de la mujer al mercado de trabajo. Se

¹ MUDAR: *Desarrollo, crisis y alternativas: perspectivas de mujeres del Tercer Mundo*, El Colegio de México, México, 1989.

debe esta tendencia, en el caso de Uruguay y de México, como señala Orlandina de Oliveira, al hecho de que el giro de la política económica hacia una economía de exportación, de "maquiladoras" como se les designa en México, abre oportunidades de empleo femenino. Se prefiere a las mujeres por sus "dedos hábiles" y, sin duda, por su docilidad laboral. Aunque no tan directamente ligado a una economía exportadora, Cheywa Spindel también encuentra que se ha mantenido la tendencia a crear empleo femenino en el sector formal en Brasil, a pesar de la crisis.

¿Cómo explicar esta aparente contradicción entre una recesión que ha estancado los mercados de trabajo y el aumento de empleos para mujeres? Oliveira detecta, en el caso mexicano, parte de la explicación: las ramas en que se ocupan mayoritariamente las mujeres —servicios no personales, el comercio y las manufacturas tradicionales— se ven menos afectadas por la crisis económica que aquellas en que predominan los hombres. En el caso de Brasil, en cambio, según Spindel, el aumento se debió sobre todo al sector terciario —el empleo femenino creció de 54,2% en 1973 a 69,2% en 1984— y la apertura de plazas en la burocracia estatal en 1980-1983.

Sin embargo, acompaña a este aumento sin interrupción del empleo femenino la ampliación del empleo por cuenta propia, sobre todo en el sector informal. Prates la llama la creciente "informalización" del trabajo, ya que, en Uruguay, el índice de la relación asalariada/informal pasó de 2,1% a 1,2%, o sea que, en 1986, por cada asalariada existe una "informal" ocupada.

La tercera faceta de la conclusión a la que arriban las investigadoras es que, si bien continúa en forma acelerada la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado o informal, sigue sin variar la división del trabajo por sexo-género en el seno de la familia. Por ello, las mujeres se ven obligadas a seguir atendiendo las necesidades reproductivas cotidianas de su unidad doméstica, creándoles un mayor peso de doble jornada.

Sin embargo, es la unidad familiar la que se organiza para enfrentar la crisis, como muestra Lopes Cavalcanti. Su estudio sobre Brasil señala que el descenso de los ingresos hace que se incorporen al mercado de trabajo otros trabajadores de la familia que antes no trabajaban y que aumenten su jornada de trabajo los que ya lo hacían. Afina esta conclusión para los distintos tipos de familia en diferentes etapas del ciclo doméstico, indicando, entre otras cosas, que aumenta la tasa de empleo, sobre todo en familias en las que el jefe de hogar es una mujer, excepto en familias en fase doméstica avanzada.

La satisfacción de las necesidades básicas de las familias donde hay cesantía, —según plantea Claudia Serrano en el caso de Chile— se realiza mediante la movilización de recursos hecha por las mujeres que, dentro de los límites impuestos por la situación económica, accionan las redes de vecindad y solidaridad mutua que posibilitan una redefinición de los roles de género y el incremento de su participación política.

Estas evidencias merecen una amplia difusión que lleve a la búsqueda de alternativas para resolver el estancamiento económico y deterioro de los ingresos de la mayoría de la población en América Latina y el Caribe. MUDAR lleva a cabo acciones para dar a conocer este tipo de información a los grupos de mujeres de base, ya que de su organización y de su proyección podrá nacer una nueva era de desarrollo en que mujeres y hombres compartan un desarrollo con democracia y equidad.

Durante las últimas tres décadas, América Latina sufrió un importante proceso de urbanización e industrialización donde los Estados nacionales jugaron un papel de creciente liderazgo en la fase de modernización. Diferentes autores analizaron el proceso de desarrollo en América Latina, siendo también central ese tema para las agencias multilaterales tradicionalmente involucradas con el desarrollo en la región y con el rol que el Estado debe cumplir en la conducción de un crecimiento con sustitución de importaciones. Este análisis será discutido en este trabajo, que plantea que los estudios macroestructurales raramente toman en consideración que los seres humanos (hombres y mujeres) son agentes clave de esas tendencias estructurales. La perspectiva de género posibilita comprender cómo mujeres y hombres viven y contribuyen en el proceso de desarrollo de manera diferente.

En los países latinoamericanos, las empresas del Estado empezaron a crecer y a jugar un papel relevante en la transformación de la estructura socioeconómica en simultaneidad con las modernas empresas privadas (CEPAL, 1985; Castillo, 1988). El Estado administró estrategias de desarrollo que escasamente tomaron en consideración a las mujeres (León y Deere, 1986, pp. 16-24).

Concomitantemente, la mayor parte de estos países promovieron el establecimiento de compañías multinacionales, imponiendo estrategias de capital intensivo con repercusiones significativas sobre el proceso industrial local y las estrategias de reclutamiento de fuerza de trabajo¹. El grado y extensión de la apertura para el capital extranjero varió de un país a otro, con el establecimiento de zonas de libre comercio, subsidios especiales y protección garantizada por los Estados latinoamericanos para las industrias que se instalaran en estas zonas, las que normalmente emplean un gran contingente de mujeres (Duarte, 1988).

¹ Para una discusión de estas políticas, véase la plataforma del MUDAR de Gita Sen y Caren Grown, 1987, 2da. edición.

Las industrias nacionales siguieron el mismo modelo de capital intensivo, muchas veces tomando prestado del mercado internacional para estimular el proceso de modernización. Las industrias se diversificaron y su participación en el producto interno bruto (PIB) se expandió (CEPAL, 1985, p. 21). A la ampliación del sector industrial le siguió un cambio de orientación desde bienes de consumo no durables hacia bienes durables y, finalmente, hacia bienes de capital, sobre todo en los mayores países de la región (CEPAL, 1985, p. 21). La clase media se expandió y el sector de la agricultura se modernizó. El crecimiento de las industrias nacionales y multinacionales tendió a incorporar a las mujeres de diversos modos, que examinaremos posteriormente.

Los cambios demográficos que ocurrieron paralelamente al proceso de crecimiento desequilibrado caracterizado por una baja en las tasas de mortalidad, aumento de la expectativa de vida y descenso de las tasas de fertilidad, afectaron las tendencias del crecimiento demográfico (Barbieri y Oliveira, 1985; Barroso, 1987; Duarte, 1988) y la vida cotidiana de la población. Todo esto tuvo implicaciones especiales para las mujeres, particularmente considerando el papel reproductivo que les es atribuido en América Latina.

Las exportaciones en la agricultura fueron estimuladas paralelamente a las exportaciones industriales. En muchas regiones, las plantaciones destinadas a producir bienes para la exportación o para cubrir la necesidad en gran escala del mercado interno (tales como el programa de combustible a base de alcohol en Brasil) tomaron el lugar de la producción dirigida a atender las necesidades de la población. De la misma forma que se estimularon las exportaciones, se restringieron las importaciones debido a las dificultades ocurridas en el Norte. La capacidad de exportación se deterioró, aún más, con la caída de los precios de los productos de exportación.

El crecimiento industrial tuvo prioridad sobre el desarrollo de la agricultura. Tomando en consideración el contexto de distribución desigual de la tierra, el énfasis en esta política provocó un rápido proceso de urbanización (Duarte, 1988). Tentativas tímidas de reforma agraria y el fenómeno frecuente del trabajo familiar no remunerado dieron origen al fenómeno de migración, del cual las mujeres formaron el más grande contingente.

El proceso de crecimiento industrial no fue uniforme. Los países variaban en cuanto a los recursos socioeconómicos y a las estrategias de industrialización. Algunos de ellos, que adoptaron políticas de capital intensivo, también experimentaron un crecimiento de actividades sin protección, que para los menos industrializados significó ampliación del empleo.

Mientras algunos países son productores de petróleo otros han llevado a cabo estrategias de sustitución del petróleo, y otros aún no tienen recursos alternativos de energía. La historia de la industrialización en la región está llena de retrocesos. La crisis inicial en la estrategia de sustitución de importaciones adoptada, fue acompañada por otros reverses industriales (Barbieri y Oliveira, 1985). Algunos

países iniciaron programas que eliminaron a sectores industriales enteros, a tal punto que algunos autores hablan de un período de desindustrialización para Perú (Jurado, 1985), Chile (Muñoz, 1985) y Argentina (Hirschman, 1986).

Los precios del petróleo aumentaron, muchos países productores, especialmente los países de la OPEP, empezaron a tener superávit en la balanza de pagos, los que eran orientados a los países en desarrollo a través de los bancos privados. Varios países en el Norte enfrentaban problemas debido al aumento de los precios de petróleo. Después de 1973, los bancos comerciales empezaron a reciclar petrodólares prestando a los países del Tercer Mundo, proceso éste que englobó a muchos países latinoamericanos, siendo en sus comienzos las tasas de interés bajas.

Estando aún la primera crisis del petróleo en proceso de evaluación por esta estrategia monetarista, sobrevino la segunda crisis, de 1979, que afectó fuertemente algunos países de América Latina. Parte del crecimiento latinoamericano dependía excesivamente del financiamiento externo, sobre todo de los préstamos de los bancos privados ansiosos de canalizar petrodólares hacia los países en desarrollo. Incluso los países latinoamericanos exportadores de petróleo empezaron a contraer grandes deudas, siendo México el caso más notable (Hirschman, 1986), al igual que Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela (CEPAL, 1986, p. 7).

El peso del servicio de la deuda se agravó por la estrategia de Estados Unidos de manejar su propia inflación y el déficit en la balanza comercial a través de altas tasas de interés para atraer el capital internacional. La competencia mundial condujo a diseñar políticas semejantes en los países acreedores. El rápido crecimiento del peso de la deuda llevó a los países deudores a aplicar paquetes de ajuste estructural, ocasionando tales políticas una aguda recesión en casi todos los países de la región.

Entre 1980 y 1982, la deuda externa de la región creció 50% debido a la política liberal de préstamos y al exagerado optimismo en las expectativas de crecimiento por parte de los solicitantes de préstamos (CEPAL, 1985, p. 30). Para algunos países, esta crisis ya se había hecho sentir en la década anterior y resultó particularmente aguda para muchos de ellos entre 1982 y 1984.

En respuesta a estas dificultades, casi todos los países establecieron programas de ajuste determinados por el Fondo Monetario Internacional. Las principales políticas fueron dirigidas a la balanza de pagos y resultaron en la reducción del gasto público de los servicios sociales, restricciones al crédito, reducciones de importaciones y devaluación de la moneda para incentivar las exportaciones. Estas políticas produjeron recesión y un superávit de 40 millones de dólares en el balance del Tesoro Público, en solamente tres años (CEPAL, 1985, p. 32), como lo demuestran las tasas decrecientes en el PIB *per cápita*, reducciones en el Tesoro, salario mínimo y crecientes tasas de desempleo (CEPAL, 1986, pp. 152-170). La estrategia de devaluación también elevó el costo del préstamo de

capital e incrementó el gravamen de las mercancías importadas, con repercusiones generales en el costo de vida.

De 1981 a 1984, la tendencia de ingresos del capital extranjero se invirtió. América Latina se transformó en exportadora de capital, transfiriendo 25% de los valores de exportación al Norte, a medida que estos países promovieron políticas que elevaron las tasas de interés, restringiendo las importaciones. El ingreso *per cápita* bajó por tres años consecutivos y las estadísticas disponibles demuestran que 17 países en la región fueron severamente afectados (CEPAL, 1985, p. 28). Después de una leve recuperación, la industria sufrió un proceso de estancamiento en toda América Latina, que se prolongó en la región durante los años ochenta.

Además de la deuda externa, algunos países también enfrentaron una deuda interna creciente. Los gastos públicos se incrementaron y los recursos escasearon. Algunos gobiernos latinoamericanos recurrieron a préstamos de los bancos locales. Las tasas de interés también aumentaron internamente y las presiones inflacionarias continuaron deteriorando los ingresos de trabajadores y trabajadores. El tamaño de los aparatos burocráticos que, en algunos casos, creció durante los gobiernos militares, es el responsable del déficit del Estado y de la absorción de recursos que podrían ser utilizados para corregir las desigualdades internas de ingresos. La estrategia de reducción de la deuda externa contribuyó al aumento de la deuda interna. Compañías privadas adquirieron la deuda externa a precios descontados en el mercado secundario. Este monto ha sido cambiado por una suma equivalente que está disponible para determinado gobierno en el mercado interno del país y muchas veces es reinvertido en industrias locales. Al encontrarse sin recursos, el gobierno nacional puede tomar prestado el dinero de los bancos locales. Las condiciones para contratación de la deuda interna son de corto plazo y las tasas de interés comúnmente superiores a las del mercado externo.

Un especialista latinoamericano concibe a la actual crisis como un proceso de victimización que distrae la atención de las ganancias obtenidas durante el período de entrada masiva de capital. El examen crítico de los efectos de la crisis ha sido consecuencia de las nuevas tendencias democráticas. Los analistas ahora pueden canalizar sus observaciones, pidiendo una rendición de cuentas, la corrección de las estrategias de préstamos anteriores, como también demandando una división de las responsabilidades por las consecuencias de la deuda, en lugar del sufrimiento unilateral, por parte de los países deudores, a causa de decisiones para contraer préstamos que no consideraron las consecuencias a futuro.

El crecimiento de las fuerzas democráticas ha sido uno de los puntos positivos del período de la actual crisis, pero muchos análisis económicos no consideran la participación democrática basada en la satisfacción de las necesidades humanas. Esta postura fortalece las prácticas autoritarias y corporativistas en los Estados latinoamericanos, estimulando la demanda por participación. Esta visión de

las necesidades humanas básicas fue una de las principales condiciones para tomar en cuenta a las mujeres en el análisis del desarrollo. El desafío del rol participativo democrático femenino fue planteado por Jelin y Feijóo (1989, pp. 46-48), los que analizan las expectativas políticas específicas de una variedad de grupos de mujeres.

Las condiciones de vida de las mujeres en América Latina

Una de las mayores contribuciones ofrecidas por la plataforma de MUDAR fue poner a las mujeres en el centro del análisis del desarrollo (Gita Sen y Caren Grown, 1987) al considerar todos los aspectos de la vida de mujeres y hombres en relación al crecimiento socioeconómico nacional. La plataforma fortaleció la visión que rompe la dicotomía existente entre las esferas pública y privada, incluyendo la ejecución de tareas relacionadas con la subsistencia y la manutención de los hogares, conjuntamente con la producción para el mercado. Sexualidad y reproducción son factores clave en el contexto del análisis del desarrollo. Incluyen un concepto central relacionado con las jerarquías de género, considerando que los hogares están, en la mayor parte de los casos, organizados jerárquicamente, condición que varía de una cultura a otra y puede ser modificada por los movimientos sociales. El desarrollo no es neutro en relación a los sexos y el movimiento de mujeres introdujo temas políticos que afectaron, en última instancia, los patrones de desarrollo.

El análisis del desarrollo que prevaleció en el pensamiento latinoamericano en los años sesenta y setenta se concentraba en factores de producción. De particular importancia fue la crítica hecha a las relaciones de dependencia con el Norte, en cuanto a las políticas de apertura a las compañías multinacionales o el establecimiento de zonas libres para comercialización. Durante estas décadas se prestó escasa atención al dilema que afectó las políticas de desarrollo en curso y se adoptó una estrategia que llevó a una mayor dependencia: el préstamo de capital por parte de los bancos privados. Esta creciente deuda externa impuso limitaciones al crecimiento de la producción.

El análisis anterior, al privilegiar los factores de producción, perdió de vista la importancia del factor humano en el desarrollo y la preferencia humana por estrategias de desarrollo alternativas. Cuando se pierde la noción de los sujetos, es difícil introducir el género como un factor clave en el proceso de desarrollo, de la misma forma que no es posible evidenciar de qué modo los factores culturales, causantes de la subordinación de las mujeres, tales como las jerarquías de familia, el fundamentalismo religioso y la violencia contra las mujeres se mezclan con factores económicos responsables de que ellas sean mayoría entre los pobres del mundo, entre los analfabetos y los desempleados y las más

afectadas por el hambre, la sequía y la crisis de alimentos, de energía y agua, y por la deuda externa.

La participación de las mujeres en la fuerza de trabajo en América Latina todavía es limitada. Los hombres continúan ocupando dos tercios de la fuerza de trabajo pese a que las tasas de participación fueron subestimadas por factores culturales no modificados.

Un estudio comparativo de la información proporcionada por censos de 1960, 1970 y 1980 para Argentina, Brasil, Ecuador, Chile, Honduras, Panamá y Uruguay mostró un aumento en la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo, que es explicado por la modernización durante el período de tiempo en que este proceso se acentuó (CEPAL: División Social del Desarrollo). Los mayores aumentos corresponden a Cuba. Estos incrementos están presentes en todas las franjas de edad y los casos de Brasil y México son notables por presentar aumento, incluso en la participación de menores de edad. Esta última tendencia sufrió una modificación, como será visto más adelante.

Las tasas de participación entre 1960 y 1980 de las mujeres y hombres con bajo nivel educacional disminuyeron, en cambio aumentaron las correspondientes a un nivel educacional superior. Las mujeres solteras presentaron mayor participación. Esta diferencia entre mujeres solteras y casadas tiende a desaparecer en casos de nivel superior de educación (CEPAL, 1987). Mujeres que poseen este nivel educacional están en posición de poder contratar ayuda doméstica, en tanto las mujeres con menos educación e ingresos más bajos encuentran mayor dificultad en sustituir el trabajo en el hogar.

Las tasas masculinas de incorporación a la fuerza de trabajo entre 1960 y 1980 fueron superiores a las de las mujeres, una tendencia que más tarde sufrió una reversión (CEPAL, 1987; Unit II). El balance de la década, para las mujeres significó un nuevo incentivo frente al examen de la creciente participación en la fuerza de trabajo determinada por género, particularmente en vista de algunas prácticas de ajuste que resultaron en recesión.

Cuatro áreas de investigación fueron priorizadas por las investigadoras feministas latinoamericanas: a) el impacto del crecimiento socioeconómico y la recesión sobre el trabajo femenino y masculino (incluyendo desempleo, trabajo por sector, número de horas trabajadas, tipo de trabajo e ingreso); b) el impacto de la crisis sobre los hogares y la familia; c) las políticas públicas en relación a las mujeres y d) el vínculo entre crisis y movimientos de mujeres. Esto comprendió el crecimiento del movimiento feminista que se acompañó de aumentos en la participación femenina en la fuerza de trabajo y presión a los gobiernos por políticas que garantizaran igualdad de género en el acceso a la educación, similares oportunidades en el mercado de trabajo, autodeterminación en la vigilancia de la reproducción y en el control de la violencia contra las mujeres.

Teresita de Barbieri y Orlandina de Oliveira avanzaron algunas hipótesis en

la presentación que prepararon para el debate de MUDAR sobre la crisis en Nairobi. Allí apuntaron tres efectos básicos de la crisis sobre las mujeres de América Latina: a) incremento de la participación de las mujeres en las actividades de mercado; b) aumento del volumen de trabajo doméstico durante el período de crisis; c) cambios en las relaciones familiares y en los lazos de solidaridad con los vecinos.

Barbieri y Oliveira también propusieron a las mujeres de las clases trabajadoras que busquen un trabajo, participen en actividades comerciales, produzcan mercaderías para el hogar y el mercado, o vendan objetos en su casa para enfrentar la crisis del desempleo (Raczynski y Serrano, 1984; Barbieri y Oliveira, 1985).

Las mujeres se vieron obligadas a reemplazar las mercancías que compraban en el mercado por otras que resultaron en una mayor carga de trabajo; por ejemplo, usaban, si era posible, leña para cocinar en lugar de gas, aumentando el número de horas necesarias para preparar la comida.

Los hombres, al quedar desempleados y a medida que sus esposas pasaron a contribuir en el presupuesto doméstico, fueron experimentando frustraciones y tensiones, por no poder cumplir con su rol tradicional de proveedores. Lo mismo puede pasar con otros miembros de la familia responsables de obtener los recursos domésticos, que resultan presionados por no poder satisfacer esta exigencia.

En toda la región latinoamericana, las tasas de participación de las mujeres, que venían aumentando antes de la crisis, lo hicieron aún más durante la misma, revelando diferentes formas de inserción de las mujeres según la edad, estado civil, presencia del cónyuge y número de hijos.

Las tasas de crecimiento de la participación femenina aumentaron más que las de los hombres. Con la crisis de la deuda esta tendencia se acentuó en las áreas más urbanizadas e industrializadas de la región. Tendencias previas mostraron una gran propensión a la participación de mujeres jóvenes y solteras en el proceso de desarrollo. Las nuevas tendencias indican cambios debidos al incremento de la recesión. Mujeres con más de treinta años y las casadas con hijos pequeños, con escasa concurrencia en el mercado laboral, han demostrado una fuerte inclinación a participar. Los grupos más jóvenes, que antes tendían a una mayor incorporación, encuentran ahora dificultades para aumentar su tasa de participación en el mercado de trabajo.

El aumento de la integración de las mujeres al mercado de trabajo es desigual en toda América Latina y varía de acuerdo con la tasa de desarrollo industrial urbano (Spindel, 1987; Oliveira, 1987; Serrano, 1987). Este fenómeno no puede considerarse como un efecto directo de la crisis, pues la participación se

² Para el caso brasileño véase Humphrey, 1984; para las tasas diferenciales anteriores a la crisis y la irregularidad del fenómeno según las tasas de modernización véase CEPAL, 1987.

venía incrementando desde antes del actual período de recesión². La participación femenina, sin embargo, se concentró en actividades específicas. El empleo doméstico continuó siendo una de las ocupaciones más comunes para las mujeres. Algunos avances se observan en las acciones reivindicativas de las empleadas domésticas en América Latina en el sentido de encuadrar esta ocupación en la misma legislación de las otras categorías.

La crisis acentúa la tendencia femenina hacia el trabajo remunerado. La situación, sin embargo, no significa que el *status* de las mujeres esté mejorando. Al contrario, se registra un aumento dispar entre las ganancias de mujeres y hombres, que tiende a acentuarse en las áreas más industrializadas (Bruschini, 1985). Aunque las tasas aumentaron durante la recesión, el desempleo fue superior en las mujeres. En relación a las tendencias emergentes, una investigación basada en crisis anteriores mostró que las mujeres aparecen como las primeras despedidas durante la recesión (Aguiar y Moraes, 1987; Pardo, 1987; Feijó y Jelin, 1987); sin embargo, la investigación actual revela que durante la recesión los hombres muestran mayor tendencia a ser despedidos antes que las mujeres (Spindel, 1987). Esto no se debe a que las mujeres ejerzan resistencia a través de sindicatos o formas semejantes de organización; se relaciona mayormente con el hecho de que los sectores más afectados, en países como Brasil, son también los más modernos y con menos porcentaje de fuerza de trabajo femenina. También se puede explicar por el hecho que las mujeres realizan actividades que son rechazadas por los hombres, de baja calificación, las que resultan poco afectadas por la crisis (Hirata y Humphrey, 1987). En otros países, industrias tradicionales con un alto contingente de mujeres fueron las primeras en cerrar (Feijó y Jelin, 1987; Prates, 1987). Este fenómeno dio origen a que las mujeres aumentaran su participación en el mercado de trabajo informal. En cuanto a los sectores modernos, que han demostrado gran preferencia por las mujeres jóvenes y solteras durante el período de crecimiento, los datos agregados señalan que las mujeres de edad con hijos son las más solicitadas para el empleo durante la crisis (Prates, 1987; Oliveira, 1987; Bruschini, 1989, p. 77; Moser, 1989, pp. 146-150). Por tanto, es importante estudiar si las industrias demuestran tendencias diferenciales de reclutamiento durante la crisis y, si existe esa evidencia, qué ramas presentan qué tipo de tendencia. Algunos autores aún discuten la naturaleza del proceso de simplificación, que sigue a las tentativas de modernización especialmente como resultado de la crisis (Souza Lobo, 1985 y 1986). En cuanto a esto, la literatura de México sugiere que las industrias que tienen un proceso de trabajo basado en producción en línea de ensamblaje, localizadas en las regiones de frontera, introdujeron cambios que resultaron en la transferencia de mujeres que trabajaban en las fábricas hacia el autoempleo ejecutado en el hogar (Oliveira, 1987).

En todos los países se verifica un aumento de las actividades intermitentes que no están cubiertas por contratos de trabajo o seguridad social, y de las actividades

incluidas en el mercado de trabajo informal. Las actividades cubiertas por la seguridad social varían de país a país y las garantías resguardadas por contratos varían no solamente entre los países, sino también de acuerdo con el momento histórico (ciertos derechos de clase relativos a la seguridad social fueron frenados por las dictaduras militares). Algunas industrias redujeron la absorción de trabajadores con contratos formales. En determinados casos, tener un trabajo no amparado por la seguridad social es la única opción para lograr la supervivencia. En otros, esta es la estrategia para generar un ingreso adicional. Considerando que en el pasado, en situaciones semejantes, las mujeres mostraron un alto grado de participación en el sector informal, en la actualidad, en algunas regiones, existe una gran tendencia a que los hombres busquen esta alternativa. Esta tendencia, sin embargo, varía dentro de las regiones metropolitanas en los países de América Latina (Hirata, 1986; Arriagada, 1987; Oliveira, 1987). Estudios de caso demuestran que los hombres enfrentaron la crisis empezando, muchas veces, actividades por cuenta propia y sin seguridad (Hirata y Humphrey, 1986). Las mujeres frecuentemente recurren al trabajo doméstico o a un pequeño abanico de trabajos con baja remuneración para atender los gastos diarios.

Para solucionar la crisis muchas agencias incentivaron a las mujeres a participar en el mercado de trabajo informal, con el objetivo de proporcionarles los recursos económicos. Pese a la importancia de las actividades que generan ingresos, muchas de ellas no lograron cuestionar la subordinación de género y resultaron en fracaso al terminarse los recursos. En general, el comercio de pequeña escala, las actividades de mercado (Arteaga y Larrazábal, 1988) y la administración pública (Spindel, 1987 y Bruschini, 1989). Al mismo tiempo que la construcción civil disminuyó en algunos países, aumentó en otros. Los trabajos de emergencia han demostrado ser sectores que crecieron durante la crisis (Porcaro, 1986). En el último caso, inclusive si el trabajo recibe incentivos del gobierno, es esporádico y sin garantías formales. El crecimiento de la administración pública se produjo cuando el gobierno actuó para mitigar la crisis, pero el sector moderno industrial de servicios también demostró tendencia a declinar (Oliveira, 1987). La protección de las actividades en pequeña escala no debiera distraer la atención de las necesidades de la región de crecimiento económico, aunque éste debería considerar la inserción de las mujeres en ocupaciones especializadas.

A pesar que muchos de los estudios se realizaron en áreas urbanas, algunas tendencias fueron observadas en relación a las mujeres de las áreas rurales³. Ellos indican que la proletarianización en gran escala ocurrió en las áreas rurales antes de la recesión, con un incremento de la participación femenina en las actividades

³ De especial importancia es la colección de ensayos organizados por León y Deere, 1986; véase también Arizpe, 1987; Guimarães y Brito, 1987.

temporarias, como trabajadoras a destajo. Las mujeres que tenían acceso a la tierra estaban en cierto modo aisladas, debido a las buenas temporadas, pero la amplia migración que América Latina sufrió durante el período reveló un fenómeno en el cual las mujeres y hombres jóvenes han sido los primeros en abandonar el campo, seguidos de los hombres mayores, lo que ha producido una feminización de las zonas rurales (Aritzpe, 1987). En otros países, este fenómeno ha sido localizado y mejor presentado en los estudios de caso. Esto ocurre por ejemplo en regiones en donde se comenzó a producir combustible a base de alcohol. Desde el inicio del programa existen alternativas de empleo en la región promoviendo trabajos mejor remunerados (Aguilar, 1987). Los programas del combustible a base de alcohol diseñados para enfrentar la crisis del petróleo desviaron, en última instancia, el uso de la tierra para la producción de alimentos hacia la producción de combustible para atender el consumo de la clase media (Saffioti, 1984; Barroso, 1986). Los trabajadores se tomaron muy vulnerables al trabajo de término de la cosecha en las plantaciones de azúcar en el contexto de este programa de desarrollo. La mujeres aumentaron su participación en este tipo de faena. Pese al hecho de estar produciendo energía, sus necesidades de combustible para uso doméstico no fueron satisfechas, ya que el cultivo de caña de azúcar aumentó la deforestación y el costo del gas de cocina se incrementó junto a los costos del petróleo (Aguilar, 1987).

Las mujeres, grupos étnicos y raciales, en especial negros y mujeres nativas, sufrieron los efectos de la crisis de forma particular, debido a las altas reducciones de salarios a que fueron sometidos. Sin embargo, las comparaciones son difíciles, pues no todas las encuestas de hogares incluyen informaciones sobre grupos étnicos. Algunos países tienen informaciones basadas en la raza, otros en la diferenciación étnica por el lenguaje; en todo caso, la información existente revela que los mejores puestos de trabajo son ocupados por la población masculina blanca, en tanto las mujeres de color ocupan los niveles inferiores.

Los sectores modernos que tienden a mantener el nivel de ingreso de sus ocupaciones, muestran una reducción en la fuerza de trabajo y también en el número de horas laborables. Ocupaciones tradicionales, como la construcción civil, el comercio minorista y el empleo doméstico presentan agudas caídas en el ingreso. En el caso de Brasil, los negros están localizados en el sector que indica los mayores descensos en el ingreso. Las mujeres enfrentan reducciones de ingreso del orden de 10% a 30%, de acuerdo con el país y el sector ocupacional.

En muchos casos, las tasas de desempleo son también altas para las mujeres (Prates, 1987; Arriagada, 1987). Hirata y Humphrey (1986) demostraron que cuando los hombres pierden el trabajo, al mejorar la situación pueden retomar el mismo empleo, con el mismo tipo de capacitación; sin embargo, ellos enfrentan la crisis buscando trabajos por cuenta propia. Cuando las mujeres pierden el empleo, encuentran dificultades para recuperar la misma ocupación y muchas

veces vuelven al servicio doméstico o a otras profesiones descalificadas. El desempleo tiene peores repercusiones para las mujeres. Una proporción sustancial de mujeres jóvenes, al igual que mujeres con hijos que buscan emplearse, están dispuestas a aceptar cualquier tipo de trabajo.

Cambios en la composición del hogar

Otro principio comparativo establecido por el grupo de investigación tiene que ver con el hecho de que el análisis debe considerar el punto de vista del hogar y del sector de trabajo⁴. Las encuestas de hogar son importantes porque recaban información sobre las labores desarrolladas en la casa, los trabajos de media jornada o los trabajos no cubiertos por la seguridad social. Los datos agregados o de empleo ofrecen mayor información sobre actividades formales. La información agregada debería estar acompañada, en lo posible, por información derivada de estudios de caso que pueden proporcionar datos no cubiertos por la investigación a gran escala.

Si bien en la división sexual del trabajo tradicional los hogares presentaban solamente un trabajador por familia, particularmente en familias con hijos pequeños, hoy tienden a tener dos o tres miembros trabajando, con una reducción creciente de las familias en que solamente el jefe de hogar trabaja, según el nivel de desarrollo industrial urbano. Los hogares rurales tienden a estar compuestos por familias más amplias, dependiendo del país y de la región (Barroso, 1987; Oliveira, 1987).

Muchos cambios se produjeron en términos de disminución de las tasas de fertilidad, reducción del tamaño de la familia y tendencia a la nuclearización en la mayor parte de las regiones industriales y urbanizadas (Oliveira, 1987; Barroso, 1987). Esa propensión no es en ningún sentido uniforme en América Latina, dado que, pese al predominio de las familias nucleares, las familias extensas también pueden crecer, como en el caso de Colombia (Alonso, 1985, p. 50).

Algunos estudios apuntan el hecho de que el trabajo de las mujeres se intensifica con la crisis y que el número de horas trabajadas es mayor (sumando el número de horas de trabajo doméstico y de actividades remuneradas) (Feijóo y Jelin, 1987). Los efectos del crecimiento de las actividades remuneradas entre las mujeres sobre los roles de género en la familia han sido ampliamente discutidos. Un estudio de caso apunta que los trabajadores hombres se apegan a las restricciones machistas tradicionales con relación al trabajo remunerado de la mujer y se resisten a compartir con ella las tareas del hogar, aunque las mujeres

⁴ Para un buen ejemplo de este método ver Hirata y Humphrey, 1986.

estén haciendo una contribución significativa al presupuesto familiar (Hirata y Humphrey, 1986). En algunos casos, el trabajo industrial se realiza en el hogar, en actividades de extensión, por lo que las mujeres se encuentran más circunscritas al ámbito doméstico, con la consecuente intensificación del trabajo hogareño (Oliveira, 1987; UNICEF, 1987). Consecuentemente, si la crisis está afectando a las mujeres en el sentido de poner a un gran contingente de trabajadoras en contacto con el público, para otras puede resultar en actividades más restringidas al hogar. Las mujeres, sin embargo, desde lo doméstico participan más en cuestiones políticas relacionadas con las políticas de ajuste y la caída de los ingresos.

El tema de la diferenciación de las familias y del trabajo de las mujeres por clase social es analizado por Barbieri y Oliveira (1985) que estudian cómo las mujeres de la clase media y de la clase trabajadora enfrentan la crisis. Mientras algunos autores atribuyen a la reducción de los salarios la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo (Porcaro, 1986) otros, como Jurado (1985), demuestran que la incorporación de las mujeres durante la crisis es mayor en los grupos de bajos ingresos, aunque no exclusiva para esos grupos, sugiriendo que éstos se ven forzados a poner más manos en el mercado y que la incorporación de las mujeres es parte de este proceso, aunque sin atribuir esta incorporación femenina únicamente a los bajos ingresos de los trabajadores. Humphrey (1984) expresa algunas dudas sobre la idea de que la pobreza explica la incorporación de las mujeres. El tiene razón al señalar que este solo factor es insuficiente para explicar el fenómeno. Feijóo y Jelin (1987) observan que, en Argentina, las mujeres desempleadas que son cabezas de familia encuentran mayores dificultades de ingreso al mercado de trabajo que los hombres desempleados jefes de hogar. Humphrey utiliza datos que no permiten evaluar el punto exacto en que las mujeres ingresan en el mercado de trabajo y no toma en cuenta la permanente baja del poder de compra de los salarios en lugar de los lucros coyunturales de la inflación.

Los estudios de caso indican un incremento de la violencia contra las mujeres, debido a su mayor participación en la esfera pública y, en el hogar, a causa de la frustración que experimentan los hombres que se afirman en las definiciones tradicionales de los roles de género, lo que puede resultar en agresión directa a las mujeres. La crisis genera, en el seno de la familia, tensiones y agresiones. Esta hipótesis es formulada por De Barbieri y Oliveira (1985) y por Ricci (1987). Mientras algunos estudios identifican, como explicación, estrategias de supervivencia de la familia (Serrano, 1987), otros estudios enfatizan la tendencia a no asumir que el trabajo dentro de la familia puede ser fácilmente sustituido de acuerdo con una estrategia racional y funcional (Ricci, 1987). Estas diferencias internas deben ser tomadas en consideración y deben analizarse tanto las tensiones como las soluciones al conflicto.

Políticas sociales en relación a las mujeres

Algunos trabajos consideraron las políticas adoptadas por los gobiernos que afectaron de manera negativa a las mujeres, como la reducción del presupuesto de los servicios públicos, que dio como resultado un incremento del trabajo femenino. La disminución de inversiones en salud y educación frecuentemente significa para las mujeres gastar más tiempo en las actividades del hogar, cuidando a los enfermos o socializando los niños, a la vez que emplear parte de la jornada diaria en colas para acceder a los servicios sociales. El campo de la política social es objeto de atención creciente por parte de los científicos sociales, pese a que no se tiene acceso a informaciones que permitan una comparación. Otra laguna básica es la falta de conceptos de género en los análisis de política social. De acuerdo con los roles prescritos, las mujeres fueron tradicionalmente responsables de suplir las necesidades básicas en la familia, y la manera en que son dirigidas estas políticas para atender a las necesidades básicas afecta considerablemente a las mujeres.

Debido a la naturaleza de las políticas de desarrollo, que marcaron el establecimiento de una industrialización muy rápida, algunos países —entre los cuales Brasil constituye el ejemplo extremo— pusieron un gran énfasis a la concentración de la riqueza con desarrollo (Spindel, 1987). En veinte años de dictadura militar, por ejemplo, el valor real de compra del salario mínimo bajó en 50% y en 1983, el peor año de la crisis, el 50% más pobre de la población dispuso del 13,55% del ingreso del país, mientras los 10% más ricos controlaron el 46,2% (Spindel, 1987).

Algunos países se orientan hacia la privatización de muchas empresas del Estado. En aquellos gobernados por dictaduras, algunas políticas sociales ya tienen una orientación privatizante, en desmedro de la población más pobre, que permanece sin ser atendida en la satisfacción de sus necesidades básicas, como comida, nutrición, habitación, educación primaria y salud pública. Como ciertos programas están vinculados a los salarios de la clase trabajadora, cualquier crecimiento en los niveles de empleo afecta el volumen de recursos disponibles para los beneficios sociales. En momentos de crisis, los programas sociales son los primeros afectados (Abranches, 1985, pp. 86). Otras políticas sociales orientadas a la privatización, beneficiaron a industrias que monopolizaron la producción de las comidas en la escuela pública y en las clínicas privadas, ofreciendo servicios ineficientes y caros y orientados a la clase media (Cardoso, 1984, Abranches, 1985). Además, las prácticas autoritarias tienden a estimular el crecimiento de burocracias competitivas que centralizan la toma de decisiones sobre las políticas sociales y actúan como fortalezas del poder personal. La participación de la comunidad fue coartada por la persecución política y la creación de burocracias de tecnócratas. Además el costo de manutención de estas burocracias se opone a la distribución de recursos para los sectores más

necesitados. Al finalizar las dictaduras, las burocracias y las formas de toma de decisiones se mantienen, generando descrédito y desesperación y estimulando prácticas violentas en la atención de los problemas cotidianos (Coelho, 1988). En algunos países el tráfico de drogas organizó la violencia hasta el punto de amenazar a todos los sectores de la sociedad, incluyendo el liderazgo del movimiento de mujeres en los sectores más pobres.

Los servicios sociales descentralizados a través de municipalidades, por un lado, tienden a aumentar la participación comunitaria, al igual que las mujeres propenden a participar en las actividades de las comunidades⁵. Sin embargo, muchas de esas políticas son solamente medidas de emergencia ante la crisis y no cumplen el objetivo de facilitar que las mujeres salgan de la pobreza, dándoles acceso a oportunidades de empleo que permitan ingresos regulares, a través de programas especiales de entrenamiento que transformen su posición, promoviendo su acceso a trabajos más capacitados y mejor pagados, implementando el ingreso a guarderías, a la tierra, al crédito, al trabajo rural capacitado, a oportunidades iguales en términos de políticas de seguridad social, a servicios de salud y a información sobre anticonceptivos y planificación familiar.

Un ejemplo de políticas de descentralización dirigidas a las mujeres se observa en Nicaragua (Alemán, 1988). Pese al carácter específico del caso, Nicaragua tiene elementos en común con muchos otros países de América Latina que se apoyan en productos de la agricultura para exportación y dependen de las importaciones del petróleo. La estrategia empleada en Nicaragua por el gobierno revolucionario consiste en dar prioridad a la producción de alimentos y la comunidad de mujeres juega un papel importante en ese proceso. El estudio muestra que paralelamente a las políticas de ajuste que aumentan el costo de la vida, existe la estrategia de fomentar en la comunidad urbana la participación en actividades de horticultura. Esta estrategia permite disponer de una cantidad de alimentos para el consumo local, y simultáneamente eleva la participación femenina en las actividades colectivas.

Otras estrategias para obtención de alimentos fueron desarrolladas en Argentina, Perú, Colombia, Bolivia y Brasil. Todas promovieron una amplia participación de las mujeres (Feijóo y Jelin, 1987; Ramírez, 1988).

Estrategias alternativas incluyeron políticas habitacionales que captaron mujeres para el entrenamiento de la comunidad en la puesta en marcha de proyectos de autoayuda directos a programas de almacenes. Pese a que estas políticas se superaron muchas veces a sí mismas e incurrieron en problemas financieros, la estrategia posibilitó abrir un campo ocupacional al cual las mujeres han tenido poco acceso en América Latina.

Hubo crecimiento en cuanto a desarrollar estrategias descentralizadas orientadas a promover políticas de salud específicas de la mujer (Barroso y Amado,

1986), incluyendo programas de salud a nivel comunitario que cubren todos los aspectos y no sólo uno específico, como el embarazo (Barroso y Amado, 1986). Las tentativas de cambiar estas políticas, anteriormente centralizadas, tienen como consecuencia la resistencia por parte de los que controlan los recursos.

Otros tipos de políticas, diseñadas para lograr igualdad de género, consisten en la creación de consejos de la mujer para actuar en el campo de la guarderías, control de la violencia contra la mujer y supervisión controlada de las prácticas discriminatorias. Los mayores objetivos de esos consejos están relacionados con los cambios en las leyes y con la promoción de campañas vinculadas con la salud y la reproducción; sin embargo, no se ha implementado ninguna política de desarrollo orientada a la mujer. Estos consejos pueden muchas veces sufrir intervenciones autoritarias, lo que no puede ser contrarrestado debido a la débil representación de las mujeres en el Poder Legislativo, lo que toma a estos cuerpos vulnerables a ese tipo de intromisión gubernamental y a la disminución de los fondos.

Algunos investigadores indican la necesidad de un estudio comparativo relativo a las inversiones gubernamentales en programas que apoyen la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres.

Como las decisiones de desarrollo tomadas por los regímenes autoritarios privilegiaron la concentración de riqueza en detrimento de la igualdad, la crisis de la deuda acentuó las desigualdades generadas durante el período de crecimiento. El pago de la deuda no debe basarse en el sacrificio de los pobres y en la transferencia de recursos económicos a los bancos privados del Norte. La capacidad de crecimiento debería ser preservada, pero no a los costos del pasado, en que las amplias disparidades fueron consagradas por decretos. Bajo el autoritarismo, las mujeres aumentaron sus horas de trabajo, vieron reducirse sus ingresos y tuvieron una carga adicional en la administración de la miseria.

Movimiento de mujeres

América Latina ha visto un único tipo de actividad feminista, consistente en organizar encuentros internacionales cada dos años. Es posible observar un creciente interés por parte de las campesinas y trabajadoras para participar en estos eventos, anteriormente una actividad con predominio de la clase media. Existe una creciente interrelación entre el movimiento desarrollado a través de los sindicatos, cooperativas y movimientos de barrios (como las cocinas comunitarias) y el movimiento feminista (Vargas, 1987).

Las estrategias de comunicación más importantes con las mujeres pobres fueron establecidas por varias redes feministas (como el Centro de Estudios de la Mujer en Chile y en Argentina; La Morada, también en Chile; Flora Tristán en Perú; CIPAF en República Dominicana; IDAC en Río de Janeiro; Rede

⁵ Relación de MUDAR sobre el encuentro regional realizado en La Paz, 1987.

Mulher en Sao Paulo; CEEAL en toda América Latina; SOS Corpo en Recife) e innumerables grupos que mantuvieron un servicio sistemático orientado a los pobres. Esta situación confiere al movimiento feminista en América Latina un carácter único. MUDAR empezó a ofrecer subsidios de investigación básica para estos grupos como una manera de ayudar en la integración del movimiento de mujeres y proveer un análisis de los problemas en la fase actual.

En un encuentro feminista reciente, algunas visiones estratégicas del futuro expresaron la necesidad de que las mujeres asumieran mayor poder, en la medida que existe un creciente interés por el feminismo entre las agricultoras, las trabajadoras domésticas, las mujeres negras, lo que requiere análisis y apertura por parte de las integrantes antiguas del movimiento feminista, escasas en número en otros tiempos.

Alternativas a la crisis de la deuda

En los países de América Latina existe una amplia polémica sobre cómo lidiar con la deuda. Las discusiones están relacionadas con las estrategias para la reducción de ésta. Las políticas anteriores de Estados Unidos para concertar los pagos con los países deudores amparadas por el Plan Baker llevaron a un aumento significativo en el tamaño de la deuda, una vez que las dificultades de pago fueron solucionadas con posteriores préstamos, pese a la existencia de ciertas estrategias de ajuste estructural. Esa confusión en la situación ayudó a agravar aún más el problema. Las alternativas consensuales corrientes a nivel regional están relacionadas con la reducción de la deuda. La discusión de esas alternativas incluyen soluciones globales, parciales, unilaterales (incluyendo la moratoria) y voluntarias. La mayor parte de esas estrategias —se consideran colectiva o individualmente— relacionadas con el descuento de la deuda desahacen cuando son negociadas en el mercado secundario. Las tentativas de lidiar con la deuda colectivamente muchas veces fracasan cuando los países prestadores ponen a competir a los deudores entre sí. Las discusiones de las alternativas tendrían que involucrar al movimiento de mujeres en un diálogo Sur-Norte basado en el intercambio Sur-Sur apoyado por organizaciones como el MUDAR. Transformaciones en curso en el campo socialista también requieren nuevos análisis de las perspectivas desde el punto de vista de las mujeres en el Sur.

La obtención de una reducción de la deuda lleva a pensar que las estrategias alternativas deberían ser desarrolladas para disminuir la pobreza y aumentar la participación de los pobres en el proceso de toma de decisión, como también para determinar las obligaciones de los que son responsables por la administración de las necesidades básicas de los pobres.

Bibliografía

- Abranches, Sergio Enrique** (1985): *Os Despossuídos: crescimento e pobreza no país do midagre*, Zahar, Rio de Janeiro.
- Acosta, Alejandro** (1984): *La crisis actual de América Latina impone la atención a la mujer pobre como una estrategia prioritaria del UNICEF*.
- Aguiar, Neuma y Moraes, David P.** (1987): *Crise e desenvolvimento: trabalho e genero em uma plantação canavieira*, Rio de Janeiro.
- Aguiar, Neuma y Moraes, David P.** (1987): *Crisis and Households in a sugar cane plantation*.
- Alasino, Carlos**: *La mujer y el deterioro del mercado de trabajo en la ciudad de Córdoba con posterioridad a 1975*, CLACSO, en prensa.
- Altimir, Oscar** (1984): "Poverty, income distribution and child welfare in Latin America: a comparison of pre and post-recession data" en *The impact of world recession on children*, UNICEF, Santiago de Chile.
- Aklilu, Delawit** (1987): "Women and the food crisis in Africa: a revised paper, based on a Nairobi presentation for DAWN".
- Alonso, Ana Rico** (1985): "La familia en Colombia: tipologías, crisis y el papel de la mujer" en E. Bonilla, C., (ed.): *Mujer y familia en Colombia*, ACS, UNICEF y P&J.
- Antrobus, Peggy** (1987): "Gender implications of the debt in the commonwealth caribbean: the case of Jamaica", documento especial preparado por DAWN, Jamaica.
- Artzpe, Lourdes; Salinas, Fanny y Velázquez, Margarita** (1987): *Efectos de la crisis económica 1980-1985 sobre las condiciones de vida de las mujeres campesinas en México*, México.
- Arriagada, Irma** (1987): *Las mujeres latinoamericanas y la crisis: el impacto en el mercado de trabajo*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Azurduy, María Elena y Ormachea, Berta** (1987): *Insersión de la mujer en el mercado de trabajo urbano en Bolivia*, UNICEF, La Paz.
- Barbieri, Teresita de** (1984): *Mujeres y vida cotidiana*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Barbieri, Teresita de y Oliviera, Oriandina de** (1985): *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*, México.
- Barroso, Carmen y Amado, Tina** (1987): *The impact of the crisis upon poor women's health: the case of Brazil in the invisible adjustment*, UNICEF, Colombia.
- Berto, Rina y Medina, Iván** (1987): *El impacto de la política monetaria y financiera en la mujer latinoamericana*, INSTRAW, México.
- Bonilla, Elsy C.** (ed.) (1985): *Mujer y familia en Colombia*, ACS, UNICEF y P&J.
- Bruschini, M. Christina** (1985): *Mulher e trabalho: uma avaliação da década da mulher*, Conselho estadual da Condicao Feminina, Sao Paulo.
- CEPAL** (1984): *La mujer en el sector popular urbano*, Santiago de Chile.
- CEPAL** (1985): *Análisis estadísticos de la situación de la mujer en países de América Latina a través de las encuestas de hogares*, marzo, Santiago de Chile.
- CEPAL**: *Crisis y desarrollo en América Latina y el Caribe*, LC/L., 333 (Sem. 22/6), Rev. 1.
- CEPAL** (1986): *El desarrollo de América Latina y el Caribe: escollos, requisitos y opciones*, LC/G. 1440 (Conf. 79/3).
- CEPAL-ILPES-UNICEF** (1983): *Desarrollo social en los ochenta*, E/ICEF/TACRO/ G-1010, Alfabeto Impresoras, septiembre, Santiago de Chile.
- Chueca, Marcela y Vargas, Vilma** (1982): "Sobrevivir a la crisis y a la política económica", *Página*, 7(477): 12-19, septiembre, Perú.
- Colección PMUR-SENA**: *Los niveles informales en la estructura socioeconómica colombiana*.
- Cortés, Rosalía**: *Insertión laboral de la mujer argentina: 1960-1985*, Subsecretaría de la Mujer, Buenos Aires, en prensa.
- Davies, Omar** (1986): *El impacto de la recesión y las políticas de ajuste en la mujer pobre de Jamaica*, UNICEF.
- Departamento Nacional de Planificación** (1984): *Plan Nacional para el Desarrollo de la Micro empresa*.

- De Suremain, Marie Dominique** (1986): *Mujeres y servicios públicos o sociales, ENDA-América Latina*.
- Doria Medina, Samuel y Escobar, Flavio** (1986): *El impacto de la crisis económica en la educación de la mujer campesina de Bolivia*, UNICEF.
- Editorial Política** (1985): Encuentro sobre la situación de la mujer en América Latina y el Caribe hoy, 3 al 7 de junio, La Habana.
- Equipo de trabajo con organización de mujeres de sectores populares** (1985): *Mujeres, crisis y endeudamiento externo*, mayo, Bogotá.
- Estrada, Alcides** (1973): *Características sociodemográficas de las mujeres colombianas*, ASCOFAME.
- Feijóo, María del Carmen y Jelin, Elizabeth** (1985): *Las mujeres del sector popular: recesión económica y democratización política en la Argentina*, Buenos Aires.
- Feijóo, María del Carmen y Gogna, Mónica** (1985): *Las mujeres en la transición a la democracia*, Buenos Aires.
- FEMPRESS-ILET** (1985): Declaración de las latinoamericanas y caribeñas asistentes a la conferencia no gubernamental en Nairobi, junio, Santiago de Chile.
- Ferla, Diana**: *Desindustrialización, trabajo domiciliario y dinámica familiar. Un estudio de caso en la rama costura*, Instituto de Sociología, UBA, Buenos Aires, en prensa.
- Foxley, Alejandro y Raczyński, Dagmar** (1984): "Vulnerable groups in recessionary situations: the case of children and the young in Chile" en UNICEF: *The impact of world recession on children*, Santiago de Chile.
- Galdzwana, Rudo B.** (1986): *Women and the food crisis in Africa*, Nueva Delhi.
- Gómez Buendía, Enrique** (1984): *La microempresa urbana*, Ediciones Grupo Social, Bogotá.
- Greemu** (1983): *La mujer en el Uruguay: ayer y hoy*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Greemu** (1986): *Mujer y trabajo en América Latina*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Hernández y Zuñiga, Melba** (1986): *La mujer (pobre) y la crisis económica: el caso de Honduras*, Unidad de Servicios de Apoyo para Fomentar la Participación de la Mujer Hondureña.
- Herrán, Carlos y Jodicse, Ester**: *El trabajo de la mujer en los sectores populares*, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, en curso.
- Hirata, Helena y Humphrey, John** (1984): "Crisis économique et emploi des femmes: un etude de cas dans industrie brésilienne", *Critique de l'Economie Politique*, N° 17, octubre y noviembre.
- Hirata, Helena y Humphrey, John** (1986): "Strategies familiales et politiques patronales: le cas brésilienne", *Nouvelles Questions Feministes*, N° 14-15.
- Hirata, Helena y Humphrey, John** (1987): *Familles ouvrières face a la crise, Temps Moderns*, N° 491, junio.
- Hirata, Helena y Humphrey, John** (1987): Entrevista, DAWN Inform.
- Humphrey, John** (1984): "The growth of employment in brazilian manufacturing industries in the 1970s", *The Journal of Development Studies*.
- ICFES** (1984): Encuentro de investigaciones sobre la microempresa.
- Jelin, Elizabeth** (1983): *Mercado de trabajo y organización doméstica: respuestas familiares a la falta de trabajo*, Buenos Aires.
- Jolly, Richard y Cornia, Giovanni Andrea** (1984): *The impact of world recession on children*, Pergamon Press, Oxford.
- Jurado, Joel** (ed.) (1985): *Estudios sobre la participación de la mujer en la economía peruana*, Ministerio del Trabajo y Promoción Social y UNICEF, Lima.
- Jurado, Joel; Balmaceda, Vilma; Varga y Suarez, Flor**: "Crisis económica, ingresos familiares y dinámica ocupacional de la mujer" en Jurado, Joel: *Estudios sobre la participación de la mujer en la economía peruana*, Ministerio del Trabajo y Promoción Social y UNICEF, Lima.
- Kugler, Bernardo; Reyes, Alvaro y Gómez, Marta Isabel** (1979): *Educación y mercado de trabajo urbano en Colombia: una comparación entre los sectores moderno y no moderno*, Centro Regional de Población, Bogotá.
- Lavinas, Lena** (1987): *Questões que a crise nos coloca*, Rio de Janeiro.
- León, Magdalena Leal de** (1985): *Estrategias para entender y transformar las relaciones entre trabajo doméstico y servicio doméstico*, Bogotá.
- León, Magdalena Leal de y Deere, Carmen** (1986): *La mujer y la política agraria en América Latina*, ASEP y Siglo Veintiuno, Bogotá.
- León, Magdalena Leal de; Prieto, Patricia y Salazar, María Cristina** (1987): "Acceso de la mujer a la tierra en América Latina y el Caribe: panorama general y estudios de caso de Honduras y Colombia", reporte presentado a la FAO.
- López, Hugo; Henao, Marta Luz y Sierra, Oliva** (1982): *El empleo en el sector informal: el caso de Colombia*, Centro de Investigaciones Económicas, Universidad de Antioquia.
- Pineda, Magall** (1985): *Crisis y cambio social*, Comité Dominicano de Mujeres contra la Intervención (CODOMUCI), Santo Domingo.
- Porcario, Rosa María; Oliveira, Lucía Elena y Araujo, Tereza Cristina** (1986): *Efeitos da crise no mercado de trabalho urbano e a reprodução da desigualdade racial*, Rio de Janeiro.
- Porcario, Rosa María; Oliveira, Lucía Elena y Araujo, Tereza Cristina** (1987): *Efeitos da crise no mercado de trabalho urbano no Brasil*, Rio de Janeiro.
- Prates, Suzana** (1987): *Participación laboral femenina en un proceso de crisis*, CIESU, Montevideo.
- Prieto, Patricia** (1986): "La situación de la mujer en Costa Rica", documento presentado a PAPLAC, UNIFEM.
- Prieto, Patricia** (1986): "La situación de la mujer en Colombia", documento presentado a PAPLAC, UNIFEM.
- Prieto, Patricia** (1986): "La situación de la mujer en Bolivia", documento presentado a PAPLAC, UNIFEM.
- Publicación del BID** (1984): *La deuda externa y el desarrollo económico de América Latina: antecedentes y perspectivas*, Washington.
- Puyana, Yolanda** (1985): "La crisis y la mujer trabajadora", Bogotá.
- Raczyński, Dagmar y Serrano, Claudia** (1985): *Vivir la pobreza: testimonios de mujeres*, PISPAL, CIEPLAN, Santiago de Chile.
- Ramírez, Socorro** (1986): *La crisis económica, la deuda externa y sus efectos en las mujeres de sectores populares*, Bogotá.
- Ramírez, Socorro** (1987): *Las estrategias de sobrevivencia de las mujeres en la crisis*, FEMPRESS-ILET, Bogotá.
- Reddock, Rhoda** (1986): *Participatory action program for Latin America and the Caribbean*, PAPLAC, Caribbean Sub-Region, UNIFEM, Nueva York.
- Riccl, Teresinha Dáquino** (1987): "As tensões que os numeros nao revelam", documento presentado al Group Women in the Labor Force, Encuentro sobre Mujer y Crisis organizado por DAWN Xlth, ANPOCS, Annual Meeting, Aguas de Sao Pedro.
- Sabola, Joao** (1987): *Considerações sobre as transformações no mercado de trabalho no Brasil durante a recessão (1980-1983)*, Rio de Janeiro.
- Sánchez, Ricardo** (1985): *Colombia: crisis y deuda externa*, Editorial Rosa Roja.
- Saffioti, Heleth** (1984): "Política Agrícola no Brasil contemporaneo e suas consequências para a força de trabalho feminima" en Cheywa Spindel et al. (eds.): *A mulher rural e mudança no processo de produção agrícola*, IICA, Brasília.
- Sarti, Cynthia** (1986): "A mulher no Brasil", reporte para UNIFEM.
- Schmuckler, Beatriz y Savigliano, Martha** (1986): "Authority relationships among women: lower class women and female researchers in the field", IDRC, Perspectives from the Nairobi Conference.
- Sen, Gita y Grown, Caren** (1988): *Desarrollo, crisis y visiones alternativas: perspectivas de las mujeres del Tercer Mundo*, El Colegio de México, México.
- SENA** (1977): "Foro de la mujer colombiana".
- Serrano, Claudia** (1987): *Crisis económica y mujeres de sectores populares urbanos en Santiago de Chile*, CIEPLAN, Santiago de Chile.
- Serrano, Claudia y Raczyński, Dagmar** (1985): *Mujeres en áreas urbanas: hacia un diagnóstico*, Santiago de Chile.

- SID-ACEP-PIEM** (1985): *Las mujeres frente a la crisis de América Latina y el Caribe*.
Souza Lobo, Elizabeth (1986): *División del trabajo: el trabajo también tiene sexo*, GRECMU, Uruguay.
- Souza Lobo, Elizabeth** (1986): "The sexual division of labor in brazilian industry in women in development", IDRC, Perspectives from the Nairobi Conference, septiembre.
- Spindel, Cheywa** (1987): *A crise dos anos 80 no Brasil e o impacto sobre a condicao da mulher*, Sao Paulo.
- Spindel, Cheywa** (1987): *A mulher frente a crise economica dos anos 80*, Sao Paulo.
- Sunkel, Osvaldo** (1985): "América Latina y la crisis económica internacional" en *Ocho tesis y una propuesta*, Colección Cuadernos del Rial, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Surelman, Marie Dominique** (1985): *Las mujeres y la crisis urbana: participación de las mujeres en la consecución de la vivienda y servicios urbanos*, Habitat, CEPAL, Presidencia de la República, CENAC, Bogotá.
- Todaro, Rosalba** (1986): "Algunas reflexiones sobre el trabajo doméstico asalariado en Chile" en *Mujer y trabajo en América Latina*, GRECMU, Uruguay.
- UN-NGO Workshop** (1987): *Debt adjustment and the needs of the poor*, Oxford.
- UNICEF** (1987): *The invisible adjustment: poor women and the economic crisis*, Santiago de Chile.
- Urrutia, Miguel y Sandoval, Clara Elsa** (1971): "Informe del encuentro de representantes de agencias de gobierno que trabajan en pro de la mujer pobre", Bogotá, 24-26 de junio.
- Universidad Nacional-CID**.
- Van Osch-Van Raay, Thera** (1986): "La economía del rebusque" en *Reflexiones teóricas para una transformación social*, UNICEF, Bogotá.

Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes

Orlandina de Oliveira

La década de los setenta se caracterizó en México por períodos de auge, recesión y recuperación económica. Para algunos autores constituye un punto de ruptura del desarrollo estabilizador y una transición hacia un patrón distinto de organización económica. Es un período de estancamiento con inflación y, desde entonces, la economía mexicana presenta síntomas de agotamiento (Tello, 1979; Ros, 1985; Rendón y Salas, 1985).

Además, los años setenta presentan, entre otros aspectos, una creciente participación femenina en el mercado de trabajo, sobre todo en las diversas ramas del sector terciario, que se distinguen por un ritmo de incremento en el empleo superior al registrado por el sector secundario en el mismo período (Rendón, 1982, pp. 157-181; Negrete, 1987; García, 1987)¹. Asimismo, como lo analiza García (1987), el intenso proceso de salarización de la mano de obra ocurrido de 1950 a 1970 pierde dinamismo en el decenio pasado y los trabajadores no asalariados se expanden, en especial, en los servicios y entre la población femenina. También se registró un ligero aumento del trabajo no asalariado en la industria, la construcción y el comercio en las regiones más avanzadas.

El decenio de los ochenta se inicia con los últimos años del repunte petrolero (1977-1981) pero, a partir de 1982, comienza una severa y prolongada crisis; en el bienio 1984-1985 hay una ligera recuperación y en 1986 se desploma la

¹ Es importante resaltar que se trata de un cambio de tendencia con respecto a las dos décadas anteriores: durante 1950-1970, México se caracterizó por un sector manufacturero que creció a tasas más elevadas que el sector terciario (García, 1975, pp. 1-3). Para este período histórico, la dinámica del empleo en el país llevó a varios autores a cuestionar la tesis de una terciarización excesiva de la PEA mexicana. Se argumentaba sobre la heterogeneidad del sector terciario, que alberga actividades muy disímiles: servicios sociales, distributivos, al productor y personales; y sobre la expansión de los servicios más estrechamente vinculados con la industrialización creciente del país (García, 1975, pp. 1-3; Muñoz y Oliveira, 1976; Rendón, 1982, pp. 157-181; Muñoz, 1985; García, 1987).

economía (Tello, 1987)². En este trabajo nos interesa analizar si las tendencias generales de operación de los mercados de trabajo registradas en los años setenta están sujetas a cambios marcados en los ochenta o, más bien, si la recesión económica contribuye a reforzarlas.

Nuestro centro de atención son los cambios en la participación femenina en la economía urbana; concebimos dicha participación como parte de un conjunto de actividades que las mujeres desempeñan para garantizar su reproducción cotidiana y la de su familia. Como ha sido ampliamente documentado en la literatura latinoamericana, las mujeres en la región cumplen un papel clave en la realización de una amplia gama de trabajos de producción y reproducción: participación en el mercado, trabajo doméstico, producción para el autoconsumo, creación y sostenimiento de redes de relaciones sociales y organización de acciones colectivas para obtener servicios públicos. Sobre todo entre los sectores populares, estas actividades son cruciales para la obtención de recursos monetarios y no monetarios necesarios para la sobrevivencia cotidiana³.

Inicialmente presentamos, como antecedente, algunas de las características de la absorción de mano de obra femenina en los mercados de trabajo en los años setenta. En un segundo momento, señalamos algunos factores explicativos de las principales tendencias encontradas. Destacamos la importancia de los procesos de modernización, desigualdad, reorganización económica y recesión como condicionantes de las variaciones en el monto y tipo de la participación económica femenina. Por último, analizamos, para algunas de las principales ciudades mexicanas, los cambios ocurridos en diferentes aspectos vinculados con la operación de sus mercados de trabajo en el período 1983 a 1987⁴. Examinamos los niveles de desempleo y de participación económica, el peso relativo de los sectores de trabajadores no asalariados y la inserción sectorial y ocupacional de la mano de obra masculina y femenina. La comparación de diversos contextos económicos espaciales nos permite examinar la heterogeneidad en la dinámica de los mercados de trabajo urbanos en general, y los femeninos en particular. Planteamos, a modo de conclusión, algunas interpretaciones sobre los posibles impactos de los factores de modernización, reorganización económica y de recesión sobre el monto y tipo de empleo femenino.

Mercados de trabajo femeninos: la década de los setenta

Niveles de participación

A pesar de la sobreenumeración de la población económicamente activa (PEA) joven y femenina, sobre todo en áreas rurales, en el Censo de Población de 1980⁵, es indudable que la década de los setenta estuvo marcada por cambios fundamentales en el empleo de las mujeres. Las tasas de participación femenina se incrementaron en más del 50%, mientras que las masculinas crecieron menos del 10%. El aumento se registró en todas las edades y entre las mujeres casadas y separadas (Pedrero y Rendón, 1982; García y Oliveira, 1984, pp. 77-107; Negrete, 1986).

Un análisis para el período 1970-1980 indica que las tasas femeninas varían más entre regiones socioeconómicas que las masculinas (Negrete, 1986). Aunque la relación entre desarrollo y participación no es lineal, las regiones más urbanizadas y con mejores niveles económicos presentan una mayor presencia de las mujeres en el mercado de trabajo⁶. Asimismo, los niveles de actividad económica femenina son bajos en el campo y relativamente altos y en aumento en las ciudades (Katzman, 1984).

Las diferencias entre las áreas urbanas también son marcadas: las mujeres presentan mayores tasas de participación en aquellos contextos urbano-regionales con una demanda específica de fuerza de trabajo femenina y no necesariamente en las ciudades con economías más dinámicas y con mayores niveles de participación masculina⁷. Por detrás de la elevada presencia femenina en esos mercados urbanos se encuentran actividades económicas heterogéneas: instalación de empresas maquiladoras de exportación; expansión de industrias tradicionales intensivas en mano de obra; producción familiar y artesanal en pequeña escala; procesos de subcontratación de trabajo a domicilio por parte de medianas y grandes empresas; expansión del comercio y de los servicios de diferente naturaleza.

² En palabras de este autor: "En tan sólo cinco años (1982-1986) el producto por persona ha caído 16%; el desempleo abierto ha sido creciente...; el salario real de los trabajadores era en este último año sólo una fracción (65%) del que habían logrado en 1981; la moneda se ha devaluado en cerca de cuarenta veces en estos cinco años y la inflación alcanzó tres dígitos en 1986" (Tello, 1987).

³ Para análisis sobre diversos aspectos de la participación económica femenina en América Latina, véase entre otros: Jelin, 1978; Wainerman y Recchini, 1981; De Barbieri, 1984, pp. 355-389; Katzman, 1984; De Riz, pp. 33-64, 1986; De Barbieri y Oliveira, 1987.

⁴ Utilizamos la información preliminar de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano, INEGI, SPP para las dieciséis ciudades donde se aplica esta encuesta. Gracias a Mercedes Pedrero tuvimos acceso a los datos.

⁵ Entre los problemas de comparabilidad de los censos de población de 1970 y 1980, Cruz Piñero y Zenteno Quintero (1987) destacan los siguientes: existencia de diferentes períodos de referencia para la determinación de la PEA; las distintas fechas en que fueron levantados; la diversidad de criterios para la clasificación de las ramas de actividad; las diferencias en la captación de los trabajadores familiares no remunerados y la proporción de personas activas en el renglón de insuficientemente especificados. Véase para una discusión de estos aspectos García (1986 y 1987); Etemod, A., y González Ramírez (1986); Rendón y Salas (1986).

⁶ Según cifras de 1979 presentadas por Gregory, 1986. Para un análisis de las diferencias regionales de la PEA femenina en 1970 véase Tienda (1977).

⁷ Un análisis de 49 ciudades de cien mil y más habitantes en 1980 nos permitió ubicar los contextos urbanos propicios a una elevada participación femenina (Oliveira, 1987).

Inserción sectorial de la mano de obra

El aumento de la participación femenina en los setenta ha significado una mejora relativa para las mujeres. Sin embargo, la división entre ocupaciones masculinas y femeninas, aceptada y reforzada socialmente, no ha experimentado cambios marcados. El género es aún uno de los principales factores de segregación en los mercados de trabajo. Elementos culturales, valorativos y estereotipos sociales desempeñan un papel crucial en la asignación de las mujeres a ocupaciones específicas.

En México, al igual que en otros países, el principal mercado de trabajo para las mujeres está constituido por el sector terciario. En las diversas ramas de este sector, la PEA femenina representa porcentajes superiores a la masculina, sobre todo en la preparación y venta de alimentos, en la enseñanza primaria y jardines de niños, en la asistencia médico-social, en los servicios de aseo y limpieza y servicios domésticos en casas particulares; mientras que en las actividades administrativas y de prestaciones de servicios profesionales las mujeres están menos representadas que la población masculina⁸.

Dada la heterogeneidad del sector terciario, la diferenciación entre actividades de servicios y comerciales es útil. El comercio en 1979 constituye un importante mercado de trabajo para las mujeres, en especial en actividades por cuenta propia, mientras que en los servicios la población femenina es principalmente asalariada, a pesar del ligero aumento de las mujeres no asalariadas en la década de los setenta (García, 1987).

Aun en un contexto de reducción de los ritmos de creación de empleo en la manufactura, como ocurrió en la última década, la participación de las mujeres en esta rama en el país se equipara en términos porcentuales a la de la población activa masculina, pero las diferencias son claras en términos del tipo de actividad que realizan hombres y mujeres⁹. Por lo general, la mano de obra femenina se ubica en la industria tradicional o en las maquiladoras de exportación¹⁰. Se trata de mano de obra que recibe bajos salarios, ocupa puestos temporales, trabaja a

destajo o por tiempo parcial y en algunas ramas industriales trabaja por cuenta propia, sin prestaciones y seguridad social (Rendón y Pedrero, 1976; Fernández Kelly, 1982). En 1979, el peso relativo de la PEA femenina en las actividades por cuenta propia en la manufactura es más del doble que la masculina (García, 1987). Se trata de mujeres que se emplean como familiares no remuneradas en pequeños talleres o de trabajadoras a domicilio subcontratadas por las grandes empresas (en la rama textil, del vestido, calzado) (Alonso, 1984; Escobar, 1986; Benería y Roldán, 1987).

Las desigualdades regionales prevalecientes en el país se manifiestan, también, en la existencia de oportunidades disímiles para las mujeres en los mercados de trabajo. Las diferencias regionales en cuanto a la importancia relativa de los sectores de trabajadores asalariados y por cuenta propia, es mucho más marcada entre la PEA femenina que la masculina (García, 1987). Las mujeres que trabajan en la industria y en el comercio en las regiones más desarrolladas ocupan puestos asalariados en porcentajes más elevados que las trabajadoras de las mismas ramas en las regiones más pobres, donde predominan las actividades por cuenta propia. La presencia de las mujeres asalariadas en los servicios es elevada en regiones con diversos grados de desarrollo debido a la heterogeneidad de esta rama, en la cual coexisten importantes sectores de trabajadoras en los servicios domésticos remunerados con trabajadoras no manuales¹¹.

Condiciones de la participación económica femenina

En la explicación de los cambios en el monto y tipo de participación femenina registrados en los años setenta, intervienen múltiples factores que se manifiestan en tres niveles pertinentes de análisis: macroestructural, institucional y de las prácticas sociales¹². Con el propósito de tener presente, en el nivel interpretativo, la compleja red de interrelaciones entre estos factores señalamos, aunque en forma breve, algunos de los más relevantes.

En el nivel macroestructural, para entender el fuerte aumento de la presencia de las mujeres en los mercados de trabajo, hay que considerar el efecto acumulado de condicionantes con distintas temporalidades. En el largo plazo, ha desempeñado un papel clave el proceso acelerado de "modernización", que ha tenido lugar en las últimas cuatro décadas en México y ha traído cambios importantes en la sociedad que propician el trabajo femenino, a saber: a) la urbanización creciente; b) la elevada migración rural-urbana, con predominio de

¹¹ Análisis hecho a base de información calculada a partir de los datos presentados por García, 1987, Cuadros VII A1 a A11.

¹² Sobre la combinación de múltiples niveles de análisis en la investigación sociodemográfica, véase Oliveira y García, 1986 y Oliveira y Salles, 1987.

⁸ Según cifras de 1979 para todo el país, 49,9% de la PEA femenina se ubica en los servicios y 21,7% en el comercio; los porcentajes para la PEA masculina son de 22,7% y 11,3%, respectivamente (datos presentados por García, 1987, Cuadro VII-A-1). De acuerdo a cifras del censo de 1980, 89% de los trabajadores domésticos, 43% de los empleados en servicios, 44% de los oficinistas, 57% de los maestros y ocupaciones afines y 41% de los técnicos y personal especializado eran mujeres (García y Oliveira, 1984, pp. 75-107).

⁹ En 1970, 18,5% de la PEA masculina y 18,9% de la femenina se ubican en la rama minería, energía e industria; para 1979 los porcentajes son de 20,9% y 21,7% respectivamente (datos presentados por García, 1987, Cuadro VII-A1).

¹⁰ La PEA femenina en 1970 se concentraba en industrias intensivas en el uso de mano de obra dedicadas a la fabricación de prendas de vestir, productos alimenticios, maquinaria, aparatos y otros artículos eléctricos o electrónicos, artículos menudos de palma y calzado, excepto de hule (Rendón y Pedrero, 1976).

flujos femeninos; c) la expansión y diversificación de terciario; d) la ampliación y reestructuración de la planta industrial y e) el incremento de los niveles educativos de la población. A estas transformaciones se añaden otras más recientes. Es importante mencionar el programa de industrias maquiladoras que crea demanda específica por mano de obra femenina; la reducción de la fecundidad que se registra a partir de mediados de los setenta y genera condiciones favorables al trabajo extradoméstico, y la crisis del modelo de desarrollo estabilizador que al traer inflación y más bajos salarios para gran parte de la población trabajadora, lleva al incremento del número de mujeres que salen a buscar trabajo para complementar el ingreso familiar.

Los aspectos institucionales han sido menos estudiados. Se trata de formas de contratación de mano de obra como resultado de políticas estatales, empresariales y sindicales. La mayor o menor flexibilidad de los criterios de selección de fuerza de trabajo depende de los cambios macroeconómicos que modifican los procesos de trabajo y crean demandas de mano de obra con características particulares. La importancia de este aspecto lo ilustra el desarrollo de las empresas maquiladoras de exportación, que dan preferencia sobre todo a mujeres solteras jóvenes, y la expansión de los procesos de subcontratación de trabajo a domicilio por las empresas capitalistas que absorbe mujeres casadas (Elson y Pearson, 1982; Roberts, 1987).

En lo referente a las prácticas sociales (individuales, familiares y colectivas) importa destacar los diferentes mecanismos de organización de las actividades de reproducción cotidiana a que recurren las familias en situaciones económicas difíciles. Estudios para diferentes áreas urbanas en México demuestran que en un contexto de distribución desigual del ingreso, donde amplios conjuntos de la población ganan niveles igual o inferiores al mínimo legal, las características de las unidades domésticas y los rasgos individuales de sus miembros (la edad, sexo, estado civil) condicionan el tipo de estrategia de obtención de recursos que puede ser utilizada en cada caso y, por ende, ejercen una influencia sobre el monto y las características de la mano de obra femenina que sale a los mercados de trabajo. Como es conocido, las mujeres solteras y separadas tienen más opciones para su contratación que las casadas (García, Muñoz y Oliveira, 1982; González de la Rocha, 1986; Margulis y Tuirán, 1987).

Este no es un rasgo distintivo de México. Las investigaciones sobre las estrategias de supervivencia en varias ciudades latinoamericanas acentúan el carácter activo y productivo de las mujeres en los sectores populares: ellas incrementan su presencia en el mercado y en otras formas de trabajo para obtener recursos necesarios frente a las fuertes desigualdades sociales existentes¹³.

La flexibilidad de los criterios de selección de mano de obra y la heterogeneidad de los mercados de trabajo, en términos de la coexistencia de formas asalariadas y no asalariadas, facilitan la diversificación de las actividades de los integrantes de las unidades domésticas. En los mercados urbanos de trabajo más especializados y más formalizados las posibilidades que tienen las unidades domésticas de utilizar múltiples actividades laborales se hacen más restringidas (García, Muñoz y Oliveira, 1983).

En México, las áreas urbanas con especialización muy definida ofrecen oportunidades para conjuntos selectivos de mujeres, como ocurre en las ciudades fronterizas donde las maquiladoras contratan mujeres jóvenes. En ciudades de servicios y comerciales —heterogéneas en términos de coexistencia de diferentes formas de organización del trabajo— las mujeres jóvenes y solteras trabajan como asalariadas en actividades manuales y no manuales, mientras las mujeres casadas, de mayor edad y sin escolaridad, desempeñan actividades por cuenta propia en el comercio y en la prestación de servicios no calificados (Oliveira, 1987). En contextos económicos con estructura industrial diversificada y heterogénea, las mujeres casadas también se dedican al trabajo a domicilio subcontratadas por grandes empresas industriales, o bien trabajan en empresas familiares que emplean mano de obra de adolescentes de ambos sexos (Alonso, 1984; González de la Rocha, 1986; Benetta y Roldán, 1987).

La influencia de las características de las unidades domésticas sobre la participación femenina ha sido documentada para diferentes ciudades en México. Los extensos grupos domésticos de trabajadoras por cuenta propia, presentan el más alto porcentaje de participación femenina encontrado en la ciudad de México en 1970 (García, Muñoz y Oliveira, 1982). El ciclo vital de la familia también es importante. En diferentes ciudades las mujeres participan más en el mercado de trabajo cuando sus hogares se encuentran en etapas más avanzadas del ciclo vital (García, Muñoz y Oliveira, 1982; Selva, 1985; González de la Rocha, 1986; Margulis y Tuirán, 1987).

En los sectores de asalariados manuales de la ciudad de México en 1970, la mujer-madre con hijos pequeños y sin ayuda para el trabajo doméstico casi siempre dedica todo su tiempo a las labores domésticas, que se hacen aún más numerosas en situaciones de deterioro de los niveles salariales. En este sector social, en etapas más avanzadas del ciclo vital, por lo general es la mujer hija quien sale al mercado de trabajo y según su nivel de escolaridad y edad se incorpora como obrera, secretaria o maestra. Otro grupo de mujeres que presenta altos niveles de participación vive en familias con jefes asalariados no manuales. Son los sectores femeninos con mayores niveles de escolaridad, que cuentan con la ayuda de empleada doméstica y con oportunidades en las ramas del sector terciario en expansión (García, Muñoz y Oliveira, 1982).

En el México de los años setenta, seguramente los factores de modernización, al vincularse con el aumento de los niveles de educación, la reducción en la

¹³ Los estudios de estrategias de supervivencia tienen una larga tradición en la región; véanse Duque y Pastrana, 1973; Lornitz, 1975; Doria Biliac, 1978; Schminck, 1979, 1982; Madeira, 1984; Raczynski y Serrano, 1985; González de la Rocha, 1986.

fecundidad, la expansión de los servicios sociales y al productor, explican en gran parte el incremento en la participación de mujeres de los sectores medios y altos en ocupaciones profesionales, técnicas y administrativas. Posiblemente, los procesos de desigualdad social y de recesión económica han contribuido a una mayor entrada al mercado de trabajo de mujeres de los sectores populares, como un mecanismo para mantener el nivel de vida en situaciones de fuerte deterioro salarial. Indudablemente, la ampliación de la demanda por mano de obra femenina en actividades específicas condiciona ambos tipos de incorporación al mercado.

Los ochenta: empleo femenino en la recesión económica

Mucho se ha escrito sobre las características económicas de la crisis por la que atraviesa México, en forma más aguda a partir de 1982. Nos importa destacar algunos aspectos que se relacionan más de cerca con la presencia de las mujeres en los mercados de trabajo. La recesión económica en México, al igual que en otros países de América Latina, ha llevado al incremento de las tasas de desempleo y a una baja considerable en los niveles de salarios de los sectores trabajadores; ambos aspectos, aunados a una inflación elevada y a la deficiencia de los sistemas de seguridad social, han traído un deterioro claro en los niveles de vida de la población (Lustig, 1986; Casar y Ros, 1987).

Lustig (1986) en un análisis para el período 1982-1985 indica que la crisis ha tenido un efecto negativo sobre las condiciones de vida de los trabajadores en general: los asalariados fueron los más afectados debido a la contracción en el empleo y, en especial, por la reducción de la remuneración media; y los trabajadores por cuenta propia y las pequeñas empresas familiares tampoco mantuvieron sus niveles de ingreso¹⁴. Por otra parte, como destaca esta autora, con la caída de los ingresos del sector público, los subsidios otorgados a los productos básicos y los presupuestos destinados a los servicios sociales también decrecieron. El aumento de los precios afecta la canasta mínima de los sectores urbanos¹⁵, en especial de las familias con ingresos por debajo de dos salarios mínimos, las que redujeron el consumo de todos los productos alimenticios, con excepción de tortillas (Lustig, 1986, datos de 1983).

¹⁴ Cifras sobre la caída en el salario mínimo indican que esta fue más marcada en 1982 y 1983 (-11,6% y -17%, respectivamente). 1984 y 1985 reducen el decremento porcentual a -6,7% y -1,2%, para incrementar a -10% en 1986, según estimaciones (Lustig, 1986). Esta autora argumenta que en lo referente a los ingresos no salariales, las estimaciones son de que ellos deben representar un porcentaje inferior al 10% del monto real perdido en la masa salarial entre 1981 y 1984.

¹⁵ La cifras indican que una canasta alimentaria básica pasó a representar más del 50% del salario mínimo en 1986, en tanto en 1982 representaba un 30% (Lustig, 1986).

La crisis económica ha hecho más visible el carácter desigual y excluyente del desarrollo mexicano. Los diversos mecanismos de organización familiar de la reproducción cotidiana utilizados por sectores que vivían en condiciones de pobreza en épocas de auge económico, en tiempos de recesión se hacen aún más indispensables. Una hipótesis desarrollada en otro trabajo sostiene que, como respuesta a la crisis económica en América Latina, las mujeres, en especial las esposas, amas de casa, madres, han ampliado su contribución a la satisfacción de las necesidades básicas de los hogares mediante una mayor participación en el mercado de trabajo, incremento en el volumen del trabajo doméstico e intensificación en los lazos de ayuda mutua entre familiares y amigos (De Barbieri y Oliveira, 1987). Investigaciones realizadas en los años ochenta en ciudades mexicanas apuntan en la misma dirección (Blanco, 1987; González de la Rocha, 1987).

Falta por estudiar las respuestas que las mujeres de diferentes regiones socioeconómicas, grupos sociales y generaciones dan frente a la recesión. Como un primer paso, para examinar la compleja red de mediaciones que se entretienen entre cambio económico y trabajo femenino, analizamos a continuación datos agregados para dieciséis ciudades mexicanas ubicadas en distintos contextos regionales.

Del conjunto de ciudades incluidas en la muestra de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano, cuatro se ubican en la frontera norte; tres de ellas (Ciudad Juárez, Matamoros y Tijuana) se distinguen por concentrar empresas maquiladoras de exportación que emplean sobre todo mujeres jóvenes. Las doce restantes incluyen las tres grandes áreas metropolitanas del país (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey) y nueve ciudades de gran tamaño ubicadas en diferentes regiones¹⁶.

En el análisis diferenciamos las ciudades fronterizas y las no fronterizas, para las primeras contamos con información solamente a partir de 1985 y para las demás desde 1983. Asimismo, ubicamos las doce ciudades no fronterizas en tres grandes regiones: norte, centro y sureste¹⁷.

¹⁶ Doce de estas dieciséis ciudades se encuentran entre los veinte centros urbanos principales del país, según los ingresos brutos totales industriales en 1970 (Garza, 1980).

¹⁷ Partimos de la regionalización utilizada por la Encuesta Continua sobre Ocupación (ECOS) que diferencia al país en diez regiones y agrupamos estas regiones en tres grandes grupos. El norte que incluye al noroeste, norte y noreste, regiones con niveles más elevados de desarrollo y urbanización que combinan industrialización con agricultura capitalista. El centro incluye al centro-pacífico, centro-norte y área metropolitana de Ciudad de México; se trata de regiones más heterogéneas en términos de niveles de desarrollo que incluyen varios de los centros industriales más importantes del país y áreas de economía campesina. Por último, el sureste abarca al Pacífico sur, región peninsular y centro-golfo y presenta menor desarrollo relativo.

Acerca del desempleo y niveles de participación

El desempleo abierto no es un indicador adecuado para medir las dificultades de absorción de mano de obra. Es sólo una de las formas en que se manifiesta la insuficiencia de empleos; también hay que considerar el desempleo encubierto y el autoempleo. En México, un estudio hecho para los años setenta indica que las tasas de desempleo abierto son reducidas, se presentan sobre todo entre los jóvenes, son mayores entre la población femenina, se manifiestan en las áreas urbanas donde los mercados de trabajo son más formalizados y no siempre son sensibles a los ciclos recesivos (Rendón, 1982, pp. 157-181). Esta autora señala que, durante la recesión de 1976 a 1978, solamente la construcción y las ramas más dinámicas de la industria registraron un comportamiento cíclico; en ambos sectores, el nivel de desempleo aumentó a fines de 1976 y declinó a mediados de 1978. Esta pérdida de dinamismo de los sectores afectados por la crisis fue compensada en gran medida por el incremento de la ocupación en los servicios y el comercio y por la creación de ocupaciones por cuenta propia, aspectos que facilitan que amplios sectores de mujeres encuentren trabajo o se autoempleen.

Al igual que en ciclos recesivos anteriores, la contracción económica, que se expresa en forma aguda en 1983, se deja sentir en los niveles de desempleo. Al analizar la información para dieciséis áreas metropolitanas en el país (Cuadro 1), vemos que las ciudades ubicadas en las regiones más desarrolladas del norte (Chihuahua, Monterrey y Torreón) se caracterizan en 1983 por presentar, junto con Guadaluajara, niveles de desempleo superiores a seis puntos. Las tasas femeninas superan este nivel en nueve de las ciudades, mientras las masculinas se mantienen por abajo de los seis puntos en todos los casos¹⁸.

Después de este año crítico, el desempleo se reduce en catorce de las ciudades analizadas. Solamente en Tampico y Veracruz el desempleo femenino aumenta ligeramente de 1983 a 1986. Es importante destacar que si bien los niveles de desempleo bajan en la mayoría de las ciudades, el peso relativo de los desempleados permanentes (aquellos que buscan trabajo por nueve o más semanas) se incrementa en siete de los dieciséis centros analizados (Cuadro 1).

Al decrecer los niveles de desempleo, las diferencias entre hombres y mujeres prácticamente desaparecen. En 1983, las tasas de desempleo abierto femenino eran superiores a las masculinas en dos o más puntos, en siete de las doce áreas no fronterizas; en 1986 lo son solamente en Monterrey y Veracruz. El cierre de empresas y los despidos no necesariamente dan cuenta de los mayores niveles de desempleo femenino abierto. Un análisis de la información de junio de 1984

Características seleccionadas para algunas ciudades
(Porcentaje)

Ciudades fronterizas	Tasas de desempleo		Tasas de participación		Desempleados permanentes	
	1985	1986	1985	1986	1985	1986
C. Juárez	2.7	1.6	51.5	51.9	23.1	20.8
Hombres	2.5	1.8	72.6	71.3		
Mujeres	3.2	1.4	31.8	34.5		
Matamoros	5.3	4.1	55.3	53.0	25.2	17.8
Hombres	4.9	4.0	76.0	72.6		
Mujeres	6.1	4.2	36.4	35.7	32.3	66.7
Nuevo Laredo	2.9	0.7	45.8	45.4		
Hombres	2.7	0.3	68.9	68.9		
Mujeres	3.5	1.7	24.6	24.7		
Tijuana	1.9	0.6	50.8	49.3	14.6	6.2
Hombres	1.8	0.5	73.4	72.1		
Mujeres	2.0	0.8	29.3	27.7		
Ciudades no fronterizas	1983	1986	1983	1986	1983	1986
Norte						
Chihuahua	6.6	2.7	48.2	47.7	30.5	28.6
Hombres	5.5	2.7	62.5	67.6		
Mujeres	9.1	2.7	25.9	29.4		
Monterrey	8.5	4.8	47.0	45.7	36.0	18.6
Hombres	7.9	4.0	69.3	67.5		
Mujeres	10.1	7.0	25.5	24.7		
Tampico	4.6	5.0	42.1	46.9	24.4	33.6
Hombres	4.3	4.4	63.7	70.5		
Mujeres	5.5	6.2	22.1	26.7		
Torreón	6.3	4.2	45.9	48.2	31.9	27.3
Hombres	5.7	3.8	68.4	68.5		
Mujeres	7.7	5.0	26.1	30.2		
Centro						
Cd. de México	5.7	4.4	48.3	52.3	22.0	25.9
Hombres	5.2	3.7	67.7	70.7		
Mujeres	6.6	5.6	31.0	35.6		
Guadaluajara	6.6	2.6	53.1	52.0	26.0	32.5
Hombres	5.0	2.3	74.3	74.3		
Mujeres	9.8	3.2	34.0	32.0		
León	1.3	0.8	47.4	50.4	29.0	20.6
Hombres	1.1	0.8	71.3	76.3		
Mujeres	2.0	1.0	24.6	26.8		
Puebla	4.1	2.5	44.4	47.9	31.7	31.7
Hombres	3.6	2.3	67.2	67.8		
Mujeres	5.2	2.9	24.5	29.6		
San Luis Potosí	5.6	2.1	43.2	46.4	19.1	32.8
Hombres	4.9	2.1	64.6	65.9		
Mujeres	7.3	2.4	23.4	29.1		
Sureste						
Mérida	4.2	2.5	48.5	51.5	19.0	30.4
Hombres	3.3	2.1	70.8	70.2		
Mujeres	6.0	3.2	29.3	34.0		
Orizaba	4.5	2.7	43.8	50.6	14.7	39.2
Hombres	3.6	2.2	65.0	71.4		
Mujeres	6.5	3.7	25.3	32.1		
Veracruz	3.5	3.6	46.8	51.4	35.5	31.0
Hombres	3.4	2.6	68.5	73.2		
Mujeres	3.6	5.3	28.6	33.8		

¹⁸ El nivel de desempleo abierto no refleja el fuerte descenso del empleo total registrado en las industrias manufactureras y en la construcción, que afecta en forma especial a la población masculina. Las tasas de crecimiento del empleo en estas ramas fueron negativas: -7% y -20.4%, respectivamente, en 1983, mientras que en los servicios fueron positivas (Casar y Ros, 1987).

* Los desempleados permanentes son los que buscan trabajo por nueve semanas o más. Los datos de 1983-1986 para las 12 ciudades se refieren al segundo semestre. Los datos de 1985-1986 para las ciudades fronterizas se refieren al tercer semestre.
Fuente: INEGI: Cuaderno de Información Oportuna Regional, Nos 1 y 9, 1984, 1986.

y 1987, para las doce áreas no fronterizas, indica que el desempleo es mayor entre la población de 15 a 19 años de edad; además, entre los desempleados el porcentaje de personas que buscan su primer trabajo (que nunca han trabajado) es mayor en la población femenina que en la masculina. El desempleo masculino se manifiesta mayormente bajo la forma de desempleo encubierto¹⁹.

Por otro lado, en lo que se refiere a los niveles de actividad (Cuadro 1), encontramos que la tendencia general al aumento de la presencia femenina en el mercado de trabajo registrada en la década de los setenta continúa de 1983 a 1986 en las ciudades no fronterizas: las tasas femeninas aumentan tres o más puntos porcentuales en nueve de los casos, en cambio las masculinas lo hacen en seis. Destacan Monterrey y Guadaluajara, donde tanto hombres como mujeres no aumentan su actividad económica durante los años de recesión. Los mayores incrementos de las tasas de participación femenina (superiores a los cinco puntos) se dan, al igual que en los años setenta, en contextos urbanos disímiles: ciudades industriales y de servicios ubicadas en regiones con menor desarrollo relativo (Orizaba y Veracruz en el sureste) y ciudades industriales en el centro del país (Puebla y San Luis Potosí). En las cuatro áreas fronterizas las tasas de participación masculina y femenina no presentaron variaciones de importancia en el período 1985-1986.

El aumento de la actividad económica femenina, aunado a la reducción de las tasas de desempleo, puede indicar que durante la recesión las mujeres han salido al mercado a buscar trabajo y lo han encontrado, mientras que los hombres lo consiguen en un número ligeramente más reducido de ciudades. ¿En qué actividades se da el aumento del trabajo femenino? ¿En ocupaciones asalariadas en el sector terciario y en la manufactura tradicional—sectores menos afectados por la contracción de la economía—o más bien en la creación de trabajo por cuenta propia y trabajo familiar sin remuneración?

Trabajo no asalariado, inserción sectorial y ocupacional

En economías heterogéneas donde coexisten sectores de asalariados y de trabajadores por cuenta propia, la escasez de empleos frente a la expansión de la oferta se manifiesta en la creación de autoempleos. El análisis del peso relativo de los trabajadores por cuenta propia en la PEA masculina y femenina (Cuadro 2) indica que, de 1984 a 1987, el porcentaje de mujeres que se autoemplean aumenta tres o más puntos en siete de las doce áreas no fronterizas; mientras que las cifras correspondientes a la población masculina suben solamente en Orizaba y Veracruz en el sureste. El incremento de las trabajadoras no asalariadas se da

Trabajadores por cuenta propia*
(Porcentaje de la PEA masculina y femenina)

Ciudades fronterizas	Hombres		Mujeres	
	1985	1987	1985	1987
Cd. Juárez	22,4	26,2	11,3	12,0
Matamoros	18,8	17,0	12,5	11,2
Nuevo Laredo	27,7	20,7	20,2	19,0
Tijuana	21,6	24,6	18,4	17,7
Ciudades no fronterizas	1984	1987	1984	1987
Norte				
Chihuahua	23,0	18,4	3,8	11,4
Monterrey	18,1	18,2	18,0	18,8
Tampico	20,0	16,0	16,2	15,8
Torreón	25,4	24,5	22,9	21,4
Centro				
Cd. de México	21,2	17,7	14,7	21,5
Guadalajara	23,0	20,5	27,5	23,8
León	19,6	21,1	24,2	18,0
Puebla	29,1	26,6	25,2	31,9
San Luis Potosí	23,2	22,7	14,3	20,3
Sureste				
Mérida	22,2	22,0	16,7	27,0
Orizaba	20,4	26,3	34,6	40,3
Veracruz	15,0	18,2	26,1	31,4

* Los trabajadores por cuenta propia incluyen a los familiares no remunerados.

Fuente: INEGI: Encuesta Nacional de Empleo Urbano, datos preliminares. La información se refiere al mes de junio.

(con la excepción de Chihuahua) en las ciudades ubicadas en el centro y el sureste, y en casi todos los casos donde la participación femenina se eleva en el período analizado. Exclusivamente en Torreón y Tampico, ciudades ubicadas en el norte, el aumento de las tasas femeninas de participación no se da conjuntamente con el incremento de las trabajadoras por cuenta propia. En las cuatro áreas urbanas fronterizas la situación es distinta: sube el peso relativo de la PEA masculina en actividades por cuenta propia en Ciudad Juárez y Tijuana, mientras la PEA femenina en estas actividades se mantiene en un nivel muy bajo entre 1985 y 1987.

En lo que se refiere a los cambios sectoriales registrados entre 1984 y 1987 en las doce áreas no fronterizas (Cuadro 3), es sorprendente que la participación

¹⁹ Basándose en información preliminar de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

Cuadro 3

sigue Cuadro 3

Distribución de la población económicamente activa por rama de actividad y sexo
(Porcentaje)

Ciudades fronterizas	Hombres		Mujeres	
	1985	1987	1985	1987
Cd. Juárez	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario*	1,6	1,6	—	0,3
Secundario	44,1	42,7	49,0	43,5
Terciario	54,3	55,7	51,0	53,2
Matamoros	99,9	100,0	100,0	100,0
Primario*	5,6	9,1	0,7	4,4
Secundario	33,8	35,5	48,6	60,5
Terciario	60,5	55,4	50,7	35,1
Nuevo Laredo	100,0	100,0	99,9	100,0
Primario*	6,2	5,5	—	4,1
Secundario	26,2	32,0	21,7	24,7
Terciario	67,6	62,5	78,2	71,2
Tijuana	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario*	0,6	7,6	0,8	5,3
Secundario	35,1	31,5	37,7	33,1
Terciario	64,3	60,9	61,5	61,6
Ciudades no fronterizas	1984	1987	1984	1987
Norte				
Chihuahua	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	3,9	4,7	0,4	0,3
Secundario	38,7	33,7	23,0	28,0
Terciario	57,4	61,6	76,6	71,7
Monterrey	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	1,0	0,8	—	—
Secundario	50,1	44,6	20,6	19,6
Terciario	48,9	54,6	79,4	80,4
Tampico	99,9	100,0	100,0	100,0
Primario	1,1	2,6	0,5	0,6
Secundario	42,0	44,2	13,6	17,6
Terciario	56,8	53,2	85,9	81,8
Torreón	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	4,8	7,3	—	0,3
Secundario	38,4	32,2	11,5	20,8
Terciario	56,8	60,5	88,5	78,9

Distribución de la población económicamente activa por rama de actividad y sexo
(Porcentaje)

Ciudades no fronterizas	Hombres		Mujeres	
	1984	1987	1984	1987
Centro				
Cd. de México	99,9	100,0	100,0	100,0
Primario	0,7	0,5	—	—
Secundario	37,2	31,7	21,3	18,3
Terciario	62,0	67,8	78,5	81,7
Guadalajara	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	1,7	1,8	0,2	—
Secundario	43,3	42,1	24,0	26,0
Terciario	55,0	56,1	75,8	74,0
León	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	2,1	2,5	—	0,7
Secundario	59,2	56,1	32,8	44,7
Terciario	38,7	41,4	67,2	54,6
Puebla	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	4,4	5,1	0,9	3,1
Secundario	47,7	37,1	17,0	18,7
Terciario	47,9	57,8	82,1	78,2
San Luis Potosí	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	0,9	2,3	—	—
Secundario	36,5	35,2	17,0	18,7
Terciario	62,6	62,5	84,4	85,7
Sureste				
Mérida	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	3,6	2,2	0,9	0,4
Secundario	32,6	33,1	16,3	16,8
Terciario	63,8	64,7	82,8	82,8
Orizaba	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	4,4	11,1	—	3,7
Secundario	47,1	39,4	12,9	13,3
Terciario	48,5	49,5	87,1	83,0
Veracruz	100,0	100,0	100,0	100,0
Primario	2,2	1,3	0,4	0,3
Secundario	30,9	32,0	11,2	14,2
Terciario	66,9	66,7	88,4	85,5

* Incluye actividades realizadas en Estados Unidos.

Fuente: INEGI: Encuesta Nacional de Empleo Urbano, datos preliminares. La información se refiere al mes de junio.

Distribución de la población económicamente activa de algunas ciudades por ocupación y sexo* (Porcentaje)

Ciudades fronterizas	Hombres		Mujeres	
	1985	1987	1985	1987
Cd. Juárez	100.0	99.8	100.0	100.0
No manuales	20.7	14.8	37.0	34.9
Vendedores	14.9	16.5	14.7	13.4
Serv. pers.	17.9	16.1	9.9	10.7
Otros manuales	45.0	50.2	38.4	40.7
Agrícolas	1.5	2.2	—	0.3
Matamoros	100.0	100.0	100.0	100.0
No manuales	19.6	19.0	34.3	25.1
Vendedores	12.5	14.9	11.8	9.4
Serv. pers.	20.4	19.1	12.2	10.1
Otros manuales	43.3	44.1	41.7	55.4
Agrícolas	4.2	2.9	—	—
Nuevo Laredo	99.9	100.0	100.0	100.0
No manuales	21.0	16.9	43.4	36.4
Vendedores	12.1	12.6	18.7	19.0
Serv. pers.	22.5	21.6	20.2	22.7
Otros manuales	37.9	47.5	17.7	21.9
Agrícolas	6.4	1.4	—	—
Tijuana	99.8	100.0	100.0	100.0
No manuales	20.4	23.6	35.7	34.9
Vendedores	18.6	16.5	18.0	19.2
Serv. pers.	20.4	21.1	13.9	16.9
Otros manuales	39.9	38.0	32.0	29.0
Agrícolas	0.8	0.8	0.4	—

Ciudades no fronterizas	Hombres		Mujeres	
	1984	1987	1984	1987
Norte	100.0	100.0	100.0	100.0
Chihuahua	30.5	27.9	52.3	50.9
No manuales	9.7	13.0	9.8	11.4
Vendedores	19.1	15.8	23.0	14.6
Serv. pers.	36.4	39.1	14.5	23.1
Otros manuales	4.3	4.2	0.4	—
Agrícolas	100.0	100.0	100.0	100.0
Monterrey	31.1	20.8	48.3	42.6
No manuales	11.1	14.0	21.1	16.7
Vendedores	20.8	21.5	28.3	27.3
Serv. pers.	39.0	47.4	9.5	12.9
Otros manuales	1.3	0.8	—	—
Agrícolas	100.0	9.9	100.0	100.0
Tampico	27.2	22.8	43.9	43.6
No manuales	12.9	11.2	22.7	23.2
Vendedores	20.8	21.5	28.3	27.3
Serv. pers.	38.3	43.2	5.1	5.6
Otros manuales	0.8	1.2	—	0.3
Agrícolas	99.8	99.9	100.0	100.0
Torreón	24.1	22.9	47.5	43.0
No manuales	13.6	13.3	18.1	24.5
Vendedores	19.7	21.0	28.2	21.1
Serv. pers.	38.9	37.3	6.2	11.4
Otros manuales	3.5	5.4	—	—
Agrícolas	99.8	100.0	99.9	100.0
Centro	32.3	31.2	48.7	45.3
Cd. de México	14.5	15.3	16.9	22.1
No manuales	—	—	—	—
Vendedores	—	—	—	—

Distribución de la población económicamente activa de algunas ciudades por ocupación y sexo* (Porcentaje)

Ciudades no fronterizas	Hombres		Mujeres	
	1984	1987	1984	1987
Serv. pers.	21.1	20.0	23.5	22.1
Otros manuales	30.7	33.0	10.6	10.5
Agrícolas	1.2	0.5	0.2	—
Guadalajara	99.9	99.9	99.8	100.0
No manuales	24.6	21.5	38.1	36.2
Vendedores	15.4	18.5	25.1	26.1
Serv. pers.	16.7	13.8	21.9	20.1
Otros manuales	41.5	44.8	14.5	17.6
Agrícolas	1.7	1.3	0.2	—
León	100.0	100.0	100.0	100.0
No manuales	17.0	14.8	31.4	31.4
Vendedores	12.6	14.2	28.8	20.5
Serv. pers.	12.5	12.3	17.7	19.4
Otros manuales	55.6	56.4	23.7	28.0
Agrícolas	2.3	2.3	—	0.7
Puebla	100.0	100.0	99.9	100.0
No manuales	25.1	22.6	38.2	36.7
Vendedores	14.5	17.3	24.1	24.6
Serv. pers.	14.9	15.6	26.1	23.4
Otros manuales	41.0	39.4	11.0	12.2
Agrícolas	4.5	5.1	0.5	3.1
San Luis Potosí	100.0	99.9	100.0	100.0
No manuales	29.0	25.5	52.9	37.5
Vendedores	15.8	16.5	20.6	27.0
Serv. pers.	15.6	16.9	18.9	24.6
Otros manuales	38.8	38.8	7.6	10.5
Agrícolas	1.3	2.2	—	0.4
Sureste	100.0	100.0	100.0	100.0
Mérida	32.6	27.8	51.5	40.9
No manuales	11.7	14.6	15.4	17.2
Vendedores	18.9	18.1	24.3	27.7
Serv. pers.	33.9	38.1	8.8	14.2
Otros manuales	2.9	1.4	—	—
Agrícolas	99.8	100.0	100.0	100.0
Orizaba	23.3	15.2	34.2	27.2
No manuales	13.4	15.1	24.8	36.7
Vendedores	22.3	18.1	35.6	26.1
Serv. pers.	36.2	41.3	5.4	7.0
Otros manuales	4.6	10.3	—	3.0
Agrícolas	99.9	100.0	100.0	100.0
Veracruz	32.7	28.2	41.2	44.3
No manuales	12.6	10.7	19.8	22.0
Vendedores	23.5	23.4	33.9	25.3
Serv. pers.	29.8	36.8	4.7	25.3
Otros manuales	1.3	0.9	—	—
Agrícolas	—	—	—	—

* No manuales: incluye a profesionales, técnicos y administrativos. Vendedores: incluye comerciantes, vendedores y similares. Serv. pers.: incluye a trabajadores en servicios personales y conductores de vehículos. Otros manuales: incluye a trabajadores de la industria extractiva, de transformación, construcción y servicios diversos. Agrícolas: incluye a trabajadores en labores agropecuarias. Fuente: INEGI: Encuesta Nacional de Empleo Urbano, datos preliminares. La información se refiere al mes de junio.

de las mujeres en el sector terciario baje, tres o más puntos porcentuales, en siete casos, mientras la participación masculina en el mismo sector se reduce únicamente en Tampico. Los hombres más bien incrementan su peso relativo en el sector terciario en cinco ciudades (Chihuahua, Monterrey y Torreón en el norte y Ciudad de México y Puebla en el centro) y las mujeres lo hacen solamente en Ciudad de México. En las cuatro ciudades fronterizas analizadas, tanto hombres como mujeres mantienen o disminuyen, de 1985 a 1987, su participación relativa en el sector terciario. Tal parece que la recesión, al afectar sobre todo las ramas de la construcción y de la industria moderna, no deja a la población masculina que permanece en las ciudades no fronterizas otra alternativa que el empleo terciario. En la frontera siempre existe la posibilidad de vivir en México e ir a trabajar a Estados Unidos.

La PEA femenina cuenta todavía con algunas opciones en el sector secundario: aumenta su participación relativa en este sector en seis de las áreas urbanas analizadas (Chihuahua, Torreón y Tampico, ubicadas en las regiones desarrolladas del norte; en León, área industrial en el centro del país, y en Matamoros y Nuevo Laredo localizadas en la frontera). Únicamente en Ciudad de México y en Tijuana las mujeres reducen su participación en el sector secundario. En contraste, la presencia relativa de la PEA masculina en este sector se mantiene o disminuye en todos los casos, con la excepción de Nuevo Laredo.

El análisis de la actividad ocupacional nos da elementos adicionales para entender la reducción del trabajo femenino en el sector terciario (Cuadro 4). En la mitad de las ciudades analizadas (fronterizas y no fronterizas) la PEA femenina y masculina disminuyen su peso relativo en las actividades no manuales (profesionales, funcionarios, directivos, técnicos y administrativos) y lo aumentan entre los trabajadores manuales del sector secundario o de los servicios no personales. Este resultado sugiere que hubo una ampliación de ocupaciones manuales asalariadas y por cuenta propia, aunada a una posible reducción del empleo en la administración pública y en los sectores más dinámicos de la economía que tienden a contratar mano de obra de alta calificación. Además, la PEA femenina incrementa su participación en actividades comerciales y en servicios personales en unos pocos casos. Es interesante notar que el peso relativo de las mujeres ubicadas en los servicios personales baja en forma marcada en cuatro de las doce áreas urbanas analizadas.

Consideraciones finales

El análisis de la incorporación de la PEA femenina en los mercados de trabajo urbanos en México durante los años de recesión de los ochenta reafirma algunas de las tendencias que ya se manifestaban en el decenio pasado, a saber: el incremento de la participación económica femenina y la mayor presencia de

trabajadoras no asalariadas. A diferencia de la década anterior, en el período 1983-1987, ambos resultados están interrelacionados: esto es, el aumento de la actividad de las mujeres se debe, sobre todo, al incremento del trabajo por cuenta propia.

La tendencia de ampliación de los sectores de trabajadores no asalariados, que se inicia en la década pasada, es estimulada por la recesión económica, pero se vincula con procesos más amplios de reorganización de la actividad productiva. Lamentablemente, la información disponible no permite diferenciar entre los diversos sectores de no asalariados que constituyen un conjunto heterogéneo formado por vendedores ambulantes, trabajadores de talleres artesanales, trabajadores a domicilio subcontratados por empresas capitalistas, trabajadores de empresas disfrazadas en producción doméstica para evadir rentas, impuestos y salarios (Jusidman, 1987). Además, con el agravamiento de la crisis ha surgido una nueva modalidad de trabajo a domicilio, resultado de un acuerdo entre los trabajadores y las empresas (Jusidman, 1987): los primeros aceptan la terminación del contrato de trabajo, a cambio de recibir una indemnización que les permite establecer su propio negocio y de un compromiso de la empresa de comprarles su producción. Nuestros hallazgos sugieren que los talleres familiares de producción y venta y los mecanismos de subcontratación de trabajo a domicilio se han expandido en el período analizado y constituyen ámbitos propios para el trabajo femenino en estas épocas de recesión. El descenso del empleo asalariado en las ramas más dinámicas de la economía, aunado a la creciente necesidad por parte de los sectores populares de obtener recursos para su manutención, incrementa la mano de obra disponible para actividades por cuenta propia.

Otros rasgos del mercado de trabajo también han cambiado en los años ochenta. El sector terciario, a diferencia de la década pasada, perdió dinamismo en la absorción de la PEA femenina en actividades no manuales; el servicio doméstico también registró una reducción porcentual. En efecto, la PEA femenina aumentó su peso relativo en las ocupaciones manuales de los servicios no personales. Por su parte, el empleo asalariado industrial disponible para las mujeres en los años setenta también fue afectado por la recesión. En la década pasada, la participación femenina aumentó a ritmos elevados en las principales ciudades fronterizas, debido a la expansión de las maquiladoras de exportación; pero de 1985 a 1987, esto ocurre solamente en dos de las cuatro áreas fronterizas analizadas. Asimismo, la expansión del empleo en las industrias intensivas en mano de obra no parece haber sido de la misma magnitud que el registrado en los años setenta. La mayor flexibilidad en los mecanismos de contratación de mano de obra por parte de las empresas, mediante la incorporación de trabajadores a domicilio, por cuenta propia o familiares sin remuneración, se relaciona con la reducción del empleo asalariado y con una descalificación y creciente homogeneización de la fuerza de trabajo.

Estos resultados sugieren que, posiblemente durante la recesión, el aumento de la participación femenina en los mercados urbanos se explique más por los factores de desigualdad y reorganización económica que por la influencia de los aspectos vinculados con la modernización. En los últimos decenios, las principales áreas metropolitanas y las capitales estatales han constituido mercados de trabajo atractivos para sectores de mujeres, con escolaridad superior a la media, en ramas como los servicios sociales (educación, administración, salud) y al productor (finanzas, servicios prestados a las empresas). La no ampliación de los sectores no manuales de 1984-1987, frente al incremento de las tasas de participación y la reducción del desempleo femenino, sugiere una disminución en el ritmo de crecimiento de las ramas de los servicios más directamente vinculadas con la modernización del país. Sería de esperarse que la participación de las mujeres de los grupos más necesitados de la población se haya elevado más que la de los sectores medios. La mayor presencia en actividades no asalariadas o asalariadas disfrazadas se da en forma paralela a una reducción del trabajo asalariado no manual y a un deterioro del tipo de trabajo asalariado disponible: aumento del tiempo parcial, trabajo temporal y a destajo.

Los cambios en las estructuras de oportunidades van en la dirección de reducir los empleos estables y bien pagados y de la expansión y diversificación de las fuentes de obtención de escasos recursos. Las disyuntivas disponibles son restringidas y pueden disminuir todavía más si la economía no se reactiva, con aumentos de los salarios reales, crecimiento en el número de empleos bien remunerados y un desarrollo más igualitario. En situaciones de recesión, es difícil hablar de estrategias de organización familiar de largo plazo. Las opciones se hacen tan limitadas que los sectores sociales menos privilegiados tratan de defender como pueden, en el corto plazo, su subsistencia cotidiana. Para muchos se cierran todas las oportunidades de movilidad social. La existencia de actividades de autoempleo, trabajo de tiempo parcial y trabajo a domicilio son fundamentales para los integrantes de las unidades domésticas de los sectores populares; les permiten la complementación de los bajos salarios mediante la obtención de recursos derivados de diferentes actividades. Sin embargo, no les posibilita salir de su situación de pobreza. Indudablemente, en tiempos de recesión la población trabaja más y vive en peores condiciones.

La coexistencia de transformaciones en diferentes niveles de la sociedad podría reforzar, aún más, la tendencia de una creciente participación femenina en la economía. Habría que analizar si los cambios en el estado civil, características de la nupcialidad (edad al casar, duración de la relación) y la reducción de la fecundidad crean condiciones todavía más propicias para la participación de la mujer en el mercado de trabajo en épocas de crisis. Estas transformaciones se añadan a una reorganización de las actividades productivas, de los procesos de trabajos y de los mecanismos de contratación de mano de obra, y nos permite suponer que la participación femenina en la economía irá en aumento. No

sabemos cuáles podrían ser las repercusiones de la creciente presencia de las mujeres en el mercado de trabajo sobre la organización de la manutención cotidiana y cómo podrían cambiar los patrones tradicionales de las relaciones entre hombres y mujeres. Aún falta mucha investigación sobre estos aspectos. Diferentes sectores de mujeres al realizar tareas fuera del hogar rompen con el aislamiento social a que están sujetas en la esfera doméstica y crean múltiples modalidades de actuar en contra de su situación subordinada (Jelin, 1986; De Barbieri y Oliveira, 1987; Oliveira y Gómez Monties, 1987). Pero, cuando aumenta el trabajo a domicilio puede darse una intensificación de las relaciones tradicionales entre hombres y mujeres (Benetia y Roldán, 1987). En suma, debido al tipo de actividad que se expande en épocas de recesión, la mayor participación económica no necesariamente lleva a una mejora en la condición social de las mujeres.

Para concluir, queremos destacar que las tendencias encontradas dejan claro que las repercusiones de la recesión sobre el monto y tipo de participación económica es diferencial entre regiones y áreas urbanas para la población masculina y femenina. Lo anterior se debe a las distintas características de las economías urbanas y a la inserción tan diversa de hombres y mujeres en los mercados de trabajo. Los factores que se gestan en el nivel macroestructural, institucional y las prácticas sociales repercuten en forma diferente sobre la población masculina y femenina. La mayor disminución del empleo en los sectores de la construcción y de la manufactura moderna (donde la mano de obra masculina predomina) frente al menor descenso de las oportunidades en los servicios no personales y el comercio y las manufacturas tradicionales —ámbitos femeninos por excelencia— contribuye a que, a diferencia de los hombres, las mujeres encuentren trabajo aun en épocas de recesión. Con frecuencia se trata de actividades de autoempleo en el comercio y la industria. Asimismo, la mayor flexibilidad de los requisitos de selección de mano de obra asalariada en algunas actividades industriales en expansión llevan a la preferencia por mujeres frente a los hombres, como ocurre en las maquiladoras. Por último, las características de la oferta de mano de obra femenina, en mayor medida que de la masculina, están condicionadas por los rasgos familiares: frente a deterioros marcados del ingreso familiar las mujeres, que se dedican al trabajo doméstico, buscan formas de obtener recursos monetarios y no monetarios para la reproducción cotidiana.

Bibliografía

Alonso, José A. (1984): "Mujer y trabajo en México", varios autores en *El Obrero Mexicano*, No 2. Siglo XXI Editores, México.

Benería, Lourdes y Roldán, Marta (1987): *The Crossroads of Class and Gender (Industrial Home work, Subcontracting and Household Dynamics in México City)*, The University of Chicago Press, Chicago.

Bianco Sánchez, Mercedes (1987): "Patrones de división del trabajo doméstico: un estudio comparativo entre dos grupos de mujeres de sectores medios", ponencia presentada en el Coloquio de Estudios de la Mujer, Encuentro de Talleres, PIEM-COLMEX, marzo, México.

Casar, José y Ros, Jaime (1987): "Empleo, desempleo y distribución del ingreso" en *Carlos Tello* (coord.): México: informe sobre la crisis 1982-1986, mimeo, UNAM, México.

CEPAL (1985): "El desarrollo de la seguridad social en América Latina", Estudios en *Informes de la CEPAL*, No 43.

Cruz Piñero, R. y Zenteno Quintero, René (1987): "La participación femenina en la actividad económica de la frontera norte: Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y Matamoros" en *Memoria de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica*, Sociedad Mexicana de Demografía, México, en prensa.

De Barbieri, Teresita (1984): "Incorporación de la mujer a la economía de América Latina", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, PISPAL-COLMEX-UNAM, p.p. 335-389, México.

De Barbieri, Teresita y de Oliveira, Orlandina (1987): *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*, Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF), Editora Búho.

De Riz, Liliana (1986): "El problema de la condición femenina en América Latina: la participación de la mujer en los mercados de trabajo, El caso de México", en *La mujer y el trabajo en México* (antología), Cuadernos Laborales, STPS, pp. 13-64, México.

Doris Bilac, Elizabeth (1973): *Familias de trabajadores: estrategias de sobrevivencia*, Colecao Ensaio e Memoria 6, Ediciones Símbolo, Sao Paulo, Brasil.

Duque, Joaquín y Pastrana, Ernesto (1973): "Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano" (una investigación exploratoria), FLASCO, Santiago de Chile.

Diane, Elson y Pearson, Ruth (1982): "La última fase de internacionalización del capital y sus implicaciones para la mujer del Tercer Mundo", *Estudios sobre la mujer*, Torno 1, SSP, México.

Escobar Latapí, Agustín (1986): *Con el sudor de tu frente, mercado de trabajo y clase obrera en*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, México.

Esternod, A. y González Ramirez (1986): "Problemas en la medición de la rama de actividades, la ocupación y la posición en el trabajo. Un diagnóstico del no especificado", ponencia presentada al Taller Nacional de Evaluación del Censo General de Población y Vivienda 1980, Querétaro, abril.

Fernández Kelly, Patricia (1982): "Las maquiladoras y las mujeres de Ciudad Juárez (México): paradojas de la industrialización bajo el capitalismo integral" en *Magdalena León: Sociedad, subordinación y feminismo*, Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.

García, Brígida; Muñoz, Humberto y de Oliveira, Orlandina (1983): *Familia y mercado de trabajo, un estudio de dos ciudades brasileñas*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, El Colegio de México, México.

García, Brígida y de Oliveira, Orlandina (1984): "Mujer y dinámica poblacional en México" en *Encuentro*, Vol. 2, No 1, pp. 75-107, El Colegio de Jalisco, Jalisco, México.

García, Brígida (1986): "Hacia un concepto de población económicamente activa suficientemente especificada", ponencia presentada al Taller Nacional de Evaluación del Censo General de Población y vivienda 1980, Querétaro, abril.

García, Brígida (1987): "Desarrollo económico y absorción de fuerza de trabajo en México: 1950-1980", Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

Garza, Gustavo (1980): *Industrialización de las principales ciudades de México*, El Colegio de México, México.

González de la Rocha, Mercedes (1986): *Los recursos de la pobreza, familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, CIESAS Y SPP, México.

González de la Rocha, Mercedes (1987): "Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara", ponencia presentada al Coloquio de Estudios de la Mujer, Encuentro de Talleres, El Colegio de México, PIEM, México, marzo.

Gregory, Peter (1986): *The myth of market failure: employment and the labor market in México*, Johns Hopkins Press, Baltimore y Londres.

Jellin, Elizabeth (1978) "La mujer y el mercado de trabajo urbano". Estudios CEDES, Vol. 1, No 6, CEDES, Buenos Aires, Argentina.

Jellin, Elizabeth (1986): "Ciudadanía e identidad" en *La mujer en los movimientos sociales en América Latina*, CEDES (mimeo), Buenos Aires, Argentina.

Jusidman de B., Clara (1987): "Evolución del empleo y los mercados de trabajo en México" en *Memorias de la III Reunión sobre Investigación Demográfica en México*, Sociedad Mexicana de Demografía, México.

Katzman, Rubén (1984): "Notas sobre las transformaciones sectoriales del empleo en América Latina" en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, El Colegio de México, PISPAL-UNAM, México.

Lomnitz, Larissa (1975): *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México.

Lustig, Nora (1986): "Economic crisis and living standards in México: 1982-1985", documento preparado para el proyecto sobre "The Impact of Global Recession of Living Standards in Selected Developing Countries", organizado por UNUWIDER.

Madeira, Felicia (1984): *Estrategia de sobrevivencia de población de baixa de área metropolitana de fortaleza: reusando seus presupostos dados 1979*, mimeo, PISPAL, México.

Margulis, Mario y Tuirán Rodolfo (1987): *Desarrollo y población en la frontera norte, el caso de Reynosa*, El Colegio de México, México.

Muñoz, Humberto y de Oliveira Orlandina (1976): "Migración, oportunidades de empleo y diferencias de ingreso en la ciudad de México" en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXVIII, No 1, México.

Muñoz, Humberto (1985): "Algunas contribuciones empíricas y reflexiones sobre el estudio del sector terciario" en *Ciencia*, Vol. 36, No 1, Revista de la Academia de la Investigación Científica, México.

Negrete Salas, María Eugenia (1987): "Cambios en la estructura y distribución de la fuerza de trabajo en México: la dimensión regional: 1950-1980" en *Memorias de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica*, México, en prensa.

Oliveira, Orlandina de y García, Brígida (1986): "Encuestas ¿hasta dónde?" en *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, El Colegio de México, PISPAL, México.

Oliveira, Orlandina de y Salles, Vanía (1987): "Reproducción de la población y de la fuerza de trabajo: aspectos conceptuales y líneas de investigación" en *Memorias de la III Reunión Nacional de la Investigación Demográfica*, Sociedad Mexicana de Demografía, México, en prensa.

Oliveira, Orlandina de y Gómez Montes, Lilliana (1987): "Subordinación y resistencias femeninas: notas de lectura", PIEM-COLMEX, México, mimeo.

Oliveira, Orlandina de (1987): *Mercado urbano de trabajo en México: 1970-1980*, El Colegio de México, México (en preparación).

Pedrero, Mercedes y Rendón, Teresa (1982): "El trabajo de la mujer en México en los setenta"

- en *Estudios sobre la mujer 1. Empleo y la mujer. Bases teóricas, metodológicas y evidencia empírica*, Serie Lecturas III, INEGI, México, SPP.
- RACZYNSKI, Dagmar y Serrano, Claudia** (1985): *Vivir la pobreza: testimonios de mujeres*, CIEPLAN y PISPAL, Santiago de Chile.
- Rendón, Teresa y Pedrero, Mercedes** (1976): "Alternativas para la mujer en el mercado de trabajo en México" en *Mercados Regionales de Trabajo*, INET, México.
- Rendón, Teresa** (1982): "El empleo en México, tendencias recientes" en *Investigación Económica*, No 161, Facultad de Economía, UNAM, México, pp. 157-181.
- Rendón, Teresa y Salas, Carlos** (1985): "La ocupación en México, 1975-1980", ponencia presentada en el Taller cycles and crisis in the Mexican Economy, The Long View Center for US Mexican Studies, University of California, San Diego.
- Rendón, Teresa y Salas, Carlos** (1986): "La población económicamente activa en el censo de 1980. Comentarios críticos y una propuesta de ajuste", *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 1, No 2, El Colegio de México, México.
- Robert, Bryan** (1987): "Labor markets and class organization, Britain, Spain and Mexico", trabajo presentado al 82nd. Annual Meeting of American Sociological Association, Chicago.
- Ros, Jaime** (1985): "La crisis económica: un análisis general" en González Casanova, Pablo y Aguilar Camín, Héctor (coords.): *México ante la crisis*, Siglo XXI Editores, México.
- Selva, Beatriz** (1985): "Modalidades de trabajo femenino en San Felipe del Agua", FLACSO, Serie Tesis de Maestría, México, D.F.
- Schmink, Marianne** (1979): "Community ascendance: urban industrial growth and household income strategies in Belo Horizonte, Brasil", Tesis de Doctorado, Universidad de Texas, Austin.
- Schmink, Marianne** (1982): "La mujer en la economía en América Latina" en *The Population Council*, documento de Trabajo II, México, junio, 57 pp.
- Tello, Carlos** (1979): *La política económica en México*, Siglo XXI Editores, México.
- Tello, Carlos** (1987): "Introducción" en Carlos Tello (coord.): *México: informe sobre la crisis 1982-1986*, UNAM, México.
- Tienda, Martha** (1977): "Diferenciación regional y transformación sectorial de la mano de obra femenina en México, 1970", *Demografía y Economía*, Vol. XI, No 3 (33), México, pp. 307-325.
- Wetnerman, Catalina y Recchini de Lattes, Zulma** (1981): *El trabajo femenino en el barquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, Terranova y Population Council, México.

Crisis, situación familiar y trabajo urbano

Zuleica Lopes Cavalcanti de Oliveira

El propósito de este trabajo es el de estimar las consecuencias de la recesión económica sobre el tamaño y la composición de la fuerza de trabajo familiar en el contexto urbano del país. En líneas generales este análisis busca evaluar si el patrón de intensificación del trabajo familiar que tuvo lugar durante la década de los setenta (Pastore) tiende a mantenerse y en qué forma se manifestaron las desigualdades de género en la situación familiar de trabajo urbano. El estudio se orientará en el sentido de examinar estas interrogantes según los distintos tipos de familia urbana y los diferentes estadios del ciclo vital. La referencia empírica a ser utilizada fue, en parte, cedida gentilmente por Teresa Cristina Nascimento de Araujo y Moema De Poli Teixeira Pacheco, autoras del Plan Tabular elaborado para el proyecto "Familias Negras: estrategias y especialidades". Los datos se refieren a la Investigación Nacional de Muestra Domiciliar de 1979 y 1983. El concepto de familia que será utilizado en este análisis es aquel que fue adoptado en la elaboración del Plan Tabular el cual se basa, a su vez, en la definición del censo. El criterio básico en la formulación de ese concepto es la inexistencia de lazos de parentesco con el jefe de la unidad doméstica. De esta manera, sólo fueron consideradas como familia aquellas unidades domésticas formadas por "por lo menos una persona que tenga lazos de parentesco con el jefe, sea cónyuge, hijo y otro pariente" (Pacheco, 1984). Esta fue la forma encontrada para perfilar la poca precisión del concepto censal de familia. La definición censal o criterio básico es el de la cohabitación, lo que hace que el concepto de familia guarde estrecha relación con el de unidad doméstica o de domicilio particular.

La literatura especializada ha demostrado que la fuerza de trabajo familiar experimentó cambios apreciables en la última década. Ha debido reestructurarse para hacer frente a las transformaciones vividas por la sociedad brasileña durante ese período, buscando asegurar el mantenimiento de sus niveles de vida e incluso la garantía de su propia supervivencia.

En la década de los setenta, la sociedad brasileña pasó por transformaciones

de orden económico, social y demográfico que repercutieron notablemente sobre el nivel y la composición interna de la fuerza de trabajo familiar. Las tasas del producto interno bruto (PIB) y los niveles de empleo, especialmente en el sector secundario, lograron expresivos aumentos. El crecimiento de la población activa superó por primera vez el crecimiento demográfico del país. La contribución de las mujeres fue decisiva en este crecimiento pues prácticamente se dobló la participación femenina en la fuerza de trabajo durante los años setenta. Crecieron las oportunidades de empleo para grandes sectores de la población, en especial para los más calificados. El grado de formalización de las relaciones de trabajo aumentó al mismo tiempo que proseguía, a un ritmo cada vez más intenso, el proceso iniciado en las décadas anteriores: la transferencia de población activa del sector primario hacia el sector secundario y terciario que pasó, a su vez, a contar con más de la mitad de la fuerza de trabajo del país. Por otra parte, también ocurrieron cambios dignos de mención en la familia, especialmente en la urbana en la cual la reducción de los niveles de fecundidad, el debilitamiento de los vínculos matrimoniales y la creciente jefatura familiar femenina sirven de ejemplo.

El proceso de urbanización se intensificó y Brasil consolidó su industrialización, modernizó su aparato productivo y se transformó, definitivamente hacia los años setenta, en un país urbanizado. Esto se consiguió, sin embargo, a costa del aumento de las desigualdades sociales y regionales. La dispar distribución de los beneficios del crecimiento económico ocasionó el crecimiento de las diferencias entre varios grupos sociales. El mismo patrón tuvo lugar a nivel regional, es decir, se ampliaron las desigualdades entre las regiones desarrolladas y las demás regiones debido al incremento en la concentración de los beneficios en los espacios más desarrollados del país (Pastore).

Diversas investigaciones (Silva, 1982; Alvim; Bilac, 1978) han revelado que la estrategia de la familia urbana para responder a las nuevas condiciones sociales y económicas se estructuró en la intensificación del trabajo familiar, o bien a través del ingreso de otros miembros a la fuerza de trabajo, además del jefe de familia, o a través del aumento de la jornada de trabajo de aquellos que ya estaban efectivamente enganchados al mercado de trabajo o a través, incluso, de la utilización conjunta de estos mecanismos. La utilización del mecanismo de prolongación de la jornada de trabajo de los que ya estaban contratados como fuerza de trabajo se procesó por el expediente de la hora extra o de la combinación del trabajo asalariado con otras formas de empleo (Silva, 1982). El mecanismo de utilización de otros miembros, además del jefe, como fuerza de trabajo, se refirió frecuentemente al trabajo de la mujer y, en determinadas circunstancias, al trabajo de otros miembros adultos del grupo familiar, como hijos y otros parientes. Incluso el trabajo infantil fue un recurso usado a gran escala en los segmentos sociales de bajos ingresos. Silva (1982) llama la atención sobre el hecho de que estos arreglos familiares de trabajo se sucedían en un

contexto de abundante oferta de mano de obra y de una precaria reglamentación del trabajo.

El panorama económico y social brasileño cambió, no obstante, drásticamente en los inicios de los años ochenta. En ese período, más exactamente entre los años 1981 y 1983, el país experimentó una fase de acentuada recesión económica que tuvo profundas consecuencias en el mercado de trabajo y en las condiciones de vida de las familias de la clase trabajadora (Porcaro, 1986). La crisis económica generada por condiciones adversas en lo externo y en lo interno repercutió principalmente en el sector industrial, sobre todo en los sectores de bienes de capital y de bienes de consumo no durables, los que presentaron una caída en su producción y en las cantidades de personal ocupado. En líneas generales, el nuevo cuadro económico y social fue marcado por la retracción de las actividades más dinámicas, por el aumento del grado de informalidad del empleo y por el crecimiento de las actividades terciarias, especialmente de aquellas con baja capitalización y productividad.

Los cambios tuvieron, en consecuencia, un impacto sobre la fuerza de trabajo familiar que debió articularse para enfrentar tanto la pérdida del empleo del jefe de familia y la de otros miembros de la misma, así como la reducción de los ingresos familiares. ¿Cómo se procesó esa articulación? La hipótesis de trabajo del análisis apunta hacia la acentuación del patrón de los años setenta, es decir, de la intensificación del trabajo familiar.

Siendo así, el análisis comprende el examen de algunas variables que permitirían evaluar en qué forma la recesión económica afectó la fuerza de trabajo familiar en el Brasil urbano de la primera mitad de los años ochenta. La cuestión de la participación femenina como fuerza de trabajo familiar merecerá una particular atención. El otro problema a ser estudiado se refiere a la extensión de la jornada de trabajo, es decir, si el aumento de la jornada de trabajo, en términos de aumento de las horas efectivamente trabajadas, involucró indistintamente categorías determinadas de la fuerza de trabajo familiar o si, como contrapartida, incidió de manera específica sobre el jefe de familia. Debe resaltarse que estos aspectos serán examinados tomando en cuenta los distintos tipos de familia urbana.

Los datos sobre los tipos de familia fueron definidos de modo de abarcar los modelos de familia nuclear, compuesta y aquellas "quebradas" con jefatura masculina y femenina según la edad de los hijos. La composición de la fuerza de trabajo familiar fue considerada, a su vez, de acuerdo con las situaciones en las que ninguna persona trabaja, una persona trabaja, dos personas trabajan, tres o más personas trabajan, permitiendo así diferenciar las categorías relativas al trabajo del jefe de familia, del jefe y del cónyuge, del jefe y del hijo, entre otras¹.

¹ La definición y desagregación de esas variables fue elaborada por Teresa Cristina Nascimento de Arujo y Moema de Poli Texeira Pacheco para el proyecto "Familias negras: estrategias y especificidades", IBGE, 1986.

Las horas semanales trabajadas en todas las ocupaciones, así como la posición en la ocupación del jefe de familia y de su cónyuge y de los demás miembros de la familia serán también objeto de análisis. Finalmente, es necesario destacar que la demarcación del período a examinar corresponderá, de acuerdo a lo ya mencionado, a los años 1979 y 1983.

Algunas indicaciones previas

La división sexual del trabajo en la familia encuentra sus raíces en la diferenciación de tareas que siempre existió entre las categorías de género en las distintas formas de organización social. Tareas determinadas son destinadas a los hombres mientras que otras son destinadas a las mujeres y otras pueden ser ejercidas indistintamente por ambos sexos. La naturaleza de la división sexual del trabajo ha variado históricamente en los distintos tipos de sociedad, sin embargo las actividades consideradas como femeninas han guardado relación, sistemáticamente, con la función primordial de la mujer: la reproducción.

La división sexual del trabajo se hizo más marcada a partir del desarrollo de la economía capitalista. En las sociedades precapitalistas e incluso en los comienzos del modo de producción capitalista, el trabajo familiar que comprendía tanto las actividades que constituían el trabajo doméstico de aquella época así como las actividades económicas, era realizado por los hombres, las mujeres, los niños, los parientes y no parientes que compartían un domicilio común. En ese período la actividad de subsistencia estaba bastante desarrollada, teniendo el salario monetario una función apenas complementaria en la satisfacción de las necesidades familiares. Las actividades de "consumo" y de "producción" se realizaban en forma integrada, sin que existiera la compartimentación entre lugar de trabajo y vivienda (Bock y Duden, 1984, pp. 6-14). Esas actividades se efectuaban en el ámbito familiar, en forma conjunta, por todos sus miembros.

El papel de la familia fue redefinido en función de las nuevas condiciones sociales y económicas creadas a partir de la expansión capitalista. La transferencia de la producción social hacia el exterior de la unidad doméstica y la destrucción de la economía familiar ocasionaron la separación entre las esferas productiva y reproductiva (Singer, 1977). El espacio de las actividades de autoconsumo se redujo drásticamente lo que alteró la forma en que se procesaba la reproducción del grupo familiar. La adaptación de la familia a nuevas condiciones de existencia se llevó a cabo a través del fortalecimiento de la división sexual del trabajo: los hombres en actividades destinadas a la producción social desarrolladas en el espacio público de las fábricas; la mujer, en el espacio privado de la familia e identificada con el trabajo reproductivo. "La reproducción no contiene solamente un elemento biológico, dicho elemento está consagrado, además, en la institución de la maternidad. El trabajo reproductivo supone una base gene-

rador (la reglamentación de la sexualidad, el control de la fecundidad y el cuidado de los niños) y una base rutinaria (el trabajo doméstico)" (Juno, 1985).

La división de las actividades en el ámbito familiar se apoya en la división sexual del trabajo que hace factible el mantenimiento y la reproducción del grupo familiar. Los papeles masculino y femenino socialmente contruidos y bien demarcados, se combinan en esta división para dar la base material y emocional de la sustentación de la familia. La reproducción económica de la unidad doméstica es atribuida al hombre, quien en su calidad de jefe de familia tiene la responsabilidad principal de proveer la manutención de sus miembros, en tanto que el papel de la mujer se encuentra referido al ámbito de la producción de valores de uso para el consumo doméstico. De esta forma, la vinculación de la mujer con el trabajo remunerado extra domiciliario asume un carácter secundario y subordinado frente a las actividades reproductivas. Por lo tanto, el grupo familiar se articula de acuerdo a las categorías de género establecidas para el desempeño de las tareas productivas y reproductivas. Es a partir de esta articulación que se establecen los acuerdos familiares de trabajo que "pueden ser vistos como formas de administración del trabajo por la unidad familiar" (Silva, 1982) y que tienden, en última instancia, a la reproducción del grupo familiar. La reproducción de la familia se asienta en la combinación efectiva del monto salarial de sus miembros y de la producción de valores de uso (Silva, 1982). Esa producción engloba tanto las actividades relacionadas con la producción doméstica como aquellas que se destinan al consumo colectivo, como es el caso, por ejemplo, de las actividades de enseñanza o de asistencia social que son desarrolladas por el Estado sin fines de lucro. Los miembros de la familia son llamados a participar en forma conjunta en la complementación de la renta familiar, lo que se lleva a cabo tanto a través del trabajo asalariado como a través de otras formas de inserción en la estructura productiva. Es necesario recordar que la economía urbana brasileña está constituida por una parcela significativa de actividades no típicamente capitalistas que coexisten y se articulan con las actividades relacionadas con el modo de producción capitalista.

La naturaleza de las estrategias familiares de trabajo varía, a su vez, en función de una gama de factores entre los cuales se destacan los cambios que tuvieron lugar en la estructura social y económica a lo largo del tiempo y las condiciones concretas de existencia de la familia. En los segmentos sociales de baja renta, todos los miembros de la familia son estimulados para que participen en el mercado de trabajo, incluyendo a los niños. La mujer de esos segmentos sociales concilia frecuentemente la producción doméstica con el trabajo remunerado a domicilio o asalariado que asume, como regla general, un carácter de ayuda financiera al jefe de la unidad familiar. Otro punto que se debe mencionar está en que en esos grupos sociales la producción doméstica puede involucrar también a otros miembros de la familia, como por ejemplo a los ancianos, enfermos e incluso a los niños que pueden sustituir a la mujer, cuando es

necesario, en las tareas de la casa. Vale destacar, por otra parte, que la producción doméstica abarca un variado complejo de actividades en los segmentos sociales de baja renta como "la confección de ropa, construcciones de casas, reparaciones de todo tipo de bienes de consumo y, en algunos casos, la producción de alimentos" (Jelin, 1974, pp. 51-78).

Incluso en los segmentos medio y alto los acuerdos familiares de trabajo se fundamentan en el trabajo remunerado del jefe de familia y de manera cada vez más frecuente en el trabajo de la mujer, aunque éste dependa la mayoría de las veces de la edad de los hijos menores. En estas familias, la producción doméstica se realiza, en general, a través del servicio doméstico remunerado y que se destina exclusivamente al consumo familiar, al contrario de lo que ocurre en los segmentos más bajos donde parte de esa producción es vendida en el mercado (Jelin, 1974).

Los acuerdos familiares de trabajo están influidos, también, por el tamaño y la composición del grupo familiar. El ciclo de desarrollo de la familia juega un papel crucial dado que en determinadas fases del ciclo vital la familia dispone de un mayor número de miembros capaces de trabajar, mientras que en otros momentos, como por ejemplo en el período de formación de la familia, la disponibilidad de trabajo se encuentra referida sólo a la pareja. Esa disponibilidad es aún más reducida en el caso de la mujer jefe de familia con hijos pequeños. Finalmente, cabe señalar que la utilización de estrategias de trabajo por la familia corresponde a una tendencia histórica (Silva, 1979) que no es la resultante ni de cambios de coyuntura ni de las dificultades enfrentadas por el grupo familiar en determinados períodos de su ciclo de vida.

El cuadro de las familias urbanas

La familia urbana brasileña viene experimentando cambios sustantivos que reflejan, en gran medida, la modificación de los patrones reproductivos de la población que tuvo lugar en la década de los setenta. La intensificación del proceso de urbanización junto a la expansión de las oportunidades educacionales y de empleo para la mujer, así como el creciente acceso a métodos anticonceptivos, han sido destacados como factores propulsores de la disminución del número de hijos en las familias urbanas². De cualquier manera, la tendencia a la reducción del tamaño de la familia se inició antes y se consolidó durante la década de los setenta, demostrando que a partir de ese período la población urbana alteró de modo significativo su perfil reproductivo. Los datos referentes

² Cabe mencionar que esa tendencia no se refiere solamente al espacio urbano brasileño. La reducción del tamaño de la familia también se manifestó en las áreas rurales del país.

Cuadro 1

Brasil: tamaño de la familia urbana, sudeste y nordeste. 1979-1983 (Porcentaje)

Unidad especial	Tamaño medio de la familia 1979	Tamaño medio de la familia 1983
Brasil urbano	4,3	4,2
Sudeste urbano	4,2	4,0
Nordeste urbano	4,8	4,6

Fuente: Tabulaciones especiales de PNAD, 1979 y 1983.

a los años 1979 y 1983 (Cuadro 1) confirman la afirmación de esa tendencia en el Brasil urbano. Por otro lado, la disminución del tamaño medio de la familia se extiende con la misma intensidad en los contextos urbano-regionales del sudeste y del nordeste durante esos años.

La aceleración del proceso de nuclearización del grupo familiar —la otra tendencia característica en el cuadro de las familias urbanas en la década del setenta— continuó manifestándose durante el período de 1979 y 1983 (Cuadro 2). La unidad biológica padre-madre-hijos que se había constituido en el formato predominante de la familia urbana, experimentó un crecimiento especialmente en el nordeste urbano a lo largo de esos años. Este tipo de familia está constituida básicamente por parejas con hijos menores de 14 años, o sea, familias en la fase más joven de su ciclo vital. La modernización de la familia urbana iniciada en décadas anteriores en el sudeste urbano se va extendiendo al nordeste urbano. Otra indicación de esa tendencia fue la reducción significativa en los niveles de fecundidad de la mujer nordestina en la última década.

Al lado de la creciente tendencia de nuclearización de la familia urbana, y formando parte de ese mismo proceso, se observó una proporción significativa de familias constituidas por parejas sin hijos. Este patrón se dio preferencialmente en el sudeste urbano. En contrapartida, la otra fase del proceso de nuclearización de la familia se refirió a la disminución de las familias extensas (parejas con hijos y con parientes). Cabe, sin embargo, recordar que la familia presenta un tamaño variable a lo largo del ciclo vital. En determinados períodos de su desarrollo, e incluso en función de necesidades económicas, la familia puede contar con un número mayor o menor de componentes.

Entre la lista de cambios sufridos por la familia urbana brasileña durante los años de 1979 a 1983, y que se remontan también a la década de los setenta, se destaca el aumento de las familias "quebradas", especialmente de aquellas cuya jefatura había recaído en la mujer, lo que es una indicación de la crisis actual de la familia urbana, ocasionada en gran medida por la modificación del papel

Brasil: distribución e incremento relativos de los tipos de familia, sudeste y nordeste urbano, 1979-1983

(Porcentaje)

Tipos de familia	Brasil urbano			Sudeste urbano			Nordeste urbano		
	1979	1983	Incremento relativo	1979	1983	Incremento relativo	1979	1983	Incremento relativo
Total	100,00	100,00	27,46	100,00	100,00	23,54	100,00	100,00	29,85
Parejas sin hijos, con y sin parientes	13,22	13,21	27,37	14,01	14,14	24,62	11,54	11,14	25,29
Parejas con hijos y sin parientes	57,99	59,49	30,78	59,76	59,90	25,93	53,16	56,10	37,03
Todos los hijos menores de 14 años	31,67	34,28	37,99	31,92	34,40	33,13	28,95	31,97	43,40
Todos los hijos mayores de 14 años	10,44	10,71	30,85	12,15	12,27	24,81	6,47	7,42	48,79
Hijos mayores y menores de 14 años, edad desconocida	15,88	14,50	16,34	14,69	13,23	11,22	17,74	16,71	22,34
Pareja con hijos y con parientes	9,04	7,27	2,58	8,17	6,64	0,45	11,56	8,66	-2,69
Todos los hijos menores de 14 años	4,59	3,70	2,52	4,20	3,37	-0,70	5,62	4,27	-1,40
Todos los hijos mayores de 14 años	2,02	1,77	12,52	1,95	1,72	9,05	2,52	2,00	3,36
Hijos mayores y menores de 14 años, edad desconocida	2,43	1,80	-5,50	2,02	1,55	-5,43	3,42	2,39	-9,26
Mujer jefe sin cónyuge, con hijos y sin parientes	11,71	11,91	29,63	11,06	11,56	29,18	14,43	14,29	28,59
Todos los hijos menores de 14 años	4,34	4,59	35,09	3,70	4,15	38,54	6,31	6,04	24,25
Todos los hijos mayores de 14 años	4,79	4,88	29,84	5,11	5,28	27,68	4,56	4,80	36,79
Hijos mayores y menores de 14 años, edad desconocida	2,58	2,44	20,09	2,25	2,13	17,17	3,56	3,45	25,78
Mujer jefe sin cónyuge, con hijos y c/in parientes	2,51	2,33	17,66	2,15	2,04	17,64	3,73	3,25	13,12
Todos los hijos mayores de 14 años	0,54	0,49	15,24	0,44	0,43	21,66	0,82	0,60	-5,43
Todos los hijos menores de 14 años	1,54	1,44	18,81	1,36	1,30	18,22	2,17	2,02	20,81
Hijos mayores y menores de 14 años, edad desconocida	0,43	0,40	16,56	0,35	0,31	10,42	0,74	0,63	11,06
Hombre jefe sin cónyuge con hijos, con y sin parientes	1,68	1,90	43,73	1,82	1,89	28,58	1,64	2,17	72,61
Todos los hijos menores de 14 años	0,40	0,42	33,92	0,41	0,37	12,34	0,49	0,55	47,80
Todos los hijos mayores de 14 años	0,93	1,12	53,10	1,05	1,23	44,89	0,77	1,12	88,84
Hijos mayores y menores de 14 años, edad desconocida	0,35	0,36	29,66	0,36	0,29	-0,77	0,38	0,50	71,52
Otras familias	3,85	3,89	28,97	4,03	3,83	17,23	3,94	4,39	44,56

Fuentes: Tabulaciones especiales del PNAD: 1979-1983.

femenino así como también del crecimiento del nivel de pobreza durante esos años.

Composición y cambios de la fuerza de trabajo urbano-familiar

La grave crisis económica que afectó al país en los inicios de los años ochenta, repercutió de forma acentuada en el mercado de trabajo. Los análisis (Porcaro, 1986; Saboia, 1985) han revelado que la crisis afectó sobre todo al sector industrial y de modo particular a sus sectores más dinámicos, los cuales experimentaron una disminución tanto a nivel del empleo como en el valor de su producción a lo largo de ese período. Las oportunidades ocupacionales se restringieron en el mercado formal de trabajo, en tanto que la población apta para el trabajo continuaba creciendo. Como consecuencia de ese proceso se abrieron dos alternativas para los segmentos expresivos de la población trabajadora: el desempleo o, en mayor escala, la incorporación a las actividades del mercado no formal de trabajo. Paralelamente se produjo una depreciación en los niveles de rendimiento de los trabajadores urbanos, principalmente de aquellos "contratados por los sectores menos desarrollados que absorben la fuerza de trabajo peor remunerada" (Porcaro, 1986).

De esta manera, la familia urbana ante este cuadro adverso y dispuesta a enfrentar el desempleo del jefe de familia así como el empeoramiento de sus condiciones de vida, pasó a colocar un número mayor de miembros como fuerza de trabajo durante el período de 1979 a 1983 (Cuadro 3). La incorporación a la fuerza de trabajo solamente del jefe de familia, aun siendo el patrón característico del empleo familiar urbano en Brasil, ha venido perdiendo terreno desde la década de los setenta³. Este arreglo familiar de trabajo disminuyó en todos los tipos de organización familiar, particularmente entre las familias formadas por parejas sin hijos (con o sin parientes) durante los años de 1979 a 1983 (Cuadro 3). La única excepción a esta tendencia se relaciona con las familias con jefatura femenina, sobre todo aquellas con hijos menores de 14 años y que no cuentan con parientes viviendo en su domicilio.

Si la garantía para mantener el patrón de vida pasó a depender cada vez más del ingreso de otros miembros del grupo familiar a la fuerza de trabajo durante la década de los setenta, esto se volvió aún más crucial en el período de la crisis económica. Pero, ¿quiénes de entre los miembros de la familia pasaron a integrarse a la actividad económica? Siguiendo la tendencia también observada en la década de los setenta, los datos examinados mostraron que las familias urbanas brasileñas pasaron a utilizar, de manera preferencial, el trabajo conjunto

del jefe y del cónyuge entre los años de 1979 a 1983 (Cuadro 3). A diferencia de lo que sucedía durante los años setenta cuando el acuerdo familiar de trabajo incidía con más intensidad entre las familias formadas por parejas sin hijos (con o sin parientes), en este período el trabajo conjunto del jefe y del cónyuge predominó entre las familias constituidas por parejas con hijos, especialmente en aquellas con hijos menores de 14 años.

La incorporación del cónyuge a la fuerza de trabajo correspondió a una serie de cambios, consecuencia del proceso de modernización que tuvo lugar en la sociedad brasileña en la última década. La incorporación de la mujer a la actividad económica contiene motivaciones específicas y expresa un movimiento de mujeres de sectores sociales muy diferentes entre sí. Por un lado, las mujeres casadas pertenecientes a los sectores de bajos ingresos que se ven obligadas a trabajar para garantizar la supervivencia familiar y, por otro, las mujeres de capas medias que buscan trabajo extradoméstico —no precisamente por razones de supervivencia— para mantener un nivel de consumo y un estilo de vida estimulados por la ideología consumista que acompañó al modelo de crecimiento económico adoptado durante los años setenta. También otros factores contribuyeron a incrementar la actividad económica de la mujer casada. Entre estos se destaca la expansión del empleo, el aumento de la escolarización femenina y la reducción de los niveles de fecundidad. La actividad reproductiva pasó a ser desarrollada en un aspecto menor del ciclo vital, dándole a la mujer la oportunidad de dedicarse a otras actividades y no exclusivamente a las familiares.

Con la crisis económica y con el consecuente agravamiento de la situación social, la presencia de la mujer casada en la fuerza de trabajo se hace aún más necesaria para asegurar el presupuesto doméstico, comprometido con el desempleo o con la disminución de los niveles de rendimiento del jefe de familia. Por otra parte, la ampliación del empleo en áreas donde la participación femenina es expresiva, contribuyó al ingreso de la mujer casada a la fuerza de trabajo. Debe destacarse el crecimiento del empleo en el sector de servicios y en la administración pública entre los años 1979 y 1983⁴.

En resumen, fue la cónyuge, entre los miembros de la familia, quien experimentó el crecimiento más significativo en la fuerza de trabajo urbana durante ese período. Vale recordar que el enganche de la mujer casada en la fuerza de trabajo depende de una serie de factores que están, en última instancia, relacionados con el estadio de desarrollo del ciclo de vida familiar. El número de hijos y sus edades, así como la disponibilidad de servicios para la atención de los niños, son condicionantes de la incorporación de la mujer casada a la fuerza de trabajo, especialmente en las capas medias. "La posición de la mujer casada en la familia determinada por su compromiso con la reproducción, primero, y por extensión

³ La participación del jefe de familia en la fuerza de trabajo declinó de 53,18% en 1970 a 44,65% en el Brasil urbano de 1980.

⁴ Joao Saboia llama la atención sobre la elevación del nivel de empleo en esos sectores del terciario durante el período de crisis.

con las tareas domésticas hace de la mujer una trabajadora especial. Así, el estado conyugal es uno de los factores que más condiciona la actividad femenina. El hecho de ser casada restringe la inserción de la mujer en la fuerza de trabajo" (Oliveira y Segadas, 1986). Pero la condición de ser madre es un factor aún más restrictivo.

El trabajo conjunto del jefe de hogar y del hijo (jefe e hijo trabajan) no presentó variaciones dignas de mención en las familias nucleares (parejas con hijos y sin parientes) y extensas (parejas con hijos y con parientes) a lo largo de este período (Cuadro 3). En las familias de las capas medias urbanas los hijos permanecen, en general, fuera de la fuerza de trabajo hasta alcanzar una cierta edad para realizar, a través del acceso a una mayor escolaridad, los ideales de ascenso social de los padres. En las familias de bajos ingresos y en estadios más avanzados del ciclo vital, se le evita a los hijos menores —dentro de lo posible— una entrada precoz al mercado de trabajo para que sigan frecuentando la escuela, siendo sustituidos por los hijos mayores o por la propia madre. Pero esas decisiones, casi siempre de carácter familiar, dependen no sólo del tamaño sino principalmente del estadio del ciclo vital de la familia.

En contrapartida, el trabajo conjunto del jefe, de su cónyuge y de por lo menos un hijo (jefe, cónyuge y por lo menos un hijo trabajan), aun cuando presentó una leve elevación porcentual durante los años 1979 y 1983, particularmente entre las familias extensas (parejas con hijos y con parientes), creció significativamente en términos absolutos pasando de 781.538 en 1979 a 1.046.149 en el Brasil urbano en 1983 (datos no presentados).

El patrón de empleo familiar en las familias con jefatura femenina se distingue, en gran medida, del trazado para los otros tipos de organización familiar (Cuadro 3). En primer lugar, la disminución de la participación exclusiva del jefe de familia en la fuerza de trabajo no sucedió en familias dirigidas por mujeres. Las únicas excepciones se refieren a las fases más avanzadas del ciclo vital de esas familias, o sea, la participación en la fuerza de trabajo del jefe de familia no aumentó únicamente cuando los hijos eran mayores de 14 años. Esto hace ver claramente la situación desfavorable de las familias con jefatura femenina en las cuales la mujer debe luchar casi siempre sola por la supervivencia del grupo familiar. Los acuerdos familiares de trabajo sólo se toman posibles cuando los hijos alcanzan una cierta edad o cuando esas mujeres cuentan con la ayuda de parientes para auxiliarlas tanto financieramente como con las tareas domésticas. "Las familias con jefatura femenina están compuestas generalmente de niños, ancianos y mujeres, lo que dificulta el empleo de un segundo miembro de la familia, estrategia de supervivencia que ha sido utilizada por las otras familias para compensar la pérdida de poder adquisitivo del salario del jefe" (Merrick y Schminck).

La utilización del trabajo infantil es, con todo, frecuente en este tipo de organización familiar. En general, los menores empiezan a trabajar pronto, dejan

los estudios y enfrentan jornadas exhaustivas de trabajo, dedicándose a las más variadas formas de pequeños servicios para ganar salarios irrisorios e incluso sin recibir ninguna remuneración. La calle es casi siempre el espacio de trabajo del menor, especialmente del niño varón ya que la niña se queda en casa reemplazando a su madre en las tareas domésticas y en el cuidado de los hermanos menores. Los datos mostraron un aumento de la participación conjunta del jefe y del hijo en la fuerza de trabajo en las familias con jefatura femenina en el período de 1979 a 1983 (Cuadro 3).

Otro punto que cabe mencionar se refiere a los valores expresivos que asumió la categoría "ninguna persona trabaja en la familia" en el conjunto de las mujeres jefes de familia, especialmente de aquellas con hijos menores de 14 años o no cuentan con parientes en el domicilio. Esto significa que estas personas no estaban, probablemente, contratadas en el mercado formal de trabajo, no siendo captadas por esta razón por las estadísticas oficiales.

En las familias "quebradas" con jefatura masculina, los cambios en la composición de la fuerza de trabajo familiar acompañaron, a *grosso modo*, las tendencias observadas en otros tipos de familia, con excepción de aquellas con jefatura femenina, en el espacio urbano brasileño durante los años 1979 y 1983 (Cuadro 3). El enganche en la fuerza de trabajo solamente del jefe de familia se redujo en ese período, salvo en los casos con hijos mayores y menores de 14 años.

En resumen, la familia urbana brasileña experimentó el ingreso de otros miembros, además del jefe, a la fuerza de trabajo; sobre todo de la cónyuge que pasó también a desempeñar actividades extradomesticias durante el período de la crisis económica. Debe destacarse, sin embargo, que la tendencia a participar en la fuerza de trabajo en el caso de la mujer, se ha venido dando desde la última década. El significado de este cambio para la condición femenina debe ser mejor evaluada, ya que dependiendo de la posición de la mujer en la estructura de clases, su participación en el mundo del trabajo pasa a representar la verdad de la "doble jornada" vivida como condición precaria del trabajo extrahogar. De cualquier forma, la reproducción del grupo familiar, desde la década de los setenta y durante el período de crisis económica, pasó a depender básicamente de la entrada de la mujer y, en menor escala, de los hijos y demás miembros disponibles para la actividad económica. Esta tendencia tuvo lugar en todos los tipos de familia, extendiéndose, por otro lado, al contexto urbano-regional del sudeste y del nordeste, fundamentalmente al primero donde se procesó con mayor intensidad (Cuadros 4 y 5).

Brasil: familias residentes en domicilios particulares, por número de personas ocupadas, composición de la fuerza de trabajo familiar, según tipos de familias, nordeste urbano, 1979-1983 (Porcentaje)

Tipos de familia	Número de familias												
	Una persona trabaja			Cualquier persona trabaja			Jefe y cónyuge trabajan			Jefe e hijo trabajan			
	1979	1983	1979	1979	1983	1979	1979	1983	1979	1983	1979	1979	1983
Total	100,00	100,00	9,49	9,83	41,14	40,16	6,60	7,03	13,93	15,32	7,43	5,77	5,33
Ninguna persona trabaja	100,00	100,00	18,38	23,28	49,02	44,32	4,34	4,67	24,01	23,44	—	2,71	2,35
Sólo el jefe trabaja	100,00	100,00	2,88	24,16	22,15	2,80	3,75	11,38	11,68	16,88	17,24	2,54	2,74
Cualquier persona trabaja	100,00	100,00	7,85	17,90	14,05	14,77	13,92	5,72	6,67	20,66	17,46	5,40	8,48
Jefe y cónyuge trabajan	100,00	100,00	3,05	2,88	24,16	22,15	2,80	3,75	11,38	11,68	16,88	17,24	2,54
Jefe e hijo trabajan	100,00	100,00	3,29	47,66	46,38	3,18	3,37	18,37	20,41	8,75	7,90	1,52	1,96
Parejas con hijos y sin parientes	100,00	100,00	3,29	47,66	46,38	3,18	3,37	18,37	20,41	8,75	7,90	1,52	1,96
Parientes con hijos y con parientes	100,00	100,00	2,91	3,01	28,49	26,94	4,17	5,14	12,00	14,52	6,98	6,70	17,16
Todos los hijos menores de 14 años	100,00	100,00	1,80	1,91	39,79	40,83	1,14	1,64	19,07	22,15	0,49	0,48	22,49
Todos los hijos mayores de 14 años	100,00	100,00	7,85	15,76	10,10	8,98	13,17	2,23	4,71	14,98	14,89	14,66	10,94
Hijos mayores y menores de 14 años	100,00	100,00	9,65	17,67	19,52	16,69	12,82	—	—	16,86	18,38	8,63	10,70
Mujer jefe sin cónyuge, con hijos	100,00	100,00	22,39	21,88	34,70	33,82	15,96	14,54	—	—	9,62	10,78	6,10
Y sin parientes	100,00	100,00	35,32	33,89	61,66	62,63	0,57	0,43	—	—	2,01	2,55	—
Todos los hijos menores de 14 años	100,00	100,00	14,17	14,33	10,66	7,85	36,69	33,55	—	—	14,52	15,68	12,58
Todos los hijos mayores de 14 años	100,00	100,00	9,98	11,35	17,69	19,52	16,69	12,82	—	—	16,86	18,38	8,63
Hijos mayores y menores de 14 años	100,00	100,00	22,39	21,88	34,70	33,82	15,96	14,54	—	—	9,62	10,78	6,10
Mujer jefe sin cónyuge, con hijos	100,00	100,00	11,69	13,79	14,52	12,99	22,88	28,70	—	—	8,12	9,84	21,92
Y con parientes	100,00	100,00	14,77	24,95	43,18	36,90	12,57	9,75	—	—	1,09	1,23	21,56
Todos los hijos menores de 14 años	100,00	100,00	12,86	12,91	6,17	4,10	30,83	41,10	—	—	7,31	9,42	22,06
Todos los hijos mayores de 14 años	100,00	100,00	4,87	6,11	7,37	18,85	10,95	7,03	—	—	18,23	19,24	21,91
Hijos mayores y menores de 14 años	100,00	100,00	11,98	33,18	36,90	12,46	18,14	—	—	—	17,44	14,63	8,23
con hijos y sin parientes	100,00	100,00	15,22	13,10	75,16	79,45	—	2,88	—	—	5,76	1,49	1,93
Todos los hijos menores de 14 años	100,00	100,00	15,07	12,23	10,87	15,03	22,96	29,26	—	—	16,57	19,62	12,61
Todos los hijos mayores de 14 años	100,00	100,00	2,45	10,16	24,53	38,71	7,10	10,13	—	—	34,30	18,03	7,43
Hijos mayores y menores de 14 años	100,00	100,00	35,93	30,29	19,25	18,54	14,41	17,49	—	—	—	—	21,22
Otras familias	100,00	100,00	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Hijos mayores y menores de 14 años	100,00	100,00	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Todos los hijos menores de 14 años	100,00	100,00	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Todos los hijos mayores de 14 años	100,00	100,00	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Hijos mayores y menores de 14 años	100,00	100,00	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—

Fuente: Tabulaciones especiales de PNAD: 1979-1983.

Bibliografía

- Alvim, **María Roselene Barbosa**: "Notas sobre da família num grupo de operários têxteis" en Lopes, J.S. et al.: *Mudança social no nordeste: a reprodução da subordinação. Estudos sobre trabalhadores urbanos*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- Bilac, **Elizabeth Doria** (1978): *Famílias de trabalhadores: estratégias de sobrevivência*, Símbolo, São Paulo.
- Bock, **Gisela y Duden, Barbara** (1984): "Labour of love. Love as labour on the genesis of housework in the west-development", *Journal of the Society for International Development*, Nº 4.
- Jellin, **Elizabeth** (1974): "Formas de organização da atividade económica e estrutura ocupacional", *Estudos CEBRAB*, Nº 9, junio.
- Juno, **María Valéria Pena** (1985): *Mulheres e trabalhadoras: presença feminina na constituição do sistema fabril*, Editora Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- Merrick, **Thomas W.L. y Schmink, M.**: "Female headed house holds and urban poverty in Brazil", trabajo presentado en el seminario Women in poverty: what do we know?, mimeo, Belmont Conference Center.
- Oliveira, **Zuleica L.C. de y Segadas, Marcia Vianna** (1986): "O trabalho feminino e a situação familiar da mulher nas áreas metropolitanas de São Paulo, Rio de Janeiro, Porto Alegre e Recife", mimeo, IBGE/DEGEO.
- Pacheco, **Moema de Poli Telxela** (1984): *Conceitos de Família para o Plano Tabular da PNAD*, 1984, mimeo, IBGE/DEISO.
- Pastore, **José**: "Mudança social e pobreza no Brasil: 1970-1980", mimeo.
- Porcario, **Rosa María** (1986): "Efeitos da crise no mercado de trabalho urbano no Brasil", mimeo, IBGE.
- Saboia, **João L.M.** (1985): *Considerações sobre as transformações no mercado de trabalho no Brasil durante a recessão, 1980-1983*, UFRJ/Instituto de Economia Industrial, Rio de Janeiro.
- Silva, **L.A., Machado de** (1979): "A oposição entre o trabalho doméstico e trabalho feminino remunerado" en Leite Lopes, J.S. et al.: *Mudança social no nordeste: a reprodução da subordinação. Estudos sobre trabalhadores urbanos*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- Silva, **L.A., Machado de** (1982): "Estratégia de vida e jornada de trabalho in condições de vida das camadas populares" en Silva, L.A., Machado de (coord.): *Debates Urbanos*, Nº 6, Zahar Editores, Rio de Janeiro.
- Singer, **Paul J.** (1977): *A economia política do trabalho*, HUCITEC, São Paulo.

Participación laboral femenina en un proceso de crisis

Suzana Prates

El presente análisis busca identificar el comportamiento laboral de la mujer en Montevideo¹ desde la última década, analizándolo como respuesta a un proceso de sucesivas crisis que comprenden diferentes momentos, asume distintas connotaciones y alcanza desde el punto de vista político social su máxima incidencia en la segunda mitad de los setenta.

En este sentido, por crisis nos referimos no solamente a la coyuntura de los ochenta, a la recesión internacional, a la problemática de la deuda externa y a las opciones políticas de negociación que implican las "políticas de ajuste".

De hecho, en Uruguay se ha dado un "proceso de crisis", con momentos sucesivos, que alcanza por lo menos tres décadas.

Al agotarse el modelo de crecimiento económico hacia fines de los cincuenta (modelo de sustitución de importaciones) le sigue un proceso de prolongado estancamiento económico (entre 1955-1973 el producto interno bruto (PIB) crece a una tasa anual de 0,5%). En el plano político-social, este estancamiento se acompaña de fenómenos que son parte de la misma crisis, como la alta emigración internacional, polarización político-social, guerrilla urbana y otros.

Se trata, en rigor, de un conjunto de manifestaciones que cuestionan la legitimidad y viabilidad misma del modelo sociopolítico de dominación. Se trata de una crisis de legitimidad, en el sentido de que las disputas políticas mantienen, sin cambiar, las condiciones limitantes de la producción capitalista (Habermas, 1975). Desde otra perspectiva, esta crisis aparecería como una crisis de "gobernabilidad" en la cual los diferentes sectores políticos no pudieran (o no supieran) manejar recursos institucionales para mantener la crisis en un entorno "tolerable".

En este período, la posibilidad de desarrollo social sostenido que experimentó el país en décadas anteriores se ve crecientemente bloqueada. Al intenso creci-

¹ No se cuenta con series estadísticas para las capitales departamentales de 1981. Para el resto del interior urbano y sector rural hay datos recién en 1986.

miento y consolidación de los sectores medios (Filgueira y Gennetetti, 1981) le sigue un proceso de obstrucción de la movilidad estructural y de cierre de los canales de movilidad social (Filgueira, 1987).

La posibilidad de distribuir y acumular, bajo un modelo democrático relativamente exitoso, y de mantener un Estado de bienestar, excepcional en el contexto latinoamericano, se ve crecientemente resentida por una economía estancada y la incapacidad política, si no de revertir, por lo menos de controlar a niveles aceptables, las principales tendencias del proceso. Este período se cierra con el golpe de Estado de 1973, aunque desde 1968 son claros los signos de agotamiento del modelo y de gestión de un modelo autoritario.

Durante la primera etapa del régimen de facto (1973-1979) la economía experimenta una recuperación (el PIB crece a una tasa anual de 5% entre 1974-1979, registro muy superior al del período 1955-1973).

Con la aplicación de un monetarismo poco ortodoxo en lo que se relaciona con la intervención del Estado en la economía, éste mantiene una ambigüedad de "ausencia-presencia", estimulando la acumulación, liberando el mercado financiero y, al igual que en Argentina y Chile, llevando adelante una política de compresión salarial.

Se buscaba insertar a Uruguay en la división internacional del trabajo como plataforma exportadora de manufacturas.

Para ello se implementó un régimen de reintegros y facilidades arancelarias por un lado y, por otro, se alentó a las ramas intensivas en trabajo, lo que contribuyó a incrementar la competitividad de los productos uruguayos en el mercado internacional debido a la caída del salario real (PREALC, 1977).

La estrategia seguida buscaba reconvertir la estructura económica provocando simultáneamente booms y recesiones sectoriales, afectando negativamente, en particular, a los sectores productivos volcados al mercado interno.

Deterioro salarial y desocupación sectorial constituirán dos instrumentos poderosos para movilizar una fuerza de trabajo "disciplinada".

Concomitantemente con el deterioro de las bases materiales de mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo, la dictadura cerró todos los canales de procesamiento de demandas de los grupos sociales subordinados a la vez que, como consecuencia de medidas altamente represivas, controló la propia cotidianidad resistiendo relaciones sociales, lealtades y solidaridades ampliadas.

En este contexto, los sectores asalariados (alrededor del 80% de la fuerza de trabajo en Montevideo entre 1968 y 1979) pierden tanto sus formas tradicionales de convivencia social como los marcos de articulación ciudadana y los patrones de vida históricamente logrados.

La respuesta de los sectores populares al desclasamiento programado por la dictadura fue, por un lado, incrementar el tiempo de trabajo prolongando jornadas y/o articulando estrategias de múltiples generadores de ingreso. En el plano de la convivencia social hubo un repliegue hacia las relaciones

sociales primarias, en particular la familia y el vecindario.

La mujer tendrá un papel protagónico en ambos planos, y la hipótesis que aquí se maneja es que las transformaciones operadas en la cotidianidad de las mujeres en esta etapa de crisis social, crisis de un modelo de convivencia y de articulación ciudadana, tendrá efectos irreversibles sobre la participación laboral femenina.

Las variaciones del contexto

Antes de iniciar el análisis sobre la condición laboral de la mujer en el mercado de empleo en Montevideo, resulta de interés identificar las principales tendencias del proceso de transformación económica y sociopolítica del país.

La transformación de la economía no obedece solamente a factores económicos. Las estrategias de crecimiento adoptadas y los costos sociales consecuentes de las opciones realizadas, permiten a la vez la comprensión referida al volumen y estructura de la demanda por fuerza de trabajo y sugieren los factores asociados al comportamiento de la oferta de trabajadores.

Es posible reconocer, en el proceso de transformación económica y política de Uruguay, entre 1974-1986 tres subetapas. La primera de "crecimiento presado y autoritarismo". La segunda de apertura política y recesión y la tercera de reactivación económica y democracia.

La primera se inicia con el shock petrolero de 1974, aun cuando los lineamientos de política económica ya estuvieran definidos en 1973 en el Plan Nacional de Desarrollo (Ricaldoni, Santífas y Silva, 1975) y concluye alrededor de 1980. La política económica, de corte neoliberal, favoreció la implementación de un modelo manufacturero exportador orientándose a la liberalización del sector financiero con la esperanza de captar los abundantes recursos financieros internacionales del período para la inversión productiva. Las facilidades creadas permitieron un financiamiento del sector productivo a base de divisas extranjeras que impactó decisivamente en el monto de la deuda externa, acumulando grandes déficits en la balanza de pagos.

En segundo término, el gobierno de facto utilizará instrumentos de política para el financiamiento de las exportaciones no tradicionales, siendo los principales la estrategia del reintegro y las rebajas arancelarias. Las facilidades y estímulos directos creados por el Estado para promover las exportaciones no tradicionales serán uno de los pilares de la expansión manufacturera. El otro estará representado por la política de compresión salarial que rebajará el salario real, principalmente en el sector manufacturero y permitirá una transferencia de ingresos de los asalariados hacia el capital, reflejándose todo ello en una intensa concentración del ingreso (Melgar y Villalobos, 1985).

El deterioro del ingreso salarial constituyó solamente un aspecto de la crisis

— Cuadro 1 —

Evolución de los salarios reales por sector

	Mínimo no agrícola	Medio manufacturero	Índice salario construcción
1970	100	100	100
1974	120,2	83,5	117,6
1976	105,8	68,5	93,1
1978	95,2	55,9	76,3
1980	80,8	47,5	65,3

Fuente: PRELAC, 1982.

— Cuadro 2 —

Gasto gubernamental total en salud y educación
(Porcentaje)

1975	15,39	1978	13,06
1976	15,19	1979	14,09
1977	14,74	1980	13,72

Fuente: sobre datos de CEPAL: Anuario Estadístico 1984.

social, de un modelo que buscaba redefinir las bases mismas de reproducción social de los sectores populares. Tomando como base el año 1968 = 100, según la Dirección General de Estadísticas y Censos, se observa en la evolución del salario real, los siguientes porcentajes: 1980 = 62,39; 1981 = 67,05; 1982 = 66,83; 1983 = 52,97 y 1984 = 48,12.

Conjuntamente con la política de comprensión salarial, el gobierno militar redujo y modificó la política de los gastos sociales del Estado, es decir, aquellos gastos orientados a garantizar parte de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Si se tiene en cuenta que el gasto total del gobierno decreció como proporción del PIB entre 1975 y 1980, se puede evaluar, por el decrecimiento, que los gastos de reproducción social fueron aún más intensos en términos absolutos (Terra y Hoppenhaym, 1986). Simultáneamente con esta estrategia de disminución del valor social del trabajo, como ya señaló, la dictadura procedió a cerrar todos los canales institucionales de procesamiento de demandas. Todo ello tenía lugar en una sociedad profundamente resquebrajada.

Marcos y grupos de referencia fueron desestructurados, tanto por la emigración internacional como por la represión policial-militar; las formas de convivencia se alteraron y el miedo tendía a paralizar formas alternativas de recomposición de la interacción social.

La familia en esta dinámica se transformó en el reducto principal de la sociabilidad, en el campo de la seguridad, constituyéndose a la vez en el recurso principal de fuerza de trabajo para compensar el deterioro salarial. Esta dinámica, poca duda cabe, repercutió fuertemente en las mujeres, tanto en su comportamiento laboral como en la incorporación a su cotidianidad de la problemática de la seguridad, de la política, de los derechos humanos.

La segunda etapa corresponde, en lo político, al proceso de "deshielo". Se inicia en 1980 con el plebiscito constitucional, en el cual los militares son derrotados y al que le siguen las elecciones internas de los partidos políticos no proscritos (1982).

La sociedad civil empezaba a movilizarse, a manifestar formas innovadoras de organización de los grupos sociales. Diversas organizaciones y movimientos sociales gestados en el período anterior muestran su visibilidad y la perspectiva de la recuperación de la ciudadanía política permea toda la sociedad. Movimientos como el de las "ollas populares", cooperativas de salud y de consumo, emergen procesando demandas y marcando su perfil social, al tiempo que diversos grupos y organizaciones de mujeres hacen su aparición pública después de décadas de silencio. El incipiente movimiento de mujeres no se lanza a la esfera pública con demandas específicas de género. Demandan metas globales, pero desde su condición femenina (Prates y Rodríguez Villamil, 1985). Sólo más adelante transitarán hacia planteos y demandas anclados en la condición genérica.

En el plano económico esta etapa está marcada por una profunda recesión; entre 1980-1984 el PIB decreció en un 14,2% (4% anual) (Melgar, 1987). En el año 1981 el salario real muestra una leve recuperación para caer aún más fuertemente en los años siguientes, a la vez que la desocupación decrece, para multiplicarse en el resto de la etapa.

La última etapa, de reactivación de la economía (el PIB aumentará alrededor de un 11%, 3,5% anual entre 1984-1987) (Melgar, 1987) se acompañará también de una leve recuperación del salario real. En esta etapa, ya bajo el régimen democrático formal (1985), el sindicalismo vuelve a actuar y se establecen los Consejos de Salarios con integración tripartita (representación sindical, empresarial y del Estado) que constituirán un espacio de negociación de los sectores asalariados en 1986. La desocupación baja algo en 1985, para acentuar esta tendencia en 1986.

Las diversas organizaciones y movimientos sociales que caracterizan la etapa de la transición democrática (1980-1984) tienden a desdibujarse incorporándose aún en forma no abierta a la dinámica del sindicalismo y de los partidos políticos.

Las organizaciones de mujeres, sin embargo, se expanden y se cristalizan.

Se crea, por primera vez en la historia del sindicalismo uruguayo, una Comisión de Mujeres con un discurso claramente definido, que organiza el primer encuentro de mujeres sindicalistas en 1986. Simultáneamente a la creación de esta organización de mujeres, en el centro mismo del aparato sindical surgen agrupaciones de maestras y de funcionarias no docentes de la Universidad de la República.

Desde el Estado se crean, dependientes del Ministerio de Cultura, la Sala de la Mujer y el Instituto de la Mujer, participando organizaciones no gubernamentales en el Consejo Directivo de este último. No es claro hasta qué punto esta dinámica, desde el Estado, no pueda teñirse de tendencias cooptadoras.

En este marco de situaciones variables que caracterizó la dinámica del país desde 1974 al presente, aparece un fenómeno de la mayor importancia: la participación laboral de la mujer que cambia la estructura del empleo, feminizándose fuertemente la población económicamente activa (PEA).

El país, como ya lo señalamos, ha vivido en crisis desde fines de los cincuenta. Los matices y enfoques de las crisis han sido distintos, pero la sociedad uruguaya que se perfila en 1987 tiene en la mujer un nuevo actor social.

La participación laboral de la mujer

Es en el marco de la etapa de "crecimiento prestado" donde se registra el primer gran impulso de la orientación de la mujer hacia el trabajo de mercado.

En esta etapa reseñada anteriormente, la respuesta de los actores populares, imposibilitados de procesar demandas colectivas en forma organizada, fue el sobretrabajo familiar. Las jornadas laborales se incrementaron y las familias articularon estrategias de múltiples generadores de ingreso. En estas estrategias las mujeres jugaron un rol protagónico. Asumiendo el comportamiento del "trabajador adicional" (Simeral, 1979) se lanzan al mercado de empleo experimentando no sólo una alta tasa de desocupación, sino a la vez un ritmo mucho más intenso que el masculino de crecimiento del desempleo y una mayor persistencia en el ritmo de decrecimiento del desempleo.

Sin embargo, se incorporan al empleo efectivo en forma importante: entre 1968-1979, se emplearon 40.000 mujeres y 10.000 pasaron a engrosar las filas de desocupados (Macadar, 1982).

Un rápido análisis de los Cuadros 3 y 1 evidencian que la tasa de actividad femenina se asoció negativamente con la tendencia del salario real. El crecimiento de la población económicamente activa femenina (PEA) en este período se explicó por el comportamiento de las mujeres que buscaban trabajo por primera vez y el de las pertenecientes a los sectores populares (obreras, operarias y vendedoras) entre 1976-1979. En efecto, las mujeres con niveles educativos

Montevideo: tasas refinadas de actividad y de desocupación por sexo (Montevideo)

	Tasas de actividad		Tasas de empleo	
	H	M	H	M
1974/1975	71,2	30,4	7,0	10,2
1976	74,4	36,5	10,0	17,8
1977	73,3	37,4	7,3	16,2
1979	73,0	37,4	5,6	12,0

Fuente: Encuestas de Hogares, Dirección General de Estadística y Censos.

más altos, presumiblemente de sectores medios y medios altos, las profesionales y técnicas, presentaron un índice de variación negativo (95,2%), en tanto las obreras y operarias crecieron en un 27,9% en el mismo período (Prates, 1983a).

A raíz de la opción de crecimiento de esta etapa, en la cual los costos sociales estaban explícitamente incluidos como un "mal necesario", el deterioro salarial estimuló la oferta de fuerza de trabajo femenina y el modelo exportador de manufacturas jugó un papel central, tanto en la demanda de fuerza de trabajo femenina como en la definición de su perfil.

Con todo, otros factores subyacieron a la demanda de trabajo femenino.

En primer lugar, la reserva de fuerza de trabajo cíclica, integrada por desocupados masculinos, se había reducido fuertemente con la emigración internacional que tuvo lugar en el período 1967-1975 (Prates y Taglioretti, 1980).

En segundo lugar, las manufacturas más estimuladas (confecciones, textiles, calzados, vestimenta de cuero y marroquinería, pescado) son altamente incorporadoras de trabajo femenino. Son intensivas en trabajo y requieren "dedos hábiles" (Elson y Pearson, 1980).

En tercer lugar, la falta de condiciones de negociación de la clase obrera significó, en esta etapa de la dictadura, la posibilidad de bajar aún más el salario femenino, de por sí inferior al masculino.

Como se verifica en el Cuadro 1, los salarios reales medios manufactureros son los más afectados en el período. En efecto, Bucheli y Rossi (1987) encuentran en un análisis reciente, con datos de 1979, que entre obreros, oficiales y capataces el 85,5% de las diferencias del salario son debidas al sexo y solamente un 14,5% se explica por factores como educación y/o experiencia laboral. Entre los administrativos en la industria, el peso del factor sexo en la disminución salarial incide aún más: explica el 86,8% de la varianza.

Si tenemos en cuenta que el año 1979 registró un decrecimiento de la desocupación femenina Cuadro 3, podemos esperar que esta discriminación salarial fuera aún más intensa en años anteriores, de mayor desocupación. La respuesta laboral de la mujer a la crisis social del período 1974-1980 no parece resultar entonces de un creciente sentimiento de autonomía o status, sino que parece responder a un aumento de la desesperación nacida del deterioro del ingreso familiar (Banerjee, 1981). El nivel de aspiraciones respecto a la calidad de reproducción de la fuerza de trabajo se hallaba amenazado.

El crecimiento de la economía en el período permitió hacer efectiva la estrategia de múltiples generadores de ingreso a nivel de las unidades domésticas. El cierre de la etapa de "crecimiento prestado" presentará, en forma clara, sus efectos diferidos y debidos en gran parte a la decisión de la política económica de modificación radical de la política cambiaria, la que pasó de un sistema de minievaluaciones programadas a la libre flotación. Dado el alto nivel de endeudamiento en dólares de amplios sectores empresariales, el cambio en la política cambiaria supuso quiebras y cierres de empresas, acarreado todo ello una intensa desocupación que se agregará al deterioro del salario real para hacer más agudos los efectos de la recesión.

En la segunda subetapa (recesión económica y apertura política, 1980-1984), el salario real, como se señalara anteriormente, sigue su tendencia descendente que se acentúa dramáticamente en los años 1983-1984. Ello resulta, sin duda, de la recesión económica —crisis internacional y política cambiaria nacional— pero también como consecuencia de la derrota de los militares en las dos instancias del proceso de apertura (plebiscito, 1980, y elecciones partidarias internas, 1982).

A un salario real altamente deteriorado se le agrega en estos años una fuerte tasa de desocupación, especialmente para las mujeres. Pese a las altas tasas de desocupación de las mujeres, las tasas de actividad femenina mantienen su proceso ascendente no dando lugar a caracterizar el comportamiento laboral de la mujer como el correspondiente al del "trabajador desalentado" (Simeral, 1978). Sin embargo, aun cuando la tasa de desempleo de las mujeres sea mucho más alta que la masculina, la intensidad del crecimiento de la desocupación femenina es algo menor que la correspondiente a la masculina, salvo en 1984.

Aparentemente, la recesión castigó relativamente más a los hombres que a las mujeres. La menor intensidad en el crecimiento de la desocupación femenina se vuelve particularmente notable al tenerse en cuenta que la tasa de actividad femenina entre 1981-1984 siguió creciendo en forma importante, mientras la masculina se mantuvo estancada y aun presentó un leve decrecimiento en 1983.

La consideración del Cuadro 5 sugiere que la recesión económica de los ochenta no afectó la tendencia iniciada en el decenio anterior respecto al empleo femenino: las mujeres se vuelcan al mercado de trabajo y experimentan un crecimiento relativo de la desocupación menor que el masculino. En otras

Cuadro 4

Montevideo: tasas de actividad y de desocupación por sexo

	Tasas de actividad		Tasas de desocupación	
	H	M	H	M
1981	74,7	38,7	5,1	9,0
1982	75,0	42,1	9,4	16,1
1983	74,3	42,0	11,9	20,6
1984	74,9	44,2	10,5	18,9

Fuente: Encuestas de Hogares, Dirección General de Estadística y Censos.

Cuadro 5

Variación de desocupación y actividad por sexo
(1981 = 100)

	Desocupación		Actividad	
	H	M	H	M
1981	100,0	100,0	100,0	100,0
1982	184,3	178,9	100,4	108,8
1983	233,3	228,9	99,0	108,5
1984	105,9	210,0	100,3	114,2

Fuente: Encuestas de Hogares, Dirección General de Estadística y Censos.

palabras, aun en un contexto de crisis y recesión las mujeres parecen haber abandonado la postura del ejército de reserva cíclico, de factor de ajuste.

La dinámica del empleo por sexo en Uruguay puede ser caracterizada, como lo señala Spindel en un análisis sobre Brasil: "El proceso sistemático observado en las últimas décadas de aceleración del ritmo de absorción de mano de obra femenina, provocando alteraciones en la distribución estructural de los empleos por sexo, ampliando la tajada reservada a las mujeres, no es interrumpido con la crisis, muy al contrario las tasas de crecimiento del empleo femenino son siempre más altas (...)"

Cabe ahora preguntarse, ¿en qué condiciones las mujeres se insertaron en el mercado de trabajo en el ciclo recesivo?

De acuerdo a Milkiman (1976) en la crisis de los treinta las mujeres se inser-

— Cuadro 6 —

Relación salario medio femenino/masculino

Rama y subrama	SHF/SHM x 100
Industria alimenticia	53,5
Textil	55,2
Calzado y vestimenta	50,3
Industria del cuero	64,1
Maquinaria y aparatos eléctricos	50,4
Comercio por menor de vestimenta, hogar, vehículos, etc.	49,9
Servicios prestados al público y a las empresas comerciales	71,1

Fuente: Melgar y Teja, 1986.

taron en diversas formas de trabajo, hoy día llamado informal, respondiendo a la estrategia de suplir el ingreso masculino ya que la desocupación había afectado principalmente a los hombres.

Según un análisis realizado en Chile (PREALC, 1977), frente a la desocupación masculina y el rechazo de los hombres a aceptar cualquier trabajo en tanto se consideraban con *oficio*, las mujeres desplegaron diversas actividades, desde la venta callejera, pasando por el servicio doméstico o intercambiando trabajo por alimento para garantizar la sobrevivencia familiar.

Estudios basados en testimonios de mujeres aportan al conocimiento de las estrategias desplegadas por ellas para garantizar la reproducción social y el mantenimiento cotidiano de la fuerza de trabajo en condiciones de alta cesantía masculina. Se evidencia que las mujeres entran a desempeñar múltiples actividades en contextos y trabajos considerados "de mujer".

La segmentación del mercado de empleo y la tipificación sexual de los roles ocupacionales —y también de contextos de acción— contribuyen a que en períodos recessivos las mujeres logren ocupaciones que aparecen como "no adecuadas" para los hombres, tanto desde su perspectiva como la de sus potenciales empleadores (Raczynski y Serrano, 1985). Un caso particular de este tipo de segmentación corresponde al servicio doméstico, tanto de parte de la oferta como de la demanda de trabajo (Moser, 1981).

Justamente, entre 1981-1982, se observa que frente al crecimiento de la desocupación, la respuesta laboral de la mujer en Montevideo se orienta hacia la ocupación "de refugio": el servicio doméstico. En este bienio, las postulantes al servicio doméstico en Montevideo pasan de 11.565 a 23.256 (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1983). Simultáneamente, la crisis de los ochenta había afectado a los hogares de sectores medios. En consecuencia, el incremento

de la oferta no encontró una demanda correspondiente, lo que incidió en el coeficiente de colocaciones que baja de 26 a 13 entre 1981-1982.

La problemática de las mujeres de los sectores populares urbanos se repite en los diversos países en situaciones de crisis.

Como se ha señalado, "la experiencia histórica de los países de América Latina sugiere que las mujeres son las que tienen mayores opciones de conseguir una actividad por cuenta propia por su condición de subordinación que las encajona en actividades que son estereotipos de su papel femenino (lavar, planchar, prestar servicios domésticos, coser y bordar a domicilio) y les permite no salir del hogar (...)" (De Barbieri y Oliveira, 1987). Agregáramos a esta lista el servicio doméstico fuera de su propio hogar.

En una investigación realizada en Montevideo, en 1982, el encargado de una "bolsa de trabajo", refiriéndose a la situación de la oferta, informaba que "Actualmente (1982) se presentan por día alrededor de diez personas a solicitar trabajo de las cuales ocho son mujeres. Las mujeres que piden empleo son las que han perdido un trabajo anterior y las que salen a trabajar por primera vez por problemas familiares. Algunas son mujeres que antes habían trabajado hasta en oficinas y hoy se ofrecen para trabajar en cualquier cosa (...). Los ofrecimientos de empleo que hay son para domésticas, para trabajos de limpieza y cuidado de niños" (Prates, 1983b).

En el período del "crecimiento prestado" con la expansión manufacturera, el trabajo fabril a domicilio tuvo gran relevancia en ramas como la confección, los tejidos de punto (Lovesio, 1986), el calzado. La situación de las trabajadoras domiciliarias en el calzado, en 1982-1983 era de desempleo específico, insertándose en diferentes actividades desde "cuenta propia" hasta el servicio doméstico (Prates, 1987).

En conclusión, lo que deseamos señalar es que la tasa de actividad creciente de la mujer y el menor ritmo de crecimiento de su desocupación encubrió en gran parte un proceso de informalización. Ello no significa que el crecimiento de la actividad femenina, en este período, se limitó a un desempeño bajo relaciones informales de trabajo. Existió, y existe, una demanda por trabajo "formal" femenino, entre otros aspectos porque la mujer viene presentando crecientes niveles de calificación formal y se la remunera por debajo del nivel salarial masculino. En pleno proceso recessivo, 1983, el salario hora promedio femenino según rama oscilaba entre un 49,9% y 71,1% del correspondiente masculino.

¿Cómo interpretar esta creciente propensión de la mujer al trabajo remunerado, dadas las condiciones sumergidas del mismo? En particular, ¿cómo interpretar su creciente propensión al trabajo remunerado en un contexto de crisis?

Parte de la explicación creemos que se puede atribuir al comportamiento del trabajador adicional, buscando compensar el deterioro del salario real. Sin embargo, nos parece que la misma es insuficiente.

Las mujeres durante el período más duro de la dictadura, que también fue

Cuadro 7

Ingresos del trabajo por sexo según intervalos de ingreso. 1985

(Porcentaje)

Ingreso	H	M
Menos de 10.000	43,5	70,7
10.001 a 20.000	34,1	23,6
20.001 a 50.000	9,3	5,4
50.001 a 100.000	2,4	0,3
+ de 100.000	0,1	0,0
Total	100	100

Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos.

el del primer impacto de un deterioro del nivel y de la calidad de vida históricamente experimentada, asumieron roles protagónicos, aun cuando socialmente invisibles, desde la esfera doméstica.

La política, negada como espacio de todos, se recluyó a la esfera doméstica y del vecindario. Frente al intento de desclasamiento de amplios sectores populares, por el gobierno militar, las mujeres no sólo salieron al mercado de empleo, también organizaron formas de resistencia silenciosa. Cooperativas "informales" de consumo y ollas populares; transformación del locus doméstico en locus político. Muchas se integraron a redes solidarias con las familias de los presos políticos y exiliados. Su papel único de esposa y madre fue cuestionado por la nueva práctica cotidiana que imponía la dictadura. La sociedad se politizó y la política se socializó (Prates, 1984) y los grupos sociales, y las mujeres en ellos, resolvieron garantizar no sólo su reproducción social, sino su derecho ciudadano. Las mujeres entraron desde lo doméstico a lo público.

La incorporación de lo político, de la participación social, tanto a través del trabajo remunerado como en las organizaciones de vecindario del período de la crisis social con crecimiento económico y la emergencia de un discurso feminista desde las mujeres de los sectores medios y profesionales y de las desexiliadas impactarán, sin duda alguna, en el crecimiento de la propensión de la mujer al trabajo remunerado. Cabe añadir que el nivel de capacitación formal de las mujeres se ha incrementado persistentemente a lo largo de dos décadas: la tasa de incremento de las mujeres con más de 15 años de escolaridad fue del 1,06%, mientras la de los hombres fue de 0,68 entre 1963-1975. Igualmente, entre 1968-1973 crece el egreso universitario femenino en carreras diversas a la vez que se incrementa el ingreso universitario (Lovesio, 1985).

En otras palabras, no sólo las mujeres se calificaron más, trabajaron más, sino que desde la esfera doméstica alcanzaron los contenidos y la dinámica del mundo político, del mundo ciudadano.

Este conjunto de factores sugieren que la participación laboral de la mujer es ya un aspecto estructural de la dinámica económica y social del Uruguay actual. Sin embargo, hay que tener presente que la mayor inserción de la mujer en el mercado de trabajo no le ha significado ingresos salariales equivalentes a los masculinos. Tampoco esta mayor participación se ha traducido aún en una remoción de la división sexual del trabajo en la familia y en el mercado de empleo.

En efecto, en la tercera subetapa que aquí consideramos, de reactivación económica, leve recuperación del salario real y de funcionamiento del sistema democrático de gobierno, se verifica que las mujeres siguen en una situación subprivilegiada en el mercado de empleo.

Por un lado, la tasa de desocupación femenina sigue siendo muy alta: entre 1985 y 1986 con una tasa de actividad de 45% y constituyendo en 1985 el 42,3% de la PEA, la desocupación femenina fue un 66,7% y un 75% más alta que la masculina, respectivamente.

Con relación a los ingresos derivados del trabajo, las mujeres en el tramo de ingreso más bajo eran el 70,7% del total, mientras los hombres en este mismo estrato representaban el 43,5% de los ocupados.

Estos diferenciales de ingreso guardan relación, por una parte, con la distinta inserción de las mujeres en los diversos sectores de la economía.

El empleo femenino se concentra básicamente en tres ramas: industrias manufactureras, comercio y servicios personales, comunales y sociales. En estas tres ramas se concentra el 88,7% del empleo femenino, correspondiéndole a los servicios personales, sociales y comerciales el 52%.

Aún más, al interior de la industria manufacturera, en una rama predominantemente femenina como la textil, las tareas definidas como "femeninas" —explícitamente— en los convenios salariales vigentes al momento están localizadas en categorías salariales inferiores a las masculinas o a las que no tienen identificación según sexo, aun en categorías iguales de calificación como medio-oficiales u oficiales².

Se ha observado, en el marco de una tendencia general hacia la informalización del empleo en Uruguay, que la relación asalariada/informal entre 1968 y 1986 pasó de un 2,1 a 1,2, o sea en 1986 para cada asalariada existe una "informal" ocupada (Aguirre y Méndez, 1987b).

² Estos datos constituyen resultados preliminares de una investigación en curso en el Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de la República, sobre la estructuración por género del empleo y del salario (Prates, Prat y Supervielle).

En este sentido, parecería haber diferencias con relación a la dinámica del empleo en Brasil de acuerdo al análisis de Spindel.

Cabe añadir que la mayor participación de la mujer en la fuerza de trabajo no ha significado una remoción de la división sexual del trabajo en las actividades reproductivas.

En efecto, en 1985 el 41% de las mujeres que se hallaban incluidas en la fuerza de trabajo se desempeñaban simultáneamente en tareas del hogar (Aguirre y Méndez, 1987a). Es evidente que si se desagregara este 41% de acuerdo a relación de parentesco con el jefe de hogar, la proporción de cónyuges y jefas de hogar con doble jornada se incrementaría notablemente.

De cualquier forma, es importante para finalizar este análisis, considerar que en el marco no de una crisis, sino de un proceso de crisis, con diferentes tonos y perspectivas, la respuesta de las mujeres ha sido volcarse a lo público, organizarse e, incluso experimentando una posición subprivilegiada en el mercado laboral, mantener en él su participación.

Consideraciones finales

El análisis realizado evidenció que la actividad femenina de mercado ha crecido sostenidamente, en Montevideo, a lo largo de los últimos trece años, en coyunturas sucesivas de crecimiento, recesión y reactivación de la economía.

Esta trayectoria plantea interrogantes relativas a aquellas hipótesis de carácter puramente económico que, o bien sostienen que las mujeres ingresan al mercado de empleo en períodos de expansión de la economía para retirarse en las coyunturas recesivas, o bien que las mujeres integran la fuerza de trabajo asumiendo la conducta del "trabajador adicional".

En el caso uruguayo, parecería que la exclusiva consideración de factores económicos es insuficiente para interpretar las tendencias del comportamiento laboral femenino.

Con ello no se niega la importancia de estos factores en el desencadenamiento de un proceso de crisis. Pero, justamente, se entiende que las últimas tres décadas de Uruguay estuvieron marcadas por una sucesión o articulación de crisis que presentan diferentes dimensiones, tienen diferentes implicaciones e impactos diferenciales en la transformación de comportamientos sociales.

El largo proceso de estancamiento de la economía (1955-1973) y la subsiguiente crisis política de 1971-1973, inducen ambas a partir de 1973 una crisis sociocultural que afecta las motivaciones referidas al desempeño ocupacional femenino.

Es en el ámbito de la redefinición de la cotidianidad de los grupos sociales, ámbito profundamente alterado por la sucesión de las crisis articuladas, y en la redefinición del rol del Estado en los setenta que niega su papel previo de

representante de la ciudadanía para actuar como un "capitalista colectivo" asegurando las condiciones de valorización y realización del capital, que la perspectiva de las mujeres respecto a su desempeño ocupacional se transforma.

La hipótesis que aquí se maneja es que este cambio estuvo crecientemente orientado hacia una evaluación del trabajo remunerado, ya no como actividad secundaria o transitoria.

En rigor, se sostiene que la participación de la mujer en el trabajo de mercado ha asumido un carácter irreversible. La crisis no se redujo a la dinámica de la economía, sino que incluyó otros aspectos que son expresión de la misma crisis.

En el análisis realizado se señaló el efecto de la emigración internacional sobre el mantenimiento de la reserva flotante de trabajadores masculinos. Aun cuando se estime que el nivel de la emigración internacional bajó con respecto al período 1968-1975, la misma constituye, todavía, un rasgo central de la dinámica sociodemográfica del país. Al respecto es importante considerar que el índice de masculinidad de la población montevideana bajó aún más, en 1985, con respecto a 1975.

Simultáneamente, la reserva de fuerza de trabajo rural tiende a agotarse ya que la población rural sigue decreciendo en términos absolutos, situándose al presente en alrededor del 15% de la población total.

El agotamiento de la reserva de trabajo latente en las esferas precapitalistas del sector rural plantea la necesidad del capital de movilizar la reserva latente en la última esfera precapitalista: la esfera doméstica.

Finalmente, parte significativa de la ocupación femenina corresponde a la de la "reserva de trabajo estancada", integrada por trabajadoras activas pero con ocupación irregular y cuyos niveles de remuneración descienden por debajo del nivel normal de la clase obrera.

El trabajo domiciliario y otras categorías laborales que se hallan bajo relaciones informales de trabajo constituyen justamente una porción significativa de esta reserva y en ella se concentran mujeres.

El impulso a la diversificación de exportaciones, resultante del shock petrolero de los setenta y de la recesión de los ochenta ha acrecentado la demanda de fuerza de trabajo barata, tanto para las manufacturas basadas en el trabajo domiciliario como en el fabril y la mujer parece ser una candidata por excelencia para estas actividades, dadas las características de las manufacturas de exportación que exigen "dedos hábiles" y dada la remuneración que perciben las mujeres, lo que aumenta la competitividad del producto.

El creciente proceso de incorporación de la mujer al trabajo de mercado y la salarización de parte importante de las trabajadoras en este proceso de crisis, parece venir estimulando un proceso de individuación de la mujer que permitiría sedimentar un proceso de redefinición de la identidad femenina constituida ahora en sus propias bases y distanciándose, por tanto, de una "identidad relacional" referida a los status derivados de sus relaciones de parentesco, en

particular con los miembros masculinos de su grupo primario.

No se pretende aquí establecer una relación mecánica entre trabajo de mercado y autonomía femenina. Por el contrario, aquí se afirma que el trabajo de mercado femenino presenta condiciones en Uruguay capaces de estimular procesos liberadores de la mujer y de asumir una tendencia irreversible, porque define su dinámica en el entorno de una sociedad que experimentó un proceso de intenso desquiciamiento, de ruptura de manos de referencia y grupos de participación.

En estas circunstancias, las mujeres vienen demostrando una creciente capacidad de organización, en tanto la ruptura de la atomización del mundo doméstico que supone el trabajo de mercado les permite alcanzar referentes colectivos alternativos y percibir las formas de discriminación genérica que hacen a la posibilidad de un "nosotras".

En diferentes espacios vienen asumiendo reivindicaciones de género y proponiendo para que las formas organizadas de representación colectiva —sobre todo partidos políticos y sindicatos— incorporen demandas de género y reconozcan un espacio legítimo de acción femenina.

En la transformación social, que supone un proceso de crisis, las mujeres organizadas en Uruguay vienen asumiendo una posición cuestionadora, que propugna la no discriminación laboral y el establecimiento de relaciones sociales no jerárquicas y basadas en la reciprocidad.

Desde luego, lo que aquí se concluye no responde a un movimiento social amplio y organizado, sino a la erupción de múltiples grupos que tienen, sin embargo, referentes comunes.

La emergencia de prácticas y discursos conjuntos orientados a la remoción de la división primaria del trabajo, la división sexual, en términos no igualitarios plantea, en su horizonte, la búsqueda de la satisfacción de las necesidades sociales radicales, plantea la búsqueda del reino de la libertad superando el de la necesidad.

Bibliografía

- Aguirre, R. y Méndez, E. (1987a): *La mujer en el mercado de trabajo en Montevideo*, CIEDUR, Montevideo.
- Aguirre, R. y Méndez, E. (1987b): *El trabajo informal urbano en Uruguay: una aproximación a través del análisis de las Encuestas de Hogares*, CIEDUR, Montevideo.
- Banerjee, N. (1981): "The weakest link" en *Women and the informal sector*, IDS Bulletin, 12 (3), University of Sussex.
- Bucheli, M. y Rossi, M. (1987): *Discriminación laboral contra la mujer*, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Universidad de la República, Montevideo.
- De Barbieri, T. y Oliveira de, O. (1987): *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*, CIPAF, Ed. Buho, Santo Domingo, República Dominicana.
- Elson, D. y Pearson, R. (1980): "The latest phase of the internationalization of capital and its implications for women in the Third World", Discussion Paper IDS, University of Sussex.

Filgueira, C. y Genneletti, C. (1981): "Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina", *Cuadernos de la CEPAL*, N.º 31, Santiago de Chile.

Filgueira, C. (1987): *Consecuencias sociales de la crisis: herencias y desafíos para el nuevo orden democrático uruguayo*, CEPAL, L.C/R 560.

Habermas, J. (1975): *Legitimation Crisis*, Beacon Press.

Lovesio, B. (1985): "Perfil educativo de la mujer uruguayo: elementos para un diagnóstico. 1963-1975", *Documentos Ocasionales*, N.º 6, GRECMU, Montevideo.

Lovesio, B. (1986): "Las trabajadoras domiciliarias, ¿artesanas o asalariadas?" en *Mujer y trabajo en América Latina*, GRECMU-EBO, Montevideo.

Macadar, L. (1982): *Uruguay 1974-1980. ¿Un nuevo ensayo de reajuste económico?*, EBO, Montevideo.

Melgar, A. y Villalobos, F. (1985): *La desigualdad como estrategia*, CLAEH, EBO, Montevideo.

Melgar, A. y Teja, A. (1986): "Participación de la mujer en el mercado de trabajo e ingresos salariales femeninos" en *Mujer y trabajo en América Latina*, GRECMU-EBO, Montevideo.

Melgar, A. (1987): "El mercado de trabajo en el Uruguay. Recesión y reactivación", documento presentado al seminario "Mercado de trabajo en el Uruguay", CINVE, Montevideo.

Milkman, R. (1976): "Women's work and economic crisis: some lessons from the great depression", *Review of Radical Political Economics*, N.º 8 (1).

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1983): "Informe Especial N.º 44", Dirección Nacional de Recursos Humanos, Montevideo.

Moser, C. (1981): "Surviving in the suburbs" en *Women and the Informal Sector*, IDS Bulletin, N.º 12 (3), University of Sussex.

Prates, S. y Taglioretti, C. (1980): "Participación de la mujer en el mercado de trabajo uruguayo: características básicas y evolución reciente", en *Cuadernos CIESU*, N.º 27, CIESU, Montevideo.

Prates, S. (1983a): "El trabajo de la mujer en una época de crisis (o cuando se pierde ganando)" en *La mujer en el Uruguay: ayer y hoy*, GRECMU-EBO, Montevideo.

Prates, S. (1983b): "Organizaciones de apoyo a la mujer pobre en Montevideo: ¿solución o reforzamiento de la postergación?", *Documentos Ocasionales*, N.º 1, GRECMU, Montevideo.

Prates, S. (1984): "Cambios estructurales y movimientos populares: reflexiones sobre la concertación social en el Uruguay posautoritario" en *Enfoques sobre la concertación*, CIESU-EBO, Montevideo.

Prates, S. y Rodríguez Villasmil, S. (1985): "Los movimientos sociales de mujeres en la transición a la democracia" en Filgueira, C. (comp.): *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*, CLACSO-CIESU-EBO, Montevideo.

PREALC (1977a): "Efecto ocupacional de la promoción de exportaciones en el Uruguay", Documento 112.

PREALC (1977b): "La búsqueda de trabajo y los mecanismos de sobrevivencia de los desocupados en el Gran Santiago", Documento 117.

Raczynski, D. y Serrano, C. (1985): *Vivir la pobreza: testimonios de mujeres*, CIEPLAN, Pispal, Santiago de Chile.

Ricaldoni, S.; Santías, J. y Silva, L. (1975): *El Régimen de Promoción Industrial: análisis del régimen de la Ley N.º 14.178 y sus vinculaciones con las inserciones extranjeras*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

Simeral, M. (1978): "Women and the reserve army of labor", *The Insurgent Sociologist*, Vol. VIII, N.ºs II y III.

Spindel, C. (s/f): *A mulher frente a crise econômica dos anos 80: novas reflexões sobre un velho tema*, Instituto de Estudos Econômicos, Sociais y Políticos de Sao Paulo, Sao Paulo.

Terra, J.P. y Hoppenhaym (1986): *La infancia en el Uruguay. 1973-1984*, CLAEH, Montevideo.

Mujeres de sectores populares urbanos en Santiago de Chile

Claudia Serrano M.

El modelo económico del gobierno militar no es un simple modelo de ajuste, de correcciones, de medidas estabilizadoras. La concepción del Estado según un principio de subsidiariedad, sumada a un criterio asignador de recursos librado al mercado, conduce en los últimos años a una redefinición económica de gran significación. Se privatiza la economía, algunas importantes empresas estatales y la seguridad social; se eliminan protecciones a los trabajadores, se realizan reformas en la administración interior del Estado, se descentraliza, se traspasan colegios y consultorios a la administración municipal. Se ponen en práctica cambios de significado muy profundo, que comienzan a dibujar el borrador de una nueva sociedad.

En los primeros años se trató de estabilizar, disminuir el gasto público y fiscal; sanear la economía. A las medidas relacionadas con estos esfuerzos se asocian, por entonces, muy altas tasas de cesantía. Más tarde se trata de reorientar la actividad productiva hacia aquellas actividades con ventajas comparativas y capacidad de competir a nivel internacional. Pero el problema del desempleo continúa y la política social debe enfrentar la necesidad de paliar los efectos de la crisis: el apoyo estatal cambia de perfil, el Estado ayudará mediante subsidios directos a los sectores en extrema pobreza.

Entre 1974 y 1984 las tasas de desempleo triplican las prevalecientes en la década del sesenta. La recesión del año 1982 produce un duro impacto a la economía nacional. La cesantía llega a una magnitud de 31%, a nivel nacional, pero en las poblaciones alcanza a un 80%. El producto interno bruto cae en un 17%. Las características del desempleo de estos años indican que no sólo la cantidad de personas sin trabajo fue extraordinariamente alta, sino que además el período de duración de la cesantía fue mayor. En los años siguientes la situación empieza a mejorar. Sin embargo, parte de esta recuperación corresponde a una reubicación de los trabajadores en empleos de menor actividad, autogenerados e informales.

El problema del desempleo golpea más severamente a los estratos más

pobres. Es más grande la cesantía en estos sectores y mayor la caída en el nivel de vida como resultado de una distribución concentradora del ingreso. Mientras el 20% más rico de la población aumenta su nivel de consumo, las familias más pobres han orientado el mismo exclusivamente a alimentación, abandonando prácticamente los otros ítems de gasto. Y aun así, ni siquiera logran cubrir las necesidades alimenticias. Diversos estudios basados en muestras pequeñas en sectores populares en la ciudad de Santiago, durante los años 1983 al 1985 confirman la caída del gasto familiar. Más de dos tercios (esto es, alrededor del 70%) de los hogares consumen menos calorías que las que la FAO/OMS define como diariamente recomendables. Cifras de estos estudios señalan que más de un 63% de los hogares en una comuna de la Región Metropolitana disponían de ingresos inferiores al mínimo necesario para comprar una canasta familiar básica.

En materia de programas públicos sociales también ha habido un impacto negativo sobre los sectores más pobres. El Estado ha debido aplicar un set de medidas paliativas que constituyen la "red de apoyo". Se trata de un conjunto de programas asistenciales, tales como el subsidio de cesantía, programas de empleo de emergencia, subsidio familiar para personas de escasos recursos, programa de alimentación complementaria y otros. Estos programas no cubren las pérdidas en salud, vivienda, educación, trabajo, previsión, alimentación, vestuario, recreación y otros.

La situación de crisis económica y social ha trascendido largamente los límites de una "coyuntura crítica". La imposición del modelo económico liberal en Chile configura un marco en el cual el empobrecimiento de los sectores populares constituye una situación que ha dejado de ser parte del ajuste para asumir rasgos de permanencia.

Esto ha significado que determinados comportamientos que aparecieron como resultado de la crisis, acciones de emergencia que en su origen eran iniciativas innovadoras y desesperadas para asegurar la sobrevivencia, hoy día son una manera de vida que estructura identidades y visiones de mundo de los sectores populares. Estos comportamientos comprenden al conjunto de los sectores populares, pero descansan de manera muy importante sobre la mujer. Todos los estudios se han encontrado con el peso y el protagonismo que asume la mujer como soporte y actriz principal de una situación de vida que se ha visto redefinida por las nuevas pautas de inserción de los sectores más pobres en la vida social.

El impacto de las nuevas condiciones socioeconómicas se hace sentir en lo personal y familiar, el lo grupal y colectivo y en la relación de la población más pobre con el Estado. En estas tres áreas, que dicen relación con la organización doméstica y la capacidad de generar ingresos, la constitución de grupos poblacionales relacionados con las necesidades básicas y la dependencia de los sectores más pobres de la red social estatal para la pobreza extrema, la mujer es una

actriz central. Al interior del hogar es ella quien articula los comportamientos que permiten estirar los escasos recursos. Simultáneamente, logra generar algún ingreso realizando pequeñas tareas y trabajos tanto sola —lavados, aseos, comercio casero— como en grupo, en talleres productivos. A nivel colectivo, es fundamentalmente la mujer la que participa en las organizaciones y grupos que han proliferado en los sectores populares. En torno a la relación con el Estado, es la mujer quien se dirige al municipio, gestiona los trámites y consigue subsidios. En estas tres áreas se juega la sobrevivencia de la familia popular. En las tres el papel de la mujer resulta decisivo. Este documento se detiene en el comportamiento de la mujer en estos tres niveles y las implicancias que ello tiene, tanto para ella como para la familia y el conjunto de los sectores populares.

Papel de la mujer en la organización doméstica

En el curso del año 1983, cuando los efectos de la crisis económica sobre el empleo eran desoladores, se realizó un estudio en profundidad para evaluar el impacto de esta situación sobre familias de cesantes, de ex-obreros que tuvieron en el pasado una situación laboral estable. Ese estudio permitió demostrar que la sobrevivencia del grupo familiar descansa sobre los comportamientos y recursos que la mujer es capaz de movilizar. Cuando el dinero es casi nulo son los recursos no monetarios para la satisfacción de necesidades los que permiten enfrentar la situación de crisis (Raczynsky y Serrano, 1985).

El impacto de la crisis económica sobre familias en situación de cesantía prolongada obliga a las personas a modificar sus comportamientos. La primera acción es una búsqueda infructuosa de empleo por parte del hombre jefe de hogar. Al inicio del período él intenta conectarse con actividades relacionadas con su oficio y especialidad, pero debe conformarse con trabajos por horas esporádicos e inestables. En ocasiones, y venciendo un rechazo inicial ("por dignidad"), se emplea en los planes de empleo de emergencia municipales.

El hombre no logra reunir el ingreso necesario para satisfacer las necesidades familiares. La mujer entonces inicia o intensifica comportamientos orientados a la generación de ingreso. Sus posibilidades se ven limitadas por la presencia de hijos pequeños. Realiza actividades de jornada parcial, irregulares, inestables y que generan montos muy reducidos de ingreso: costura, tejido, lavado, servicio doméstico, venta de cigarrillos sueltos, de volantines, de cubos de hielo y similares.

Otra alternativa es participar junto a otras mujeres en grupos y talleres productivos de tejido, costura, ropa de trabajo, juguetes, artesanías, madera y otros. (La proliferación de grupos y talleres relacionados con la satisfacción de necesidades básicas y la participación de la mujer en ellos será retomada más adelante).

La mujer debe compatibilizar las actividades orientadas a obtener ingresos con el conjunto de sus tareas domésticas habituales. Si bien el pequeño comercio casero no altera sus otras actividades, las numerosas mujeres que cosen y tejen para vender, tienen dificultades para encontrar tiempo durante el día para estas tareas y prolongan en la noche su jornada de actividad.

A pesar de los esfuerzos por obtener ingresos, no se alcanza a conseguir el mínimo requerido. En una situación relativamente normal de empleo, el papel del hombre como proveedor de recursos materiales (ingresos) se suma al rol femenino de organización doméstica y la combinación de ambos aportes redunda en la capacidad familiar de resolver las necesidades de vida. La crisis que disminuye fuertemente el ingreso y el papel masculino en la estrategia familiar de vida hace descansar en la mujer y en la esfera doméstica la reproducción del grupo. La caída en el ingreso cambia la organización y las rutinas domésticas. Se dejan de pagar las cuentas. Primero el dividendo, si se tenía propiedad del sitio; luego la luz y, por último, el agua. ¿Qué significa esto para la mujer? Si ya no tiene luz, cocina, el anafe eléctrico o a leña. La tarea de preparar alimentos se hace más complicada e implica más trabajo. Si posee cocina y balón de gas, en ocasiones los vende. Comienza a vender o a empeñar los bienes que había logrado tener. No sólo la cocina, refrigerador y plancha, sus bienes más caros; sino también servicios, vajilla, ropa, muebles, materiales para arreglar la casa y otros.

Ya no se repone lo que se gasta. Esto incluye ropa y zapatos, material para la educación de los hijos, arreglos de la casa y su equipamiento. No hay dinero para la locomoción. Se gastan los zapatos en las caminatas buscando empleo, y ya no es posible reponerlos. A veces no hay dinero para sacar la cédula de identidad que permite postular a los subsidios municipales.

En lo único que se gasta es en alimento. Sin embargo, cambia lo que se compra, dónde se compra y los montos. En el pasado, los alimentos perecibles se compraban cada 15 días o una vez al mes. Para ello la mujer se dirigía a supermercados y centros de abastecimiento donde la compra resultaba más barata. Actualmente, con el escaso dinero con que se cuenta y la irregularidad con que la mujer lo obtiene, sólo puede adquirir cantidades pequeñas en el almacén de la población. Se ve obligada a pagar precios más altos, pero obtiene algunas ventajas: no paga locomoción, compra de a puñados, lo justo para el almuerzo. Si cuenta con la confianza del dueño, puede comprar al fiado.

El conjunto de estos cambios hace dramáticamente más difícil la labor de la mujer. La secuencia de pequeñas decisiones diarias se hace más y más tensa y angustiosa. Las mujeres explícitamente señalan destinar parte de su tiempo a "pensar la comida", decidir qué hacer. Se come mal y la mujer lo sabe, lo que la desespera porque los hijos no se alimentan bien.

Muchos pequeños factores reducen sus posibilidades y opciones. Por ejemplo, si la vivienda "cuelga" del alumbrado público, está sujeta a cortes frecuentes durante el día y no se puede por tanto cocinar a la hora deseada. Si la mujer

cocina a leña debe agregar a sus tareas la búsqueda del combustible; si le han cortado el agua por no pago depende de la buena voluntad de las vecinas para llenar y acarrear *chujicos* y bidones.

La solidaridad entre parientes y vecinas es parte de las estrategias de vida. Se intercambian información, bienes, servicios y montos pequeños de dinero. Los estudios sobre estas relaciones de cooperación y ayuda han demostrado una necesaria similitud de carencias que hacen del intercambio una relación horizontal basada en la confianza mutua. Esto es así entre vecinas y parientes, pero no entre padres e hijos. La ayuda de la madre y/o la suegra puede resultar decisiva. Esta no es principalmente material, sino de acompañamiento y servicio. A veces se alimenta a los nietos; en ocasiones se los recibe en permanencia. La abuela reemplaza a la madre en sus ausencias, la apoya y aconseja. Esto sucede siempre que viva cerca. Si no es así, la familia no se visita frecuentemente. Cada vez sale menos de la población y restringe el radio de sus acciones.

Las mujeres y los hombres han construido circuitos de relaciones de ayuda que son diferentes para uno y otro. La red de los hombres apoya la búsqueda de trabajo y se concentra en amigos, ex-compañeros de trabajo y familiares. La red de las mujeres incluye a personas que viven cerca y apoya la realización cotidiana de las tareas domésticas.

Entre las formas de cooperación se encuentran comportamientos referidos a cambios en la composición de las familias: se envía a algunos de los hijos a criarse con alguna otra familia, en general emparentada, que tiene una situación más holgada y que no vive en la población. Por el otro lado, es frecuente que se reciba en el hogar a parientes, ya sea por necesidad de éstos o por la voluntad de compartir gastos.

El allegamiento de las nuevas parejas que no tienen trabajo ni solución habitacional ha llegado a ser uno de los problemas sociales masivamente detectados en las poblaciones de la ciudad de Santiago. La nueva pareja instala su *mediagua* en el sitio o, a veces, ocupa una pieza al interior de la casa paterna. Esta situación conflictiva para la familia de origen y para la nueva familia se torna más tensa cuando los allegados no son parientes y no hay cercanía ni confianza.

Organizaciones y grupos de mujeres referidos a la subsistencia

Una de las consecuencias más notables a nivel de las conductas colectivas ha sido la aparición y persistencia en el tiempo de pequeños grupos de personas, en su mayoría mujeres, reunidas para fines relativos a sus necesidades no satisfechas. Las organizaciones poblacionales de mujeres no son nuevas, pero sí sustantivamente diferentes. Los centros de madres existen desde los años cincuenta. Las mujeres se reunían en estos centros para realizar costuras, tejidos,

capacitarse en materias referidas a su rol doméstico, cuidado de los niños, cocina, etc. Estos centros continúan existiendo en ese formato. Representan también beneficios para las socias, por el abaratamiento de ciertos productos, algunas donaciones, acceso a sistemas de compra que significan menores precios y algún crédito u otras ventajas. Sin embargo, la experiencia más masiva y significativa de organización colectiva de mujeres se centra en grupos de mujeres organizadas para la satisfacción de necesidades básicas en materias de alimentación, salud, vivienda, talleres productivos y otros. Estas iniciativas, que surgen por necesidad y emergencia, tienden a permanecer, a tomarse muy importantes para la mujer por razones que van más allá del beneficio material que reportan. Valoración, autoestima, ruptura de aislamiento y soledad, capacidad de aprender, de decidir, de proponer y de compartir con otras mujeres son cuestiones centrales para las participantes. A menudo esta participación se ve acompañada con capacitación de orientación más psicológica y de apoyo personal que las mismas mujeres promueven una vez iniciado un camino de desarrollo personal. Es así como surgen talleres de sexualidad, expresión corporal, relación madre-hija y otros.

Los objetivos y actividades de los grupos son variados pero todos tienen en común el motor original de la necesidad básica no satisfecha. Nacen vinculados a la Iglesia, a otros organismos no gubernamentales, y los hay también autónomos. Son pequeñas organizaciones de vecinos (dimensión territorial) que actúan colectivamente compartiendo sus escasos recursos y, sobre todo, su trabajo. Su organización se basa en comportamientos solidarios y de cooperación. Constituyen comportamientos organizativos y solidarios. Son, pues, de una orientación diferente a las prácticas individualistas y atomizadoras que en torno al mercado organizan el conjunto de la vida social en el país.

Nacen a principios del período de gobierno militar con los comedores populares y las bolsas de cesantes que surgieron al amparo de la Iglesia para paliar el impacto de la crisis del año setenta y cinco. Con la paulatina recuperación de fines de los ochenta estos grupos y organizaciones tienden a extinguirse, pero reaparecen con la crisis económica de los años 1982-1983 para permanecer hasta hoy. En algunos casos, se suma a la crisis del empleo y la caída de ingresos un factor gatillante —como las inundaciones en 1982, por ejemplo— que obliga a actuar colectivamente y que da origen a las ollas comunes que se mantienen hasta la actualidad. El terremoto en 1985 actúa también como detonante para el dinamismo de los grupos de vivienda. Los primeros grupos se toman ejemplificadores para otros, y el fenómeno se ha instalado en la vida de la población. Pese a que estas organizaciones son altamente sensibles a la situación política, la amenaza y la represión, y a que por sus propias características son inestables y experimentan ciclos de altos y bajos, la respuesta organizada en torno a las necesidades básicas apoyadas en diversas instituciones y principalmente en la Iglesia, es parte del panorama poblacional en la ciudad de Santiago.

En los grupos y organizaciones populares participan mayoritariamente las mujeres. Ellas se orientan a satisfacer necesidades de alimentación, de producción por medio de talleres colectivos de trabajo; de servicios básicos, como salud y vivienda. Finalmente, hay también organizaciones reivindicativas laborales.

Estas organizaciones han sido estudiadas en Chile por el Programa de Economía del Trabajo (PET). Este programa ha realizado un catastro de las organizaciones económicas populares —así las conceptualiza— y ha logrado cuantificarlas y tipificar sus actividades. El catastro del PET contabiliza 1.383 organizaciones económicas populares en la región metropolitana en el año 1986. Estas organizaciones benefician a alrededor de 50 mil familias, esto es, unas 200 mil personas, el 15% de los pobladores. El primer catastro realizado en 1982 señalaba la existencia de 459 organizaciones. Sin duda, éstas han crecido y no sólo en número de grupos, sino también en cuanto al tamaño de cada grupo (Hardy, 1987; Razetto, 1987).

El conjunto mayor de organizaciones se orienta a problemas de consumo alimentario: huertos familiares, ollas comunes, "comprando juntos", comedores. En 1986 se detectan 511 organizaciones de este tipo, compuestas casi exclusivamente por mujeres.

En las organizaciones de corte laboral la mujer tiene también una presencia más significativa que el hombre. En los 415 talleres productivos registrados se realizan tareas asociadas, en general, al rol femenino. La participación de la mujer en ellos se hace compatible con patrones tradicionales respecto a la distribución social de las tareas. El hombre orienta su opción laboral en los ámbitos tradicionales del trabajo, echa mano de su experiencia y calificación previa y participa en circuitos que no se basan, como ocurre en los talleres, en experiencias colectivas y solidarias, flexibles en horarios y cuyos ingresos son pequeños y altamente inestables. En el caso de la mujer, sin embargo, ese ingreso pequeño entra directa e íntegramente al hogar y es un aporte insustituible que ella puede hacer. El catastro del PET detecta 364 talleres. Producen tejidos, vestuario, juguetería (en lana, género y madera), artesanías, textiles (producción de telas, bordados, hilados), construcción, calzado, peluquería, encuadernación. A estos talleres se suman amasanderías populares.

También referidas directamente a la sobrevivencia se encuentran las organizaciones de necesidades sociales, grupos de vivienda y grupos de salud. La presencia femenina es mayoritaria en salud, cuestión que no ocurre en vivienda. Tanto las organizaciones para el consumo como las laboral-productivas y las de servicios sociales, grupos de salud y vivienda, son básicamente de sobrevivencia y autoayuda, y están formadas en alto grado por mujeres (98% de los participantes). Constituyen la gran mayoría de las organizaciones existentes (1.208 respecto de 1.383 organizaciones). Las actividades de estos grupos se relacionan estrechamente con las tradicionalmente prescritas para la mujer, en torno al mundo doméstico, los hijos y la actitud de supervivencia. Están directamente

referidas a las necesidades de mantenimiento cotidiano del grupo familiar. La mujer participa menos en las actividades más reivindicativas. Estas alcanzan a 175 organizaciones laboral-reivindicativas.

La masiva participación de las mujeres en las organizaciones populares obedece al tipo de organización y a los objetivos que se propone: satisfacer urgentes necesidades de índole doméstico-familiar, facilitadas por horarios de reuniones posibles para las mujeres, por el lugar de trabajo o actividad: (la casa o el vecindario), por el tipo de comportamiento involucrado, no atentatorio contra el modelo cultural y las pautas que impone para roles de hombre y mujer.

La mujer de escasos recursos frente al Estado y la municipalidad

La crisis económica y los cambios en términos de la orientación del gasto social y el papel del Estado en materia de política pública influyen fuertemente sobre las familias populares y, en particular, producen cambios en la relación del Estado con la mujer a través del acceso de ésta a los servicios. Hoy en día la política social se ejecuta a nivel municipal. Es la mujer la que por excelencia se vincula al municipio y a través de él; la que es beneficiaria principal de la política social.

El empobrecimiento de la población ha incidido sobre las decisiones en materia de una política social asistencial y paliativa, focalizada hacia los grupos más pobres. Esta política se ejecuta a través de los municipios, los cuales, con la reforma político-administrativa, fueron dotados de mayores atribuciones y responsabilidades, así como de recursos, para la planificación del desarrollo local.

En el Chile presente, en consecuencia, la relación concreta de la mujer con el Estado y con la política pública se realiza en el espacio local y se encuentra mediatizada por el municipio. Tanto en "la red social de gobierno", definida a nivel de gobierno central y administrada a nivel municipal, como en los programas sociales específicos que se desarrollan a nivel municipal, las mujeres son agentes clave. En el pasado esta situación era diferente (Raczynsky y Serrano, 1987). La gestión de la política social estaba más alejada de los beneficiarios, a la vez que sus beneficios se canalizaban en importante medida a través de la población económicamente activa (mayoritariamente masculina) y su afiliación a la seguridad social.

Veamos en primer lugar la importancia que tiene para la sobrevivencia familiar la red social oficial. Esta consiste en un conjunto de subsidios directos para las personas en extrema pobreza. Para acceder a esos subsidios, los beneficiarios deben probar la situación de pobreza extrema y presentar algunos papeles mínimos. Sin embargo, ambos trámites resultan complejos para algunas familias. El primero porque a familias que en el pasado vivieron mejor les

avergüenza testimoniar públicamente la pobreza. Por ejemplo, hay madres que no quieren que su hijo almuerce en el jardín haciendo uso del programa de alimentación complementaria. Al revés, también ocurre que desesperadamente se intenta calificar como extremadamente pobre para acceder a algún subsidio. Desde el punto de vista de los trámites, a veces no se dispone de la información (¿qué se debe hacer?, ¿a quién recurrir?) o bien de los requisitos, la cédula de identidad o certificado de nacimiento.

Estas son cuestiones que afectan de manera directa a las mujeres. Ellas se relacionan con las asistentes sociales del municipio, realizan las gestiones, consiguen información y papeles. Ellas llevan al niño al consultorio y obtienen un cupo en el jardín infantil. Excepto en relación a los programas de empleo de emergencia, donde participan hombres y mujeres, en el resto de los programas de la red social la presencia femenina es fuertemente mayoritaria.

Otra área de actividad municipal se refiere a los proyectos sociales específicos, que consisten en programas planificados para enfrentar necesidades concretas y determinadas de la población comunal. Una vez más, allí resulta significativa la participación de la mujer, ya sea como beneficiaria directa o como mediadora entre el municipio y la familia. Es ella la que está presente.

Estos proyectos tienen similitudes, en cuanto a los tópicos que cubren, con algunas de las organizaciones autónomas de vecinas y pobladoras. Se realizan proyectos de huertos familiares, talleres productivos, capacitaciones y otros. Naturalmente, puesto que se trata de actividades oficiales no hay ollas comunes, grupos reivindicativos de vivienda o "comprando juntos". A su vez, demás está decirlo, los métodos de trabajo, la toma de decisiones y la manera de participar son básicamente diferentes. No obstante, hay un sustrato común: un conjunto de mujeres actuando por la sobrevivencia en espacios sociales diferentes del marco hogareño y, sin embargo, fuertemente ligados a la reproducción cotidiana del grupo familiar.

Antes de terminar, y como síntesis respecto de la participación de la mujer en los comportamientos cotidianos orientados a superar el impacto de la caída en el nivel de vida y la pobreza, es conveniente señalar que la sobrevivencia de las familias pobres se sustenta en una combinación de comportamientos que cubren cinco campos de acción: están, por una parte, los comportamientos orientados a la obtención de ingresos, tarea a la cual la mujer se incorpora sola o en talleres productivos, agrupada con otras mujeres. Están los arreglos domésticos, es decir, la organización al interior de la familia para maximizar los escasos recursos disponibles y que se refiere a las decisiones de qué se compra, qué se come, cuándo se prepara la comida, etc. La red social informal, las relaciones vecinales y familiares de ayuda son otro recurso a mano para apoyar el conjunto de las acciones cotidianas. La red social oficial y los beneficios materiales suelen ser cruciales. Por último, la participación en formas colectivas de acción para la solución de una o algunas necesidades básicas. Estas acciones se entrelazan e

cuestionada en sus bases reales. Como consecuencia de una larga crisis que no da indicios de desaparecer, la separación entre lo público y lo privado, lo productivo y lo reproductivo, en el caso de las pobladoras, se hace hoy día difusa y prácticamente se extingue al considerar la arena real donde la gente actúa. El barrio o la calle, por ejemplo, ¿es público, es la ciudad, el espacio ciudadano, o es más bien parte del espacio doméstico, donde las mujeres circulan, donde los niños juegan, donde las vecinas se socorren? En el barrio se generan los ingresos, se participa en las organizaciones y grupos, se demanda al municipio. ¿Es público?, ¿es privado? ¿Es espacio masculino?, ¿femenino? Son distinciones que empiezan a desdibujarse.

Antes también, en cierto sentido, el barrio popular presentaba estas características de confundir lo público y lo privado. Sin embargo, nunca como ahora en los sectores poblacionales se dinamizó la organización popular autónoma por la sobrevivencia, nunca fue tan manifiesta la presencia de las mujeres, nunca tan necesaria esta tarea para el mantenimiento del hogar. Nunca el hombre estuvo tan extendidamente desempleado, obligado a generar otras formas de empleo, a autoemplearse, a inventar trabajos con recursos, horarios e ingresos más precarios e inestables y, ciertamente, más vinculados a los circuitos de información y a los recursos materiales y humanos ligados al ámbito poblacional residencial.

El conjunto de las actividades que la mujer realiza ocupa un espacio que no es el privado y doméstico, sino el espacio público. No se trata del "gran espacio público" donde se deciden los destinos nacionales, sino de un espacio público concreto, cercano a la vida cotidiana de las familias, el espacio local. Este espacio se ha visto revalorizado en el marco de un proceso de descentralización estatal que entrega más facultades al municipio y de la acción de grupos residenciales para la resolución de sus problemas. En él, las cuestiones de orden doméstico son temas de interés y de acción colectiva.

En su acción por la satisfacción de las necesidades familiares la mujer se convierte en sujeto político. Es cierto que su campo de acción es restringido al ámbito local, las organizaciones de barrio. Es cierto que sus demandas son referidas a la reproducción material y social de los miembros de su hogar; es cierto que actúa en acuerdo con su rol de madre. Sin embargo, esta es la acción social que surge hoy en día como respuesta a la crisis. Una acción específica, concreta, con demandas cotidianas, con base territorial. Ha surgido un tejido social que es más que una adaptación a la crisis; que contiene elementos que proponen nuevos comportamientos, estrategias, pautas de acción y actores sociales.

Este documento ha pretendido revelar el papel de la mujer. Flota la pregunta, ¿qué pasa con los hombres? Un hecho es claro: erosionadas las bases del mundo del trabajo, la esfera de acción masculina se hace más difusa. El hombre se genera empleo, busca trabajos esporádicos, organiza su vida ligado al mundo

interactúan. Como hemos señalado, el papel de la mujer en cada una de ellas y en el conjunto es central. En definitiva, ella organiza y distribuye en el tiempo y el espacio el peso relativo de cada una, buscando alcanzar la satisfacción de las necesidades familiares.

Notas finales

En los párrafos iniciales de este documento se delinean los rasgos de la crisis económica y su fuerte impacto sobre los sectores populares. La precariedad material ha significado un conjunto de pérdidas materiales y sociales. En el límite, se ha hecho cada vez más estrecho el horizonte territorial y temporal para estos sectores. En lo territorial, ya casi no se sale del radio de la población; las políticas de segregación espacial tienden a concentrar a los sectores de más bajos ingresos en áreas determinadas de la ciudad. En lo temporal, las antiguas esperanzas cifradas en el futuro, la educación, el acceso a un empleo estable y la seguridad laboral, se han esfumado. La confianza en el progreso y en la retribución al esfuerzo se ha visto minada por la experiencia de largos períodos de cesantía; por la imposibilidad para los jóvenes egresados de la enseñanza secundaria de encontrar empleo.

La familia popular enfrenta esta situación por medio de un conjunto de acciones que se han detallado en páginas anteriores. En ellas, la mujer es una pieza clave. Pero para ella, si bien hay retribuciones por una valorización personal, y por la fuerza que da el saber que se pueden hacer cosas nuevas, inventar e imaginar recursos, la consecuencia es de una extrema exigencia, una tensión sin límite, una doble jornada demasiado cargada, una tensión constante. Sólo para aquella que participa en experiencias colectivas de satisfacción de necesidades básicas, hay válvula de escape, gratificación, aprendizaje, capacitación, potencial de crecimiento y respuesta social, visible y propositiva frente a la crisis. La otra, aprisionada por el imperativo de sus necesidades, no alcanza siquiera a darse cuenta del valor de lo que hace para la reproducción de su grupo.

¿Por qué la mujer asume el rol central en la reproducción y la sobrevivencia hoy en día?, ¿por qué el papel de guardiana, defensora de su prole, asume hoy las características que tiene; por qué perdura en el tiempo, por qué se proyecta más allá de una cuestión referida a la propia experiencia y a la propia maternidad? Este es un hecho social de nuestro tiempo, un cambio, una peculiaridad respecto de la cual es necesario investigar más a fondo.

La precariedad del mundo del trabajo y la generación de ingresos ha puesto en juego el rol de proveedor del hombre jefe de hogar, ya sea por la pérdida real del empleo o por la desaparición de la seguridad laboral de la visión de vida de los trabajadores (la amenaza de cesantía está presente a acecha como posible). La configuración de roles "hombre proveedor-mujer dueña de casa" se ve

laboral, pero a un mundo laboral que no es el de antes. Si bien el hombre ha debido vincularse también al ámbito residencial, no está fuertemente enraizado en los comportamientos domésticos y cotidianos. Por ello su "ausencia". Es necesario investigar por medio de estudios de casos tan exhaustivos como los que han permitido el conocimiento de la condición y papel de la mujer, el comportamiento de los hombres y sus acciones en el mundo productivo y laboral. Hay que pensar en el encuentro de ambos y dar pasos para terminar de romper la separación tajante —asociada a roles sexuales— entre lo público y lo privado, lo productivo y lo reproductivo. La experiencia de conductas colectivas de mujeres con asiento territorial y ligadas a su condición de madres por la sobrevivencia de sus grupos empieza a poner en jaque el esquema de roles sexuales y a revelar la importancia central que tiene lo doméstico.

Bibliografía

- Hardy, C. (1987): *Los pobres de la ciudad y sus estrategias de sobrevivencia*, PET, en prensa.
 Raczynski, D. y Serrano, C. (1985): *Vivir la pobreza. Testimonio de mujeres*, CIEPLAN, Pispa.
 Raczynski, D. y C. Serrano (1987): "Descentralización y planificación local: la experiencia de municipios en comunas pobres de Santiago", *Notas técnicas*, CIEPLAN, noviembre.
 Razetto, L. et al. (1987): *Las organizaciones económicas populares*, 2ª edición actualizada, PET.

Cheywa R. Spindel

La idea básica de este trabajo es la de tratar de determinar la magnitud del impacto de la fuerte crisis recesiva del período 1981-1984 sobre el trabajo remunerado de la mujer.

El enfoque analítico propuesto tiene por objeto probar hipótesis que procuran validar tesis apoyadas, generalmente, en el concepto marxista de "ejército de reserva" y/o en los contenidos de las teorías duales (formal/informal; primario/secundario). Estas tesis se refieren a los procesos de discriminación histórico-estructural de la mujer en el mercado de trabajo y su agudización en las coyunturas recesivas. Es decir, se procura demostrar que los niveles de marginalización de la mujer en el mercado de trabajo se acentúan dramáticamente en estos ciclos, no sólo por la disminución brutal de vacantes disponibles para el sexo femenino, sino también por el deterioro de las condiciones salariales y de trabajo en los empleos que se han mantenido.

Para prever y/o explicar la disminución cualitativa y cuantitativa, más que proporcional, de las vacantes femeninas en el mercado de trabajo durante los ciclos recesivos, estas teorías parten de la constatación de una elevación en las tasas de desempleo masculino de la cual deducen un correspondiente aumento de la elasticidad de esta mano de obra. A esta situación se suman los elementos valorativos paradigmáticos inherentes a la "naturaleza" de la mano de obra femenina, histórica y socialmente utilizados para explicar la discriminación de la mujer en el mercado de trabajo (baja productividad, inestabilidad ocupacional, escasa calificación, práctica incipiente, falta de asiduidad, menor resistencia física, etc.), además de las políticas de trabajo proteccionistas y la tesis del "arribo" familiar) para llegar, en una comparación por género, a tipificar —justificando y/o interpretando— la práctica "selectiva" del mercado de trabajo por sexo.

En general, las hipótesis planteadas agregan a la convicción de la "prioridad" concedida a las mujeres en las políticas de despido (accionadas siempre en los ciclos recesivos del capital), la creencia de que la mano de obra femenina es la

última en ser incorporada o reincorporada al proceso de producción cuando la economía retoma su ritmo de crecimiento.

En este análisis se trata de probar la validez de estas hipótesis durante la aguda crisis recesiva de la economía brasileña en los años ochenta, sin ignorar las limitaciones analíticas impuestas tanto por una visión coyuntural como por una aproximación a la realidad por la vía de estadísticas secundarias. En su forma general, este tipo de información y su nivel de agregación no permite captar toda la complejidad de la problemática de la segregación y marginalización ocupacional de la fuerza de trabajo femenina, en la cual actúan e interactúan, en forma dinámica y conflictiva, procesos cuyos mecanismos de reproducción obedecen a criterios establecidos en diferentes esferas de la realidad social.

Aun así, las estadísticas secundarias entregan una serie de informaciones sobre las fluctuaciones del empleo, medidas y avaladas por la esencia misma de las políticas del Estado y por el desempeño de la economía. A su vez, permiten establecer algunos parámetros, además de proveer elementos de ponderación en cuanto a la forma, dimensión y fuerza de los mecanismos políticos, económicos y sociales de los procesos concretos en la evolución del perfil de la mano de obra por género. De todas maneras, debe entenderse que no se puede considerar la segregación sexual como un efecto de las fuerzas del mercado concebidas en forma impersonal, pues esta es consecuencia de una estructura de todas maneras penetrada por valores y normas culturales; tampoco se puede tratar a la estructura de valores como impermeable a los cambios que ocurren en los procesos económicos.

Cualquier proposición para abordar el problema sobre la única base de indicadores político-económicos de la demanda y de su comportamiento debe reconocer sus límites de análisis, debiendo mantener como uno de sus objetivos verificar hasta qué punto es posible avanzar en la comprensión de las alteraciones que sufre la estructura de empleo por género —en las fluctuaciones cíclicas de la economía brasileña— y cuál es el espacio disponible para las interpretaciones de orden valorativo. Es cierto que un trazado más definido de estos límites exige un conocimiento con un alto grado de detalle de las especificidades de los procesos productivos regionales, sectoriales y tecnológicos, así como de la dinámica de los procesos de cambio social, que van mucho más allá de las posibilidades de tiempo y espacio definidos para este trabajo. Sin embargo, nos parece importante tratar de plantear algunas hipótesis de orden más general que podrían servir para animar el debate acerca del tema y estimular análisis más específicos.

Son dos las fuentes estadísticas básicas utilizadas en este trabajo: PNAD (Investigación Nacional por Muestreo Domiciliario) del IBGE, el cual entrega información sobre todos los que se declaran trabajando, independientemente del tipo de trabajo, del grado de formalización, de los niveles de renta, etc., y la RAIS (Relación Anual de Informaciones Sociales), entregada por el Ministerio del Trabajo y recogida sobre la base de las declaraciones anuales de las empresas con

más de cinco empleados. Pero la población incluida en las estadísticas de la RAIS (que puede ser considerada como la del mercado organizado capitalista) está contenida en la PNAD, lo que nos parece metodológicamente incorrecto para los efectos de los análisis comparativos: definir por exclusión y por la vía de la sustracción lo que se podría considerar mercado no organizado o informal y sus elementos. Se pondera el hecho de que por tratarse de informaciones recogidas a través de métodos diferentes, en unidades distintas y con instrumentos de recolección específicos, existe una alta posibilidad de fluctuaciones en los límites así establecidos de acuerdo al tipo de información analizada. Con todo, la comparación del universo del total de trabajadores con aquel restringido a las empresas con más de cinco empleados nos entrega el orden de importancia de la dinámica de los sectores productivos en lo que se refiere a los grados de institucionalización y marginalidad de la fuerza de trabajo.

El período de análisis, 1979/1980 a 1984, fue definido entre esos años porque marca los límites de entrada y salida de la fase aguda de la crisis, posibilitando así la visión de un ciclo económico (incluso dentro de otro más amplio); además, permite evaluar las fluctuaciones internas de la crisis en el período. En 1979 y 1980 las tasas de crecimiento del producto interno bruto (PIB) fueron de 6,4% y 7,2%, respectivamente; y en 1981, cuando se declara oficialmente la crisis, el PIB cae a una tasa negativa de -1,6%, estancándose en 1982 en 0,9% y despeñándose en 1983 a -3,2%. La recuperación, en 1984, lleva el crecimiento del PIB a un 4,5% anual. Se trata de un período de fuertes y múltiples variaciones en la dinámica de la economía y, por lo tanto, bastante rico en términos de lo que fueron los reflejos de la crisis en las fluctuaciones del empleo por diferencia de sexo.

La demanda del mercado

Al analizar la evolución de la demanda de la mano de obra en los años iniciales de la década de los ochenta, se procura contraponer sistemáticamente a las tendencias observadas —cuando se considera el período como un todo (delimitado por los años de crecimiento positivo del PIB de 1979/1980 y 1984)— los años intermedios en los cuales las tasas de crecimiento se retraen a niveles negativos, como lo observado en 1981 y 1983.

Es necesario recordar el hecho de que estamos analizando dos realidades distintas contenidas en un mismo universo: la del total de la población empleada (por la vía PNAD) y la de los asalariados registrados trabajando en empresas con más de cinco empleados (por la vía RAIS). Siendo así, y sobreponiendo las fluctuaciones de las tasas de empleo del período a estas dos realidades, es viable tomarlas como elementos de reflexión y ponderación (sobre todo, desagregadas por sexo y edad) de las tesis que ven en la recesión una aceleración del flujo de

Brasil: tasa media de crecimiento anual de los empleos por sexo
(Porcentaje)

	Total del mercado			Mercado organizado		
	1973	1979	1983	1980	1983	1984
Masculino	2,8	1,9	2,2	0,4	1,9	1,9
Femenino	3,7	4,3	3,5	3,2	4,9	4,9
Total	3,1	2,3	2,6	1,8	3,7	3,7

Fuente: PNAD/IBGE: 1973, 1979, 1983, 1984; RAIS/MTB: 1980, 1983, 1984.

entrada de mujeres y menores a actividades menos formalmente organizadas, desempeñando este mercado las funciones de un absorbente (al menos de una parte) de los trabajadores despedidos por los sectores empresariales.

Durante el quinquenio de 1979 a 1984, la fuerza de trabajo ocupada creció, en Brasil, en un 13,6%, pasando de 44 a 50 millones, lo que equivale a una tasa media geométrica anual de un 2,6% (Cuadro 1). En el período de 1980 a 1984, el empleo en el sector organizado se amplió en un 11,5%, revelando un crecimiento anual al ritmo medio de un 3,6% superior por lo tanto al observado en el mercado total. Esto demuestra que, a pesar del impacto de la crisis (medida en este caso por las fluctuaciones de las tasas de empleo) que golpeó con más intensidad al sector organizado de la economía, la trayectoria en dirección a un sistema de producción más estructurado —apoyado sobre una base de trabajo institucionalizada (producto de la elevación del nivel de las fuerzas productivas del país)— se mantenía creciente.

Definido como límite superior del período el año 1983, la tasa media de crecimiento anual del mercado organizado no sólo decrece abruptamente (1,8%), sino que es inferior a la verificada en el mercado total durante el período 1979-1983 (2,3%), lo que hace ver que el impacto de la crisis marca de manera más aguda a la población inserta en el mercado organizado. Dado el contexto económico, se puede deducir que el crecimiento verificado en el total de los empleos se refiere al aumento de vacantes cuya organización de producción, proceso de trabajo, condiciones de trabajo, salario, etc., configuran mercados o sectores menos formalizados, donde las posibilidades de entrar son más elásticas y, por lo tanto, con una alta posibilidad de remuneraciones inferiores y/o inestables. Una vez superada la crisis y retomado el crecimiento, el mercado organizado responde más rápidamente y a un ritmo más acelerado en términos de demanda de mano de obra, teniendo como contrapartida una oferta también rápida que fluye en gran parte del regreso de los que fueron "acogidos" por el mercado informal durante la crisis.

Al desagregar estas tasas por sexo se verifica, contrariamente a lo que se apunta en forma recurrente, una tendencia a la elevación de las tasas de incorporación de mujeres al mercado de trabajo, y a un ritmo marcadamente superior al notado en relación a los hombres. Este comportamiento puede ser observado en los dos universos considerados en el análisis, tanto cuando se define como límite temporal superior el punto más crítico de la recesión, como cuando es tomado 1984 como año de referencia.

Por lo tanto, la tendencia histórica de un proceso sistemático en el ritmo de absorción de mujeres por el mercado de trabajo no parece detenerse con la crisis económica. Si tomamos el período de 1973-1979 como parámetro, se puede incluso afirmar que la crisis produce como saldo una situación de mercado favorable a una ampliación relativa del espacio disponible para la mano de obra femenina. Comparando la tasa media de crecimiento anual del total de la

población masculina y femenina empleada en el período de 1973-1979 con la observada desde 1973 a 1983 (Cuadro 1), se delinean tendencias diametralmente opuestas. En el caso del empleo masculino, las tasas declinan de un 2,8% al año en el primer período a 1,9% durante el período más agudo de la crisis. Se trata de un comportamiento hasta cierto punto previsible considerando que en situaciones de crisis las empresas ponen en marcha, continua e intensivamente, políticas de despido. Con todo, estas políticas sólo parecen afectar las vacantes ocupadas por hombres, tomando en cuenta que la inflexión de la curva que se refiere a las mujeres va en sentido contrario, es decir, suben las tasas medias anuales de incremento en los empleos femeninos durante el período recesivo (de 3,7% a 4,3%). Tratándose del empleo total, los argumentos que explican las tendencias favorables a las mujeres en la evolución de la curva de empleos durante la crisis se refieren, en general, al hecho de que las vacantes ocupadas por la mano de obra femenina se caracterizan por bajos niveles de salario, por la no formalización del empleo, por las altas tasas de inestabilidad, etc., presiones competitivas que afectan al excedente masculino.

Si para los efectos del análisis sólo tomamos las estadísticas entregadas por la RAIS y consideramos los empleos allí computados como las vacantes más disputadas del mercado (toda vez que los empleos son formales es menor su concentración en las fajas inferiores de la escala salarial cuando son comparados al empleo total), verificamos que también en este caso el mercado parece dar un "tratamiento preferencial" a las mujeres, incorporándolas a las actividades productivas a un ritmo marcadamente superior al observado, durante el mismo período, en relación a los hombres.

Las tasas de crecimiento anual del empleo masculino en el mercado formal fueron de 0,4% y 1,9%, y el de las mujeres de 3,2% y 4,9%, si se consideran los períodos de 1980-1983 y 1980-1984 respectivamente (Cuadro 1), apuntan-

Brasil: distribución de los aumentos de vacantes en el empleo total y en el mercado formal por sexo en el período de 1979/80 a 1984

	Masculino	Femenino	Total
PNAD*	3.499.065 58,0%	2.535.340 42,0%	6.034.405 100%
RAIS	892.391 46,1%	1.041.980 53,9%	1.931.371 100%

* Los datos de la PNAD se refieren al período 1979 a 1984.

Fuente: PNAD/IBGE: 1979 y 1981-1984; RAIS/MTb: 1980-1984.

do, en términos relativos, una integración femenina preferencial en el mercado formalmente organizado, lo que hace suponer un fuerte disputa por las vacantes en período de crisis económica, y que en su transcurso le permite a la demanda aplicar un mayor rigor en los criterios de selección.

Suponiendo correcta esta hipótesis dentro de las leyes del capital, y tomando como enfoque teórico el concepto de "ejército de reserva" o las tesis básicas de las teorías del mercado dual referentes a la discriminación histórica de la mujer en el mercado de trabajo, es muy factible suponer un aumento en las dificultades para el ingreso de la fuerza de trabajo femenina al mercado organizado durante este período.

Sin embargo, el análisis empírico indica que en esta coyuntura la mayor parte de los nuevos empleos creados en el mercado organizado (53,9%) fueron ocupados por mujeres (Cuadro 2). Se trata de una proporción que va mucho más allá del espacio estructuralmente destinado al empleo femenino, el cual ocupaba en 1980 el 29,7% del total de los empleos ofrecidos por empresas, pasando a ocupar en 1984, en función del crecimiento del período, el 32,2% de las vacantes disponibles en este mercado (Cuadro 2).

El punto a destacar, al volver sobre el enfoque acerca del comportamiento del mercado total, es el hecho de que la parcela de empleos destinada a las mujeres viene a ser inferior, en números relativos, a la que les fue concedida en el mercado formal, lo que permite refutar los supuestos que correlacionan la aceleración del ritmo de absorción de mano de obra femenina, durante la crisis, con el deterioro de las condiciones ofrecidas en el mercado.

El hecho en sí del creciente aumento de la participación de la mano de obra femenina en el mercado de trabajo es un trazo histórico estructural universal, observado en la evolución de los sistemas político-económicos más diversos. Lo que merece una reflexión es la permanencia de esta tendencia durante los ciclos

Brasil: tasa de crecimiento anual del empleo total y del empleo en el mercado organizado por sexo (Porcentaje)

	PNAD		RAIS	
	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
1980/1981	1,8*	0,6*	-2,2	-2,6
1981/1982	3,9	8,7	5,8	14,2
1982/1983	-0,1	3,7	-1,2	1,9
1983/1984	3,6	3,5	5,2	6,7

* Los datos se refieren a 1979-1981.

Fuente: PNAD/IBGE: 1979 a 1981-1984; RAIS/MTb: 1980-1984

recesivos y, sobre todo, su dinamización en el mercado de trabajo organizado. A través de otras cifras, se verificó que del total de mujeres que obtuvieron un empleo en estos cuatro años, el 41,1% fueron aceptadas en el mercado organizado, en tanto el mismo "privilegio" le fue concedido sólo al 25,5% de los hombres durante este período.

Cualquier interpretación sobre la ampliación del mercado de trabajo femenino, en este contexto altamente recesivo de 1983, debe incorporar al análisis y reportarse al hecho de que en el año anterior, de estancamiento económico, hubo una aceleración comparativamente mayor en el ritmo de la dinámica de absorción de mujeres por el mercado de trabajo. En 1982, aumentaron en un 8,7% las plazas femeninas y en un 3,9% las destinadas a los hombres. Lo característico de este proceso se encuentra en el hecho de que este crecimiento fue liderado por el mercado organizado, en el cual los puestos disponibles para mujeres se ampliaron en un 14,2% mostrando un vigor acentuadamente superior frente a los hombres cuya tasa fue de 5,8%. Por lo tanto, en la cima de la crisis se abre para las mujeres, en los sectores empresariales, un espacio relativamente mayor que en los mercados no formalizados (Cuadro 3).

Sabiendo que en el espacio de un año, en una economía estancada y en un contexto recesivo difícilmente podrían intervenir alteraciones estructurales en el proceso o en las relaciones de producción, puede suponerse que el crecimiento del empleo femenino del año 1982 se debe a la reanimación de sectores o ramas de la economía tocados por la crisis del año anterior. Si este raciocinio es correcto, sería viable prever para 1983, cuando la crisis se agudiza, una retracción igual o posiblemente mayor en las actividades de estas mismas empresas y aun de otras no afectadas hasta entonces por la crisis.

Para entender mejor la dinámica del proceso de creciente y sistemática

incorporación de mano de obra femenina a tasas superiores con respecto de las masculinas, hemos procurado seguir año a año la evolución de esta coyuntura, cuyas fluctuaciones anuales en la economía indican, en algunos momentos, curvas ascendentes y, en otros, curvas descendentes, con implicaciones directas e inmediatas sobre el empleo. La única excepción parece ser 1981 cuando la tasa del PIB cae a -1,6%. Durante ese año las duras consecuencias de la crisis, medidas por la disminución relativa de las oportunidades de empleo en el mercado como un todo, inciden prácticamente de igual forma sobre ambos sexos, con más intensidad en el mercado formal en el cual el empleo cae e tasas relativas de -2,2% para los hombres y -2,6% para las mujeres (Cuadro 3). En 1983, cuando la crisis alcanza su nivel más elevado, con una tasa de crecimiento negativa del PIB de -3,2%, las oportunidades de empleo femenino se elevan en un 3,7% en el total y en un 1,9% en el mercado organizado, al lado de una disminución, en números absolutos, de las oportunidades de trabajo para el sexo masculino: -0,1% en el total de los empleos y -1,2% en el mercado organizado.

Sabido es que la política de las empresas frente a una crisis es la de los despidos, y que en la ejecución de ésta uno de los criterios a aplicar es el tiempo de servicio del empleado, es decir, los trabajadores con menor tiempo de servicio son los primeros en ser despedidos; era de esperar que siendo el contingente de mujeres incorporado en 1982, el mayor en número, fuera el más tocado por esta política en 1983. Sin embargo, no es lo que se verifica en la práctica: en 1983, así como en 1984, las tasas de crecimiento del empleo femenino en el mercado organizado siguen incrementándose y a niveles siempre superiores a los de los hombres.

Tomando como base esta primera aproximación a la realidad en discusión, la prueba de la hipótesis del "ejército de reserva" y de las tesis de los mercados duales, en sus formulaciones más generales, deben ser revisados. El crecimiento relativo sistemáticamente más acentuado de la fuerza de trabajo femenina, durante todos los años que se integran a la coyuntura analizada, y su marcada concentración en las nuevas vacantes ofrecidas en el mercado empresarial capitalista, no pueden ser comprendidas a través del instrumental analítico conceptual de estos cuadros teóricos.

El enfoque sectorial

Un resumen general y algunas reflexiones sobre el total de la población empleada

Dadas las políticas de ajuste iniciadas por el gobierno hacia el final de 1980, con el objetivo de controlar la inflación y para satisfacer las exigencias del FMI, gravita sobre la economía una de las recesiones más fuertes de la historia del país.

La crisis afecta particularmente la industria de transformación y, en ella, principalmente a los sectores de punta; pero afecta también, en forma dramática, al sector de bienes de consumo durables.

Para poder hablar de las alteraciones estructurales en la distribución sectorial del empleo resultante de la crisis, nos parece de importancia partir de un punto anterior en el tiempo para los efectos de una comparación. En el Cuadro 4 se hace una evaluación del empleo sectorial en los años 1973, 1979, 1983 y 1984.

En 1973, en pleno auge del milagro, la tasa de crecimiento de la economía llega al índice de 13,6%. El sector agrícola absorbió el 44,3% de la mano de obra masculina y el 34,3% de la fuerza de trabajo femenina. El análisis temporal de este sector demuestra la pérdida sistemática de la agricultura en cuanto a la absorción de la mano de obra femenina (de 1/3 del contingente en 1973 a menos de 1/5 en 1983 y 1984) y una cierta recuperación del sector en cuanto a absorber mano de obra masculina, aproximándose a la parcela que detenía en 1979. En cuanto a este aumento se debe ponderar el hecho de que, en parte, la crisis que se manifiesta más intensamente en las áreas urbanas puede haber presionado para que se produjera el flujo de las migraciones de retorno desde las grandes ciudades hacia las áreas rurales de origen. La investigación de campo realizada a mediados de 1986 por Helena Hirata y John Humphrey entre trabajadores despedidos durante la crisis de la industria paulista, constató un significativo flujo de retorno a los lugares de origen. Es importante señalar, además, el hecho de que en 1984 se alteró la tendencia evolutiva del empleo agrícola. En el decenio 1973-1983, esta tendencia presentó siempre tasas negativas (Cuadro 4), invirtiéndose el sentido de la curva y pasando a tasas positivas en 1984.

En lo que se refiere a la industria de transformación, la estructura del empleo por sexo no sufre ninguna alteración. En 1973, el 11,2% de las mujeres empleadas encontraban trabajo en la industria de transformación y en 1983 esta proporción era exactamente igual. Esta situación de "congelamiento estructural" de los empleos en la industria de transformación también tiene lugar en lo que se refiere a los empleos masculinos del sector, establecidos en torno de un 15% del total. Como estamos tratando en este análisis de las estadísticas de la PNAD, las cuales se refieren a todos los trabajadores, es posible suponer que una buena parte de los empleos contabilizados en el sector, sobre todo durante el período de 1979 a 1983, tiene vinculación con la categoría de trabajadores cuya relación de trabajo y tipo de actividad se sitúan en los límites del sector, los cuales pueden compensar en el total la proporción despedida en los sectores más organizados.

El aumento de la importancia relativa del empleo masculino en la construcción civil en el año 1983, en plena crisis del ramo (si se compara con 1973 y 1979, cuando el sector aún sustentaba tasas de crecimiento), se debe achacar a la política adoptada por el gobierno a través de la apertura de los frentes de trabajo. Política que fue siempre puesta en práctica cuando, por diferentes

Cuadro 4

Brasil: distribución sectorial del empleo por sector económico y por sexo (Porcentaje)

	1973		1979		1983		1984	
	M	F	M	F	M	F	M	F
Primario	44,3	34,3	36,4	24,2	30,9	19,3	35,1	19,1
Secundario	24,3	11,5	28,9	12,8	31,2	13,5	26,6	11,7
Industria de transformación	15,6	11,2	17,0	12,1	15,4	11,1	15,8	10,9
Industria de construcción	7,9	0,2	9,9	0,3	13,3	1,9	8,5	0,3
Otras actividades industriales	0,8	0,1	2,0	0,4	2,5	0,5	2,3	0,5
Terciario	31,4	54,2	34,7	63,0	37,9	67,2	38,3	69,2
Prestación de servicios	6,9	30,1	7,7	31,1	8,4	32,2	8,5	33,2
Social	2,3	12,0	2,7	14,7	3,0	16,3	3,1	16,6
Comercio de mercaderías	10,0	7,1	9,9	9,0	10,9	9,7	10,9	10,0
Otros	12,2	5,0	14,4	8,2	15,6	9,0	15,8	9,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: PNAD/IBGE: 1973, 1979, 1983, 1984.

razones (como en el caso de la crisis de 1983), las tasas de desempleo suben a niveles demasiado altos, elevando también la temperatura de las presiones y de los conflictos sociales. Se trata, en realidad, de pseudo empleos creados temporalmente por el gobierno, en los cuales la población movilizada es colocada en trabajos de conservación de caminos vecinales o en otras mejoras pequeñas de infraestructura. Por este trabajo reciben un pago mensual equivalente a la mitad del salario mínimo y sin registro formal, lo que equivale a decir, sin derecho a los beneficios sociales estipulados por la legislación del trabajo. El hecho de que las mujeres también fueran aceptadas en los frentes de trabajo eleva la contribución de la construcción civil en el empleo femenino (mantenida en torno de un 0,2% a un 0,3% entre 1973 y 1979, una tasa por debajo del 1,9% de 1983). Con la desactivación de estos programas en 1984, la importancia de la industria de la construcción en la estructura del empleo tanto masculino como femenino vuelve a las proporciones observadas en los años 1973 y 1979 (Cuadro 4).

El sector terciario parece ser la puerta ancha para la entrada de la mujer a la fuerza de trabajo. Es el sector que recibe el excedente de la mano de obra rural, transformándola en fuerza de trabajo urbana, además de abrir un espacio a la oferta año a año renovada de los que buscan empleo por primera vez.

La tasa media de crecimiento anual del empleo femenino en el sector terciario es siempre superior, en todos los períodos analizados, a la media de los demás sectores (Cuadro 5). En el período de 1973-1979, mientras la tasa media de crecimiento anual del empleo total femenino fue de 3,7%, el empleo en el sector

Cuadro 5

Brasil: tasa media de crecimiento anual de los empleos del total de la población ocupada, por sector de economía y sexo (Porcentaje)

	1973/1979		1979/1983		1983/1984	
	M	F	M	F	M	F
Primario	-0,3	-2,0	-1,6	-2,5	17,8	2,4
Secundario	6,1	5,7	3,7	4,8	2,0	1,9
Terciario	4,1	6,1	4,2	5,0	4,4	6,5
Total	2,7	3,7	1,5	3,5	3,6	3,4

Fuente: PNAD/IBGE: 1973, 1979, 1983, 1984.

terciario crece en un 6,1%. Entre 1983-1984 se acelera el ritmo de crecimiento del empleo femenino en el terciario y la tasa de crecimiento registrada (6,5%) es casi el doble de la tasa verificada del empleo femenino total (3,4%).

De esta forma, el empleo femenino en el terciario va ganando espacio. En 1973 representaba el 54,2% de las mujeres que trabajaban; en 1984 la proporción sube a un 69,2%. Sin embargo, una parte de esta dinámica del sector terciario podría estar presionada por los flujos de los despidos del sector secundario y/o primario; no se trata de un sector terciario "hinchado" en el sentido de absorber trabajadores y/o actividades de bajísima productividad y remuneración. Una buena parte de los nuevos empleos creados se encuentran en el mercado formal, según muestran los datos de la RAIS analizados en el apartado siguiente.

El mercado empresarial

El gobierno¹ fue el gran empleador en el mercado organizado durante los años de la crisis, abriendo más de un millón de vacantes en el período de 1980 a 1983. Este malabarismo político impidió una agudización de la crisis y, en cierta forma, contribuyó a evitar que las tasas de desempleo se precipitasen a niveles económicos y sociales insostenibles. Basta mostrar que, a pesar de este aumento de trabajadores en la planilla de pago del gobierno, el saldo líquido del período fue de poco más de 760 mil nuevas vacantes. De éstas, el 98% (750.000) fueron ocupadas por mujeres, de las cuales el 82% se ubicaron en el ámbito de las actividades gubernamentales. En cierta forma, el gobierno fue obligado a hacer

¹ Según la RAIS se incluyen en la categoría de "gobierno" todos los empleos creados por la administración pública y autárquica.

de banco frente a los estragos causados por la crisis en el sector industrial, incluso a través de la creación de empleos. Se trata de una forma cultural histórica (casi folklórica, si no fuese tan dispendiosamente improductiva), accionada cada vez que el gobierno siente amenazada su legitimidad y a la cual acostumbra a recurrir con más frecuencia en épocas de crisis económica y de elecciones. En este período convergieron ambas situaciones (1982 fue año de elecciones).

El gobierno, que proveyó poco más de un 1/4 de los empleos femeninos en 1980, pasa a ser responsable de más de 1/3 en el año 1983. La significación del empleo femenino industrial cae de un 27,7% en 1980 a un 21% en 1983, y el masculino de un 43,8% a un 37% (Cuadro 6), aunque el sector industrial se mantiene como el más preponderante en la absorción de mano de obra masculina. Del análisis de la dinámica del mercado, resalta el ritmo diferenciado sectorial, temporal y sexual de las tasas de crecimiento del empleo. Los extremos observados varían de una tasa positiva de crecimiento anual de un 32,8% de empleos femeninos en el gobierno en 1981-1982 a una tasa negativa de -10,7% en el empleo industrial masculino en 1982-1983.

El Cuadro ofrecido por la distribución de las fluctuaciones sectoriales de las tasas de empleo por sexo nos alerta acerca de las especificidades de cada sector y frente al hecho de que estas fluctuaciones sean asimiladas por la crisis en momentos diferentes, en forma e intensidad diferentes, creando nuevas situaciones, nuevas contradicciones, las cuales podrían determinar otros cambios en la estructura productiva.

Evidentemente, una industria que se mantiene a tasas negativas durante un período de tres años debe repensar sus programaciones futuras, las cuales, a su vez, están directamente vinculadas a los cambios políticos y al grado de control e interferencia del Estado en el mercado. Esos cambios podrían estar condicionados por los compromisos de clase asumidos. Sin embargo, si en un primer momento los sectores que despegan en 1984 lo hacen a base de sus capacidades ociosas, las etapas siguientes van a exigir cambios estructurales bastantes importantes que deberán producir acentuadas variaciones en el perfil de la mano de obra por sexo.

En la industria, tomando 1981 como base, vemos que el primer impacto de la crisis fue más intenso en la industria de bienes de consumo durables y de bienes intermedios (Cuadro 7). Aunque el sector de bienes de capital fue el más afectado: el índice de empleos en 1983 es la mitad del alcanzado en 1980. Y es en este sector donde la proporción de hombres es más alta. Por otra parte, en 1982, la industria de bienes de consumo durables es la que tuvo una mejor recuperación. Esta situación, agregando el hecho de que la industria de bienes no durables sufre un impacto menor, puede ser un camino para poder entender, a través de la división sexual del trabajo o, mejor dicho, a través de los *ghettos* ocupacionales, el crecimiento de los empleos femeninos en la industria durante el año 1982 (2,8%) a tasas superiores a las de los hombres (0,9%). El mismo

Cuadro 6

Brasil: tasa media de crecimiento anual de los empleos de la población ocupada en el mercado organizado por sector de economía y sexo*
(Porcentaje)

		1980	1981	1982	1983	1980	1983
Industria	M	-5,8	-0,9	-10,7	-10,7	-5,6	-5,6
	F	-7,8	2,8	-7,5	-7,5	-3,7	-3,7
Servicios	M	1,0	5,5	-2,3	-2,3	1,6	1,6
	F	3,4	8,3	-0,1	-0,1	4,0	4,0
Comercio	M	0,2	6,6	1,1	1,1	2,5	2,5
	F	2,7	9,4	2,5	2,5	4,8	4,8
Gobierno	M	3,5	17,9	2,7	2,7	7,8	7,8
	F	3,6	32,8	8,6	8,6	14,3	14,3
Otros	M	4,5	8,7	3,5	3,5	5,2	5,2
	F	2,3	9,0	2,6	2,6	4,6	4,6
Total	M	-1,5	5,9	-4,1	-4,1	0,1	0,1
	F	0,7	13,2	1,5	1,5	5,0	5,0

* No fueron considerados los empleados del sector primario porque la parcela considerada por la RAIS no es representativa del universo.

Fuente: RAIS: 1980, 1981, 1982, 1983.

Cuadro 7

Brasil: crecimiento en la industria. 1980-1984
(1980 = 100)

	1980	1981	1982	1983	1984
Bienes de capital	100,0	80,6	68,6	55,4	63,5
Bienes intermedios	100,0	88,9	91,1	81,4	97,5
Bienes de consumo durables	100,0	75,1	81,0	86,4	74,4
Bienes de consumo no durables	100,0	101,2	103,3	98,6	100,4

Fuente: *Jornal da Tarde*, 07-07-1986.

—Cuadro 8

Brasil: evolución de la estructura del empleo por sexo y sector económico
(Porcentaje)

	1980	1981	1982	1983
Masculino				
Agricultura*	1,3	1,5	1,8	2,0
Industria	43,8	41,8	39,8	37,0
Servicios	24,8	25,4	25,4	25,8
Comercio	12,5	12,7	12,8	13,4
Gobierno	13,7	14,4	16,0	17,1
Otros	3,9	4,1	4,2	4,6
Total	11.190.837	11.023.796	11.678.989	11.208.851
Femenino				
Agricultura*	0,7	0,7	0,8	0,8
Industria	27,7	25,4	23,0	21,0
Servicios	23,8	24,4	23,3	23,0
Comercio	12,9	13,2	12,7	12,8
Gobierno	26,3	27,1	31,7	33,9
Otros	8,6	9,3	8,4	8,5
Total	4.711.516	4.746.105	5.376.251	5.460.041

* No es representativo del universo.

Fuente: RAIS: 1980, 1981, 1982, 1983. Cuaderno A, "Características Gerais de Empleo", MTb.

razonamiento es válido para entender el porqué del descenso en las tasas de crecimiento del empleo femenino en 1983, cuando llega a niveles negativos menos acentuados que aquellos observados para el empleo masculino.

Entre 1980 y 1983, 905 mil empleos fueron eliminados en la industria, de los cuales el 80% correspondía a vacantes masculinas. El empleo masculino del período decrece a una tasa negativa de -5,6% y el femenino a -3,7% (Cuadro 7). Por otra parte, el gobierno abre cerca de un millón de empleos nuevos, sobre todo en el período de 1981-1982, de los cuales una proporción importante es ocupada por mujeres. La tasa de crecimiento del empleo femenino en el gobierno se eleva, en un año, a un 32,8% y la de los hombres en un 17,9%, muy por encima de la tasa media del total del mercado (excluida la agricultura), que fue de 13,2% entre las mujeres y de 5,9% entre los hombres. Esta avalancha de mujeres hacia los empleos del gobierno toma prácticamente equitativa, en números absolutos, la distribución del empleo por género en las actividades gubernamentales (Cuadro 8).

Si bien en lo que se refiere a la evolución del empleo femenino en este período de crisis las observaciones realizadas y las estadísticas apuntadas podrían explicar en gran medida las "especificidades" de la demanda, no puede

descartarse *a priori* la convergencia y la combinación de otros factores, ajenos a la esfera económica, en la orientación de las prácticas asumidas por los empresarios industriales.

Desde el punto de vista de la demanda, una tesis frecuentemente retomada es la de las "ventajas diferenciales", argumento que toca constantemente la tecla de la "docilidad/sumisión/bajo costo" de la mano de obra femenina. Entre estas tesis que plantean las características ligadas a la "naturaleza" del ser femenino, es viable pensar, dentro de la lógica del capital, en los siguientes términos: es posible, cuando el clima económico general es recesivo, las perspectivas de recuperación nebulosas y las posibilidades de un retroceso económico una constante, que los empresarios pudieran, esperando una reactivación, echar mano de la contingencia de la reducción de personal. En este caso, considerando la agudización de los enfrentamientos entre empresarios y trabajadores en períodos de crisis y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales en los últimos años, organizaciones en las cuales los trabajadores de sexo masculino constituyen siempre la gran mayoría y son los más activos, es bastante viable levantar la hipótesis de que, políticamente, le puede resultar más interesante al empresario, cuando técnicamente es posible, sustituir hombres por mujeres.

Sin embargo, mientras los despidos se mantienen como la forma más rápida y más eficaz para socializar el peso de la crisis, es posible encontrar una cierta tendencia en el empresario a utilizar el criterio de "grado de sumisión" o "bajo nivel de politización" en la selección de los candidatos a los empleos.

Esta práctica no se limita sólo a las mujeres, sino a todos los trabajadores con menores posibilidades en el mercado. Un buen ejemplo es lo que ocurrió en Francia, cuando este mecanismo fue accionado. En el período de los setenta, en el momento que la economía francesa pasó por una fase de expansión lenta, y ante la incertidumbre frente a la evolución del ritmo de crecimiento, los empresarios que se arriesgaban a reactivar su producción lo hacían contratando preferencialmente inmigrantes. Estos, en su condición de no ciudadanos, no están protegidos por las leyes laborales y son, por lo tanto, fácilmente descartables frente a la necesidad de reducir el ritmo de actividad.

En este caso, en un período de alta inestabilidad económica, sería factible suponer una alta rotatividad de la mano de obra femenina recién integrada, superior a la observada entre los hombres. Al tratar de probar esta hipótesis, examinándola empíricamente dentro de los límites del mercado organizado, verificamos una tendencia en cierta forma contraria a las tesis levantadas. Las estadísticas compiladas (Cuadro 9) muestran el siguiente panorama: entre los hombres contratados en 1980, sólo 1/3 se encontraba todavía en el empleo en 1982. Este mismo cálculo hecho para el sexo femenino revela un saldo de un 45% para el contingente nuevo contratado en 1980. Para los contratados nuevos en 1981, en plena crisis, esta tendencia no sólo se mantiene sino que se acentúa. En 1983, el 34% de los hombres y el 52% de las mujeres contratados

**Brasil: trabajadores contratados en los años 1980 a 1982
y que permanecieron en el empleo en los dos años subsiguientes**
(Porcentaje)

	1980	1981	1982	1983	1984
1980 M	100	48,44	33,06		
F	100	57,67	45,29		
1981 M		100	52,53	34,48	
F		100	70,19	51,91	
1982 M			100	50,37	34,89
F			100	65,59	50,30

Fuente: RAIS/MTb, 1980-1984.

en 1981 mantenían su empleo. En 1982, la situación es prácticamente la misma, como se puede ver en el Cuadro 9.

Ante esta constatación, el argumento de bajo grado de politización y de capacidad de organización usado para explicar esta "preferencia" en el reclutamiento de mujeres, no parece corresponder a una práctica concreta puesta en acción durante ese período.

**El salario en el análisis de las "especificidades"
de la mano de obra femenina**

Otra "propiedad específica" de la fuerza de trabajo femenina, recordada y reconocida en distintos análisis como determinante en el proceso de absorción de esta mano de obra, es su disponibilidad para aceptar bajos salarios. Los argumentos básicos que alimentan este supuesto se apoyan en la falacia del paradigma social de la "complementariedad" del trabajo de la mujer en la reproducción familiar. La creencia que considera el producto del trabajo de la mujer sólo como un complemento de la renta básica mayor en la familia, generada casi siempre en la esfera del trabajo masculino, es justificada económicamente tomando como base una deducción, sin ninguna comprobación estadística, apoyada en un desempeño ocupacional en funciones inferiores en la escala jerárquica.

Al iniciar el ciclo, la iniquidad histórica innegable de las disparidades salariales por sexo, es bastante evidente. Tomando como medida a los trabajadores de la faja inferior, de hasta dos salarios mínimos, se constató, observando el universo total de empleados, que había un 82% de mujeres en este grupo de renta y un

**Brasil: evolución de la población empleada en el mercado total
y en el mercado organizado, por faja salarial y sexo**
(Salarios mínimos)

		< 2 >		> 2 < 10		10 ≥ 10	
		PNAD	RAIS	PNAD	RAIS	PNAD	RAIS
1980	M	56,4 *	41,3	37,8 *	51,7	5,8 *	7,0
	F	82,1 *	62,0	16,4 *	35,9	1,5 *	2,1
1981	M	55,1	41,6	39,1	51,1	5,8	7,3
	F	84,7	59,6	13,5	39,7	1,8	1,7
1982	M	60,6	40,1	34,7	52,3	4,7	7,6
	F	87,0	56,0	11,7	41,4	1,3	2,6
1983	M	55,9	42,6	37,8	50,0	6,3	7,4
	F	84,5	58,8	13,7	39,7	1,8	2,5
1984	M	54,4	41,2	39,0	52,2	6,6	7,4
	F	84,0	57,8	13,7	39,8	2,3	2,4

* Los datos se refieren a 1979.

Fuente: PNAD/IBGE: 1979, 1981-1984; RAIS/MTb: 1980-1984.

56% de hombres. En el mercado organizado este espacio es también altamente significativo, aunque la concentración de esta faja salarial sea menor (62% de mujeres y 41,3% de hombres), además de representar una diferencia comparativamente menos acentuada.

La cuestión es saber hasta qué punto esta coyuntura recesiva que mostró una cierta inclinación a abrirle las puertas preferencialmente al trabajo femenino, sobre todo en el mercado organizado, actuará agudizando, atenuando o manteniendo esta estructura salarial, la cual, además de ser altamente concentrada, es marcadamente desfasada por género.

La lectura del Cuadro 10 revela, como saldo del período, considerando el total de la población empleada (PNAD), una acentuación de las diferencias salariales entre hombres y mujeres. En 1984, el 84% de las mujeres ganaba un máximo de dos salarios mínimos. En 1979, el 82,1% de ellas. En el mismo período, la tasa entre los hombres desciende en relación a 1979 (de un 56% a un 54,4%). En la amplia faja salarial de 2 a 10 salarios mínimos hay una reducción de los empleos femeninos de un 16,4% en 1979 a un 13,7% en 1984, y un aumento en las vacantes masculinas, en la proporción de 37,8% en 1979 y 39% en 1984. Solamente en el grupo de los que ganan más de diez salarios mínimos la tendencia de la evolución por sexo mantiene el mismo sentido, es decir, se elevan ligeramente en este pequeño grupo (en 1979, el 5% de los hombres y el 1,5% de mujeres) los porcentajes de hombres y mujeres que alcanzan a ganar esos niveles de salario.

En relación a las fluctuaciones anuales del período, los números apuntan a 1982 como un año de fuerte inflexión en el trazado de la curva de evolución salarial, denotando un deterioro acentuado en los niveles de renta de la población. Siendo, dentro de esta coyuntura recesiva, 1982 un año de acentuada elevación del ritmo de absorción de mujeres en el mercado, a niveles bastante superiores a los de los hombres (Cuadro 3), es pertinente suponer que una gran parte de los puestos de trabajo abiertos eran sólo empleos temporales, intermitentes y/o de bajos niveles de remuneración, disponibles en sectores marginales del proceso económico central.

Basándose en cálculos aproximados, medidos en la diferencia entre el número de personas ocupadas registradas por el Censo o la PNAID y las consideradas por la RAIS, se observa que el sector informal, entre 1980 y 1982, debe haber crecido en más de un millón de trabajadores. Otros autores tomando como medida aproximada a los que están fuera del mercado organizado sin registro de trabajo, a los que trabajaban por cuenta propia y los no remunerados, también apuntan en este sentido. Las tasas de crecimiento, calculadas sobre la base de las informaciones de la PNAID indican una variación media anual para el período 1981-1983 de un 7,7% de aumento de empleados sin registro y un 5,7% de trabajadores por cuenta propia.

La idea de una ampliación del grado de informalidad del mercado de trabajo en general, y del femenino en particular, en la totalidad de los empleos ofrecidos, se puede deducir, también, de la tendencia claramente contraria en términos de evolución de la estructura salarial, cuando sólo se analiza el empleo en el sector empresarial. En éste, en 1982, hay una caída acentuada en la proporción de mujeres en el escalón inferior de la jerarquía salarial (de 62% en 1980 a un 56% en 1982), al mismo tiempo que la tasa de crecimiento del empleo femenino se eleva en más de un 14%. El hecho de detectar una disminución relativa de contingentes de mujeres empleadas en las fajas inferiores de la estructura salarial, junto a una aceleración del proceso de incorporación de mujeres al mercado de trabajo, descarta la hipótesis de la introducción que se edifica sobre la base anticíclica de la estructura salarial. Aparte de que es preciso apuntar el hecho de que también en la faja de 2 a 10 salarios mínimos la importancia del empleo femenino crece a un ritmo acentuadamente mayor que el verificado en el contingente masculino. La variación, según lo muestra el Cuadro 10, es la siguiente: en 1980, el 35,9% de mujeres y el 51,7% de hombres se encontraban en esta faja salarial. En 1982, la proporción de mujeres sube a 41,4% y la de los hombres a 52,3%.

Un primer balance de los efectos de la crisis en la estructura salarial en 1984, en el mercado organizado, revela un saldo favorable a las mujeres, reduciendo las diferencias por género, aunque muy lejos de anularlas.

Antes de partir en busca de algunas variables cualitativas de oferta de mano de obra que podrían ayudar a interpretar las tendencias descritas, es importante

evaluar el posible impacto de los cambios en las políticas salariales del empleo durante el período.

A partir de octubre de 1979, el gobierno implantó una política en la cual se establecieron reajustes salariales semestrales, escalonados de acuerdo a la faja salarial del trabajador. Para los que recibían un salario no superior a tres salarios mínimos, el reajuste salarial fue de un 10% por encima del cálculo de la inflación en ese período. Para los de renta superior, el reajuste fue escalonado por debajo del nivel del INPC, es decir, reajustado hasta en un 80% con respecto de la tasa de inflación. Estas medidas fueron mantenidas hasta febrero de 1983.

Considerando que las mujeres están concentradas en proporciones bastantes mayores en comparación con los hombres en las fajas inferiores de la escala salarial, es viable suponer que con estos aumentos, hubo parcelas mayores de mujeres que pasaron a incorporarse a los grupos de fajas salariales más elevadas; en cuanto a los hombres, la política puede haber tenido un efecto desacelerador a nivel de los aumentos de salario. Por otra parte, se deben sumar las intervenciones del Estado como legislador a las que desempeña como empleador en este período. En general, se sabe que el gobierno, sobre todo en Brasil, usa el "empleísmo" como mecanismo político estratégico y lo acciona con mayor intensidad en épocas de elecciones o de crisis económica. En ambas situaciones, el momento es de inestabilidad, al estar en juego la continuidad política de los gobernantes. En el período 1980-1984 convergen las dos situaciones.

En 1982, año de elecciones, los empleos del gobierno en el mercado organizado son los que presentan las mayores tasas de crecimiento, de acuerdo a lo ya comentado anteriormente. Una gran parte de las vacantes abiertas en el ámbito de la administración pública le pertenece a las mujeres y la faja media de remuneración alcanza a los tres salarios mínimos.

A partir de 1983, se nota en el mercado organizado una inversión en la dirección de la curva de distribución salarial, en el sentido de concentrar, para ambos sexos, las proporciones de los empleos en las fajas inferiores, de hasta dos salarios mínimos. La fuerte acentuación de la crisis en 1983, que se expande a todos los sectores urbanos, y reduciendo a números absolutos las vacantes disponibles en el mercado organizado, sumado a los cambios en política salarial (que limita otra vez todos los salarios), son probablemente elementos que intervienen con gran fuerza en esta variación.

Recordemos una cuestión de orden socioconductual respecto de las colocaciones: en situaciones de crisis económica, cuando las tasas de desempleo masculino se elevan, las ventajas diferenciales del bajo salario femenino en la "libre" competencia del mercado dejan de representar un incentivo para el empleo de esta mano de obra. Se considera que, dadas las condiciones del mercado durante la crisis, las pretensiones salariales de la fuerza de trabajo masculina bajan significativamente haciendo que los contratos de mujeres sean menores.

En el caso específico de esta crisis, y tratándose de un mercado de estructura capitalista, se debe ponderar la posibilidad de que esta oferta de trabajo masculino no se revierta inmediata y totalmente al mercado de asalariados. Es claro que la disponibilidad de una cierta renta representada por el retiro de los ahorros del FGTS (Fondo de Garantía por Tiempo de Servicio), aparte de algunas ventajas monetarias ofrecidas por las grandes empresas a los que se retiran voluntariamente, ha hecho que una gran mayoría de los despedidos en esta forma puedan optar por actividades autónomas. En una investigación reciente se valida esta hipótesis²: gran parte del capital inicial tiene su origen en los fondos del FGTS. En el período de 1981 a 1983, el número de trabajadores por cuenta propia aumentó en más de 700 mil.

De cualquier manera, no puede descartarse la posibilidad de que ambas situaciones concurren: una tendencia de presión de los hombres despedidos sobre el mercado de asalariados, reforzando el excedente de mano de obra masculina y deprimiendo aún más los salarios; la otra (de las actividades autónomas), abriendo espacio para una ampliación de las vacantes femeninas y eventualmente de su poder de intercambio. Si bien no son excluyentes, estas hipótesis probablemente no se refieren ni a la misma clientela ni al mismo mercado. Para medir o probar la validez de estas hipótesis sería necesario contar con estadísticas cualitativamente más detalladas posibles de obtener solamente a través de investigaciones específicas.

Con todo, es muy probable que a nivel del mercado informal estas presiones "competitivas" hayan tenido lugar y que su resultado haya sido una depresión aun mayor del salario femenino.

Por otra parte, el aumento de la cifra de trabajadores no registrados durante este período hace fácil deducir que una gran parte de estos trabajadores no estarían siendo pagados ni empleados de acuerdo a las normas de la legislación, y que desde luego no han sido beneficiados por la política salarial de reajustes por encima de la tasa de inflación. Este hecho puede estar ligado a las políticas de empleo del gobierno. Se trata de la apertura de los frentes de trabajo en el nordeste durante el clímax de la crisis, como una forma de intentar mantener la temperatura de los conflictos sociales bajo control. La forma de contratación y el salario de estos trabajadores se insertan, por sus características, dentro de las categorías descritas como de mercado informal. No son empleos con registro y el salario está por debajo del mínimo definido por la ley. El crecimiento de los empleos en la construcción civil según la PNAD, en plena crisis del sector, puede ser sumado, con un alto grado de probabilidad, a la política de apertura de los frentes de trabajo. Son empleos concentrados en pequeñas obras de infraestructura.

² Investigación de campo realizada por H. Hirata y J. Humphrey sobre operarios de la industria de Sao Paulo.

Brasil: población ocupada con nueve o más años de escolaridad en el total de los empleos y en los empleos del mercado organizado por sexo
(Porcentaje)

	PNAD		RAIS	
	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
1980	12,5*	19,2*	22,9	42,2
1981	14,2	22,9	24,0	43,9
1982	14,5	22,6	25,2	46,4
1983	15,5	23,7	27,6	48,5
1984	16,2	25,6	27,8	49,5

* Los datos se refieren a 1979.

Fuente: PNAD/IBGE: 1979, 1981-1984; RAIS/MTb: 1980-1984.

tura, sobre todo en la apertura y/o mantenimiento de caminos vecinales, de acuerdo a lo que ya se había mencionado.

Escolaridad, edad y ocupación

En este apartado tomamos como variables de calidad de la mano de obra, la escolaridad y la edad. La primera, como indicador de formación y/o calificación y la segunda, en principio, como una definición de potencial experiencia y madurez.

Al alinear, para efectos comparativos, los niveles de escolaridad en los empleos formalmente insertos en una estructura empresarial y el de la totalidad de la población trabajadora brasileña (Cuadro 11), se tiene la impresión de estar frente a realidades de países totalmente diferentes; todo esto sin olvidar que los empleos del mercado organizado están contenidos en el mercado total, pues si así no fuese, las diferencias serían aún más chocantes.

Tomando como indicador la población empleada, por sexo y con nueve o más años de escolaridad, el primer punto a resaltar es una marcada diferencia en los niveles de escolaridad al considerar a las mujeres que trabajan en el mercado organizado y a la totalidad de mujeres que trabajan. En el primer caso, la mitad de las trabajadoras posee un grado de escolarización igual o superior a nueve años, y en el segundo caso, apenas 1/5 de las mujeres podría ser incluido en este nivel.

Otro punto a destacar es el de la diferencia en los niveles de escolaridad y su

evolución por género dentro del mercado organizado. La proporción de hombres en este nivel de escolaridad varía en el período de 1980-1984 de un 22,9% a un 27,8%, o sea, hay un aumento relativo de un 5% en los puestos ocupados por trabajadores con este grado de instrucción. Las estadísticas de empleo femenino indican, además de una proporción marcadamente superior de mujeres con estos niveles de escolaridad (42,2% en 1980 y 49,5% en 1984), el mantenimiento de una sistemática y creciente elevación de sus niveles de escolaridad.

En lo que se refiere al total de la población empleada, las diferencias de escolaridad por género, en estos niveles, son mucho menos acentuadas. En 1979, sólo el 12,5% del empleo masculino y un 19,2% del femenino poseían un nivel educacional igual o superior a nueve años de escolaridad. En 1984 se eleva el contingente de trabajadores con este nivel y en el caso femenino el proceso parece darse de forma aún más acelerada. De esta manera, se acrecienta durante el período la diferencia de escolaridad por género, incluso cuando se considera el mercado total.

El desfase de los niveles de escolaridad por sexo, marcadamente acentuado en el mercado organizado, permite deducir dos líneas de razonamiento: la primera, en cuanto al mayor rigor de los criterios selectivos aplicados por las empresas en la contratación de mano de obra femenina; y segundo, la aplicabilidad de estos criterios a la existencia de una oferta con esos niveles y dispuesta a ser seleccionada. Por otra parte, la creciente elevación de los niveles de escolaridad permite deducir una aceleración en la tasa de rotatividad en el mercado empresarial, señalando una renovación del cuadro de trabajadores bastante mayor de la que podría deducirse de las tasas de desempleo o del saldo líquido anual. En este sentido, es posible suponer, considerando la elevación de los niveles de escolaridad, que ha habido una oferta mayor de mano de obra femenina perteneciente a los segmentos más elevados de la clase trabajadora, sobre todo de la clase media cuya renta familiar fue duramente reducida en este período.

Estas suposiciones van ganando fuerza al incorporar al análisis la variable edad y ocupación. Tomando la evolución del período es posible verificar (incluso apoyándose en los datos altamente agregados como los publicados por la RAIS, Cuadro 12) que existe en el mercado organizado una tendencia acentuada de un envejecimiento de la fuerza de trabajo femenina durante esta coyuntura. La importancia de las mujeres en el nivel de 31 a 40 años se eleva de un 14,1% a un 29,7%, creciendo incluso la proporción de mujeres de más de 40 años. Con estos cambios se produce una uniformidad de la estructura de edad por género, antes siempre diferenciada por la mayor juventud de las mujeres (hecho utilizado con bastante frecuencia para justificar salarios más bajos y niveles ocupacionales inferiores).

En cuanto a la evolución de la estructura ocupacional, los cambios más relevantes son los que indican el crecimiento significativo de los empleos clasifi-

Brasil: estructura por edad y sexo de la población ocupada en el mercado organizado. 1980-1984
(Porcentaje)

Edad	1980	1981	1982	1983	1984
Masculino					
10-14	0,5	0,3	0,3	0,3	0,3
15-18	6,4	5,7	5,3	4,9	4,5
19-30	44,5	44,3	44,3	43,9	40,5
31-40	24,6	25,5	25,9	26,8	29,0
41-50	14,9	15,2	14,9	15,1	16,5
51 y +	9,0	9,3	9,1	9,0	9,5
Total masculino	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Femenino					
10-14	0,6	0,4	0,3	0,3	0,2
15-18	8,4	7,3	6,5	5,5	5,0
19-30	48,2	47,2	47,5	47,0	42,5
31-40	14,1	25,1	26,1	27,4	29,7
41-50	13,2	13,9	13,7	13,9	15,4
51 y +	5,5	5,9	5,7	5,8	6,5
Total femenino	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: RAIS, MTb. 1980-1984.

cados en el código 100 de la relación de la RAIS y que se refieren a los trabajadores de la producción científica, técnica y artística, los cuales empleaban, en 1980, un 17,7% de mujeres y, en 1983, pasan a absorber el 28,9% del total de mujeres empleadas en el mercado organizado. Este aumento relativo, altamente notable, del espacio reservado a las mujeres en estas actividades, en los primeros años del ochenta, corrobora la idea de una creciente participación de mujeres pertenecientes a estratos sociales más altos en el mercado de trabajo. Los puestos masculinos, en estas ocupaciones, cuya importancia relativa es marcadamente menor, no sufre variaciones estructurales importantes durante el período (7,8% en 1980 y 8,9% en 1983).

En los servicios administrativos, espacio de trabajo de significación para las mujeres, se amplían ligeramente los puestos disponibles, lo que hace variar su representatividad en el mercado organizado, de un 29,8% a un 31,1% del total de empleados femeninos y de un 17,8% a un 19,1% en el caso de vacantes masculinas. Basándose en estas estadísticas del Cuadro 13, parece evidente que las posibilidades de trabajo para mujeres, en esta coyuntura de la crisis, en el mercado organizado, se limitaron a esas dos categorías ocupacionales. Las exigencias en el desempeño de las actividades pudieron ser satisfechas, probablemente, por una oferta de mano de obra que sumaba una escolaridad y una edad compatibles, un nivel cultural y de comportamiento muy valorizados en el mercado y/o considerando los estratos sociales de origen más elevados, con un

**Brasil: distribución de la población por sexo
y categoría ocupacional**
(Porcentaje)

	1980		1981		1982		1983	
	M	F	M	F	M	F	M	F
001*	9,9	8,1	9,8	8,6	9,5	7,8	9,6	6,5
100	7,8	17,8	7,9	18,2	8,5	21,7	8,9	24,0
200	3,1	6,4	3,1	5,3	2,6	3,9	2,5	3,3
300	17,6	29,7	18,0	30,2	18,6	30,7	19,1	31,2
400	5,9	6,8	6,0	6,9	6,0	6,6	6,2	6,5
500	7,6	10,3	7,9	10,7	8,2	10,8	8,7	10,7
600	2,7	1,1	3,0	1,3	3,5	1,3	4,2	1,3
700	45,2	19,8	44,3	18,8	43,1	17,2	40,8	16,4
Total	11.778.209	4.371.790	11.516.164	4.872.420	12.204.576	5.534.136	11.939.447	5.650.621

* 001: trabajadores que no pueden ser clasificados según la ocupación; 100: trabajadores de la producción científica, técnica y artística; 200: miembros de los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, funcionarios públicos superiores, directores de empresas; 300: trabajadores de servicios administrativos; 400: trabajadores de comercio; 500: trabajadores de turismo, hotelería, servicios, higiene y embellecimiento, seguros; 600: trabajadores agropecuarios, forestales, de pesca; 700: trabajadores de la producción industrial, operadores de máquinas, conductores de vehículos.
Fuente: RAIS: 1980-1983.

mayor acceso a las plazas disponibles.

Algunas observaciones finales

Se eligió trabajar con dos fuentes estadísticas —una restringida a los límites de los trabajadores de empresas con más de cinco empleados (RAIS) y otra que da cuenta de toda la población brasileña empleada (PNAD)— para alcanzar una percepción de las dinámicas que orientan estos dos universos e identificar los cambios que suceden en situaciones coyunturales de crisis, buscando en este contexto el sentido y/o las fluctuaciones del flujo de la fuerza de trabajo femenina en los mercados. El resultado del alineamiento de estas dos realidades deja en claro, para la comprensión de los procesos, la necesidad de dar un tratamiento teórico diferenciado a los mercados organizados y a aquellos estructurados en forma capitalista incipiente o informal. Las diferencias estructurales y de la dinámica en la evolución de los empleos por género, de acuerdo a lo presentado por la PNAD y donde están contenidos los contabilizados por el RAIS, y el análisis por separado de estos últimos, revela situaciones específicas que merecen, también, una atención distinta. Esta distinción puede permitir un mejor

entendimiento del papel desempeñado por el sector menos formalizado en las coyunturas económicas y se puede comprender hasta qué punto esta dinámica afecta directamente a los trabajadores por género. Además, permite probar la validez de algunos conceptos o supuestos teóricos en realidades sujetas a prácticas de mercado diferentes, insertas en una misma realidad económica y política.

El proceso sistemático, observado en las últimas décadas, de aceleración en el ritmo de absorción de mano de obra femenina, que provocó alteraciones en la distribución estructural de los empleos por sexo y amplió el sector reservado a las mujeres, no se interrumpe con la crisis. Muy por el contrario, las tasas de crecimiento del empleo femenino se mantienen, siempre más altas, demostrando mayor vigor sobre todo cuando el análisis se centra específicamente en el mercado organizado. La agudización de los procesos de discriminación por género durante las crisis económicas recesivas, penalizando a la mujer en el mercado de trabajo en función del "tratamiento especial" reservado para ellas históricamente, no puede ser identificada ni en términos cuantitativos ni cualitativos en este ciclo recesivo de la economía brasileña.

Las estadísticas indican que en esta coyuntura cíclica de los inicios de la década de los ochenta, las mujeres no parecen ser las primeras en sufrir el despido, ni tampoco las últimas en ser incorporadas al mercado de trabajo. No se identifica una práctica sistemática en este sentido como respuesta a las fluctuaciones en las variaciones en las tasas de crecimiento de la economía. Por lo demás, esta tesis parece corresponder más exactamente al comportamiento verificado en lo referente a los hombres.

En términos cualitativos, la ampliación relativa de las oportunidades de trabajo femenino, medida por el tipo de relación contractual, nivel de salarios, ocupación y nivel de escolaridad, es un indicador de cambios estructurales significativos que merecen ser profundizados en estudios específicos más detallados. Algunas de las brechas que el análisis manifiesta en este sentido se refieren a la significación que debe dársele a las políticas de gobierno de intervención directa en el mercado de trabajo que crean alteraciones en la estructura sectorial y salarial por género, diferenciándolas de los efectos indirectos producidos por medidas de política económica, que en términos de tendencia se alternan en un continuo *stop and go*.

Incluso por el lado de la demanda, es necesario ponderar con cautela estos cambios estructurales y pesar las correlaciones entre elevación de los niveles salariales, de escolaridad y cambios ocupacionales, etc., procurando conocer su significado en términos de la interacción empleo/empleador en estos escalones aparentemente más elevados del proceso de producción, los cuales parecen abrirse preferencialmente, durante esta coyuntura, a un mayor número de vacantes femeninas.

Se enfatiza la importancia de conocer el origen de los procesos de formación de esta oferta de mano de obra y de su proletarianización durante los años ochenta,

sobre todo en el mercado organizado donde se detectan cambios altamente notables en el perfil de los nuevos trabajadores incorporados. Es fundamental admitir y trabajar conjuntamente las hipótesis que procuran entender los mecanismos económicos y sociales que rigen la dinámica de la demanda y de la oferta. Es en la interacción de estos dos procesos donde podremos probar y ponderar los elementos objetivos de la práctica económica y los subjetivos de la herencia histórico-cultural en lo que se refiere a discriminación y marginalidad de la mujer en el mercado de trabajo.

Tomando en cuenta que la historia del trabajo de la mujer y la historia de la familia han avanzado —como lo demuestran algunos autores— por caminos separados, con poca o ninguna atención al *interplay* de la múltiples interfasas e interrelaciones, es necesario empezar a unir las para llegar a una mejor comprensión del todo y de sus partes.

Autores

Aguilar, Neuma: Socióloga. Investigadora en el Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro (IUPERJ), Coordinadora General de Mujeres por un Desarrollo Alternativo (MUDAR).

Arize, Lourdes: Antropóloga. Presidente de la Asociación Internacional de Etnología y Antropología. Coordinadora de Comunicaciones de MUDAR.

De Oliveira, Orlandina: Demógrafa. Directora del Departamento de Sociología del Colegio de México.

Lopes Cavalcanti de Oliveira, Zuleica: Demógrafa. Investigadora en el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística y en el Consejo Estadual de los Derechos de la Mujer (CEDIM).

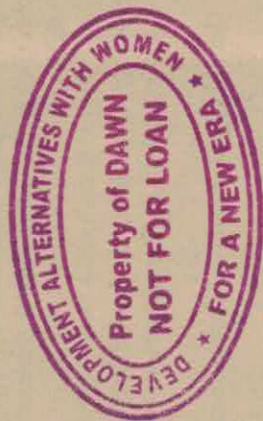
Prates, Suzana: Socióloga. Fundadora del GRECMU. El trabajo que forma parte de este volumen, fue su último escrito antes de su fallecimiento.

Serrano, Claudia: Socióloga. Coordinadora del Grupo de Estudios de la Condición Femenina del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Spindel, Cheywa R.: Socióloga. Investigadora del Instituto de Estudios Sociales, Políticos y Económicos (IDESP). Profesora de la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Sao Paulo. Asesora del International Development Research Center de Canadá. Coordinadora de Investigaciones de MUDAR.

Publicaciones de Editorial Nueva Sociedad

- Carlos Andrés Pérez, Felipe González et al:** América Latina en el Umbral del Siglo XXI.
- Demetrio Boersner:** Relaciones Internacionales de América Latina. Breve historia.
- Heraldo Muñoz** (compilador): A la Espera de una Nueva Etapa. Anuario de Políticas Externas Latinoamericanas. 1988-1989.
- Manuel Caballero:** La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana.
- Heinz R. Sonntag:** Duda/Certeza/Crisis. Las ciencias sociales de América Latina.
- H. Sonntag, F. Weffort, A. Quijano, F. Calderón:** ¿Nuevos Temas/Nuevos Contenidos? Las ciencias sociales de América Latina y el Caribe ante el nuevo siglo.
- Augusto Varas** (coordinador): Autonomía Militar en América Latina.
- André Gunder Frank:** El Desafío de la Crisis.
- Marguerite Berger/Mayra Buvinić** (compiladoras): La Mujer en el Sector Informal.
- Alberto Koschützke** (editor): Y hasta cuándo esperaremos. Mandan-dirun-dirundán. Mujer y poder en América Latina.
- UNESCO:** La Mujer en la Planificación y el Desarrollo.
- Carlos M. Vilas:** Transición desde el Subdesarrollo. Revolución y reforma en la periferia.
- Peter Hengstenberg** (coordinador): Profundización de la Democracia. Estrategias en América Latina y Europa.
- Simón Espinosa** (compilador): Hacia una Cultura de la Paz.
- EURAL/FES:** Industria, Estado y Sociedad. La reestructuración industrial en América Latina y Europa.
- Günther Maihold y Víctor L. Urquidí** (compiladores): Diálogo con Nuestro Futuro Común.
- Horacio Riquelme:** Era de Nieblas, Derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial.



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de la Tipografía
"Principios".

Teléfs.: (02) 81 73 05 - 83 67 59.

MUJER Y CRISIS. Respuestas ante la recesión, recoge un conjunto de análisis de investigadoras latinoamericanas que han estudiado el impacto de la crisis de la deuda sobre las mujeres. Si bien la mayoría de los trabajos ponen énfasis en los aspectos socioeconómicos de la crisis, algunos estudian la dinámica al interior de la unidad doméstica y de otros factores tales como duración del trabajo doméstico, disponibilidad de alimentos, salud y educación. Las contribuciones de la literatura especializada han manejado distintos tipos de información: censos, encuestas domiciliarias, encuestas sobre empleo y desempleo y estudios de casos. Aunque la información presentada en los distintos trabajos no es comparable, ellos denotan un alto grado de convergencia, en lo que respecta a las posibilidades alternativas de un análisis más sistemático de la repercusión de la crisis en las mujeres, especialmente en lo relacionado con patrones de empleo y desempleo según edad y estado civil y posición en la unidad doméstica conforme al status socioeconómico de ésta, bien como sector ocupacional o considerando su ingreso.

**Neuma Aguiar
Lourdes Arizpe
Orlandina de Oliveira
Zuleica Lopes Cavalcanti
Suzana Prates
Claudia Serrano
Cheywa R. Spindel**

ISBN 980-6110-72-2